

Álvaro de Laiglesia

CONCIERTO en SI AMOR



Julio
GEBRIANA

Lectulandia

Diez cuentos del año 1967. De tipo costumbrista y tono ligero.

Lectulandia

Álvaro de Laiglesia

Concierto en Sí amor

ePub r1.0

jandepora 30.03.14

Álvaro de Laiglesia, 1967
Ilustración de portada: Cebrián

Editor digital: jandepora
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

El amor es un concierto a cuatro manos, en un solo tiempo de longitud variable:
dura hasta que uno de los dos ejecutantes empieza a desafinar.

ÁLVARO DE LAIGLESIA.

MORIR JUNTOS

LA PROMESA

—¿CÓMO VA ESO, Pablo? —preguntó Remedios.

—Bien —respondió él desde el árbol en que estaba trabajando con ahínco—. Bastante bien.

—¿Te falta mucho? —añadió ella, arrojando una piedrecita a la corriente del riachuelo junto al cual se había sentado.

—No. El corazón ya está grabado. Ahora estoy terminando las iniciales. Pero no creas que es tan fácil —añadió, resoplando y secándose el sudor de la frente con la manga de su camisa veraniega—. Este maldito tronco tiene la corteza durísima.

—Mejor —comentó Remedios, romántica—. Así el corazón no se borrará nunca.

—Desde luego que no —estuvo de acuerdo Pablo—. Pero si llego a saberlo, en lugar de navaja hubiera traído hacha. O un escoplo.

—¡No, por Dios, pobre árbol! —dijo ella, levantando la vista para contemplarlo—. Es muy bonito. Y el más frondoso de los que hay por aquí.

Era, en efecto, el que tenía la copa más verde de todo el bosquecillo que brotaba en aquel trozo de campo. Los otros apenas conseguían detener el sol estival para formar un sombrero en el que pudieran guarecerse los excursionistas domingueros.

—¿Tú sabes qué clase de árbol es? —preguntó Remedios, matando a un pequeño y atrevido coleóptero que trepaba por una de sus piernas, con la morbosa intención de llegar al muslo.

—Ni idea. Pero, por lo duro que está, parece un alcornoque.

—¡No, por favor! —rechazó ella—. Un alcornoque sería una ordinariez. Yo prefiero que sea un abedul. ¡Es un nombre tan poético!... ¿Cómo son los abedules, Pablo?

—No lo sé —respondió él, absorto en su tarea—. No conozco a ninguno.

—Tampoco yo. Pero tienen que ser preciosos, porque salen mucho en las novelas. Y los cerezos también... ¿No será éste un cerezo?

—¿Por qué va a ser un cerezo?

—Porque los cerezos son árboles muy literarios. Casi tanto como los abedules. Además, fíjate —añadió Remedios, señalando la cima del tronco en cuya corteza Pablo trabajaba—: tiene en las ramas unas cositas redondas. Podrían ser cerezas.

—Podrían —admitió él sin dejar de darle a la navaja—, pero no lo son. Aunque en botánica estoy tan pez como tú, sé distinguir una cereza de una bellota.

—¿Qué quieres decir? —se entristeció ella.

—Que mucho me temo que esas cositas redondas sean bellotas. En cuyo caso este

árbol, si mis recuerdos del bachillerato no me engañan, no tendría más remedio que ser una encina.

—¡Qué feo!

—Según para quién. Mira los cerdos, sin ir más lejos.

—¿Qué cerdos? —se sobresaltó ella, mirando alrededor.

—Todos, en general. Para ellos la encina es un árbol sagrado, y las bellotas el maná.

—¿Y estás seguro de que las cositas esas no pueden ser nueces o almendras? —no quiso darse por vencido el romanticismo de la guapa muchacha—. En ese caso, el árbol sería un almendro, o un nogal, que también tienen su poesía.

—Siento decepcionarte, pero por el tamaño casi me atrevería a jurar que son bellotas.

—No importa —decidió ella, terca—. Sea lo que sea, para nosotros será un abedul. ¿Estás de acuerdo?

—Por mí... —se encogió de hombros Pablo—. Como si quieres que sea un castaño.

—Será nuestro abedul —fantaseó Remedios contemplando el árbol con ojos emocionados—. Por muchos años que pasen, siempre lo recordaremos como el testigo de nuestra promesa. Llamándole abedul, el recuerdo tendrá ecos más poéticos. Porque las encinas sugieren bellotas, y las bellotas todo el mundo sabe lo que sugieren.

—Tienes razón —dijo Pablo, guardándose la navaja en un bolsillo y alejándose unos pasos del árbol para contemplar su obra terminada—. Y ya puedes venir, porque el abedul está listo.

—¿Sí? —se levantó ella muy ilusionada—. Déjame ver...

Y fue junto a Pablo. Ambos permanecieron mudos un rato, admirando aquel corazón grabado profundamente en la corteza a punta de navaja. El corazón era bastante grande, con el contorno convencional que tienen los corazones dibujados, tan distinto al que en realidad tiene esa víscera. Y en el centro, con letras toscas pero legibles, aparecían las iniciales de ambos enamorados unidas por una conjunción copulativa.

—¿Qué te parece? —preguntó él.

—Precioso —elogió ella—. Te ha quedado perfecto.

—No quise profundizar más, para que el árbol no se seque. Pero el dibujo durará tanto como él.

—Y nuestro amor, más todavía —dijo Remedios con voz temblorosa—. Más que nuestra vida... Más que la del árbol... ¿Verdad?

—Pues claro, chica —dijo Pablo, sin apartar los ojos del corazón—. Aunque viéndolo así, me estoy dando cuenta...

—¿De qué?

—De que debí poner la «Y» más bajita, y con la horquilla más grande —explicó él, señalando el dibujo.

—¿Por qué?

—Porque llamándote tú Remedios y yo Pablo, tal como hice la inscripción parece una esquila. Fíjate: «R.Y.P.».

—Es verdad —tuvo que admitir ella—. Al primer golpe de vista, resulta algo fúnebre.

—Trataré de arreglarlo —propuso Pablo—, aunque ya poco se puede hacer.

—¡Espera! —le detuvo Remedios, con inspiración tan repentina como romántica—. Es mejor que lo dejes tal como está.

—Bueno. Si a ti no te importa esa sugerencia funeraria...

—Al contrario. Tiene algo de simbólico que nuestras iniciales, al unirse, recuerden la sigla de la muerte. ¿No crees?

—Pues sí —admitió él—. Es una coincidencia curiosa.

—Que coincide también con el carácter de la promesa que hoy vamos a hacer —se entusiasmó Remedios—. Porque haremos la promesa, ¿verdad?

—¡Claro! A eso vinimos al campo, y para eso estuve trabajando como un negro en el dichoso corazoncito.

—No le lames «el dichoso corazoncito» —le dolió a ella.

—¿Por qué no? —lo arregló él—. ¿Acaso nuestro corazón no es el más dichoso de todos?

—Eso es lo que yo creo, amor mío. Pero hace falta que lo creas tú también; que estés convencido de que nadie puede quererse tanto como nosotros.

—¡Naturalmente que lo estoy, chata!

—No me lames chata, te lo ruego. ¡Suena tan vulgar!...

—Perdona —se excusó Pablo—. Pese a mis lapsos vulgares, sabes de sobra que no concibo la vida sin ti. Te lo he dicho muchas veces. ¿Es que aún lo dudas?

—No. Sin embargo, a veces tengo mis momentos de depresión. Y entonces pienso que si tú no me quisieras con la misma intensidad que yo te quiero a ti, se rompería el equilibrio en la balanza de nuestro amor. Y yo me daría el batacazo.

—También me lo daría yo —aseguró él— si me fallaras tú. Pero eso no ocurrirá nunca.

—¡Nunca, tú lo has dicho! —le abrazó Remedios—. Nuestro amor tiene que ser eterno. Pase lo que pase, no nos separaremos jamás.

—Eso es —recalcó Pablo—: jamás. Tampoco para mí tendrá ningún aliciente este mundo el día que tú faltes.

A Remedios no le hizo demasiada gracia esta frase de su novio, porque dijo en seguida:

—Bueno: eso de que yo falte primero, es sólo una suposición. No sabemos quién faltará a quién, porque también tú tienes tus alifafes.

—Desde luego —tuvo que admitir Pablo.

—Pero lo que sí es prácticamente imposible —continuó ella—, es que faltemos los dos al mismo tiempo.

—Tienes razón. Sería demasiada chiripa. Aunque no hay que descartar la posibilidad de que muramos juntos en accidente de automóvil. Como cuando nos casemos compraremos un coche utilitario, y hay tantas parejas que se matan por esas carreteras...

Tampoco esta observación le hizo gracia a la muchacha, que se apresuró a rechazarla:

—Pero ésa es una posibilidad muy remota con la que no debemos contar —dijo—. Hay muchos accidentes en los que sólo muere uno. Y suponte, Pablo, que el muerto fueras tú.

—O tú, rica.

—Cualquiera de los dos —transigió Remedios—. Sólo de pensarlo me dan escalofríos. Porque yo no sería capaz de sobrevivirte.

—Ni yo a ti, vida mía —la estrechó él entre sus brazos, para indicar más gráficamente lo unido que se sentía a ella.

—Ésa es la razón de la promesa que vamos a hacer, para quedarnos tranquilos —resumió Remedios—. Así tendremos la seguridad de que si le pasa algo a cualquiera de los dos, el otro seguirá su misma suerte.

—Su misma desgracia, querrás decir.

—Bueno, eso.

—En resumen —concretó Pablo—: que pase lo que pase, no habrá supervivientes. Moriremos juntos, para no separarnos jamás. Por mi parte, te lo prometo.

—No basta —rechazó ella.

—Te lo juro —reforzó él.

—Sigue sin bastar.

—¿No? Pues ¿qué más quieres, hermosa?

—Darle cierta solemnidad al juramento. Se trata de una promesa importante, y no podemos hacerla de boquilla.

Pablo, señalando el árbol tatuado, discutió tímidamente:

—¿Y el dichoso corazoncito, en el que he trabajado toda la tarde? ¿No te parece una prueba bastante solemne de lo que hemos prometido?

—Sí, cariño. Pero tendríamos que hacer algo para darle validez al dibujo.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Alguna ceremonia —sugirió ella—. Del mismo modo que las catedrales

primero se hacen y luego se bendicen. Y hasta que no están benditas, no sirven para nada.

—No pretenderás que traigamos a un obispo para que bendiga el corazón.

—Es un ejemplo, hombre.

—Si crees que la ceremonia es imprescindible —dijo Pablo después de pensar un momento—, podríamos hacer la promesa con la mano puesta en el corazón.

—¿En cuál?

—En el del abedul.

—Sigue pareciéndome poco solemne —volvió a rechazar Remedios, que se mostraba muy exigente en aquel asunto—. Las palabras se las llevaría el viento, y no quedaría constancia de que las pronunciamos.

—¿Y si contratáramos los servicios de un notario para que levantase acta?

—No digas majaderías.

—Pues no sé qué podemos hacer, monada —gruñó Pablo, rascándose la cabeza—. Porque no vamos a escribir un documento con nuestra propia sangre, como se hacía antiguamente en casos parecidos.

—No, claro. Sería demasiado. Sin embargo —añadió analizando la sugerencia que contenían las palabras de él—, no se puede negar que ese sistema antiguo, además de muy romántico, era el más eficaz. ¿Quién deja de cumplir algo que prometió escribiéndolo con su propia sangre?

—Nadie, desde luego —reconoció Pablo—. Pero como tú y yo estamos decididos a cumplir lo prometido, no hace falta llegar a esos extremos.

—A esos extremos, no —estuvo de acuerdo Remedios—. Pero sin llegar a tanto, creo yo...

—¿Qué es lo que crees? —preguntó él, ligeramente alarmado.

—Que para dar formalidad a nuestro pacto —concretó ella—, no vendría mal echarle un poco de sangre al asunto.

—¿Qué?... —se asustó Pablo.

—He dicho un poco nada más, tranquilízate.

—Pero... ¿hablas en serio?

—Completamente —confirmó ella con decisión—. ¿Acaso esta promesa no es seria para ti?

—Sí que lo es.

—Pues démosle entonces seriedad. Si lo que vamos a prometer es dar la vida para no separarnos ni en el más allá, bien podemos dar unas gotitas de sangre para formalizar el convenio en el más acá.

—Por mí no hay inconveniente —dijo Pablo, para que su novia no creyese que se había acobardado—. Lo que no veo es cómo nos las arreglaremos para firmar el pacto con nuestra propia tinta natural. ¿Qué has pensado tú? ¿Llenar de sangre una pluma

estilográfica?

—No, hombre. Será una firma simbólica. Verás qué fácil. ¿Tienes ahí la navaja?

—Sí —dijo Pablo sacándola del bolsillo, un poco mosca.

—Dámela.

—Tómala —se la dio él—. Pero ten cuidado, porque corta mucho.

—Para eso la necesitamos precisamente —le explicó Remedios—: para hacernos un corte.

—¡Caramba!... ¿Dónde?

—No te asustes, que no pretendo que nos cortemos la carótida. Ni siquiera una vena más pequeña. Ven, siéntate.

Remedios se sentó en el césped. Pablo también, aunque mientras se sentaba junto a ella preguntó con cierta desconfianza:

—¿Para qué?

—Así será más cómoda la pequeña operación.

—¿Cómo? —no pudo reprimir él un ligero sobresalto—. ¿Es que vamos a operarnos?

—Será suficiente con hacernos un corte en la yema de un dedo —le tranquilizó su novia—. Y cuando el corte empiece a sangrar, apoyaremos el dedo en el árbol mientras recitamos la promesa en voz alta. De este modo, simbólicamente, la sangre de los dos dará vida a nuestro corazón grabado en el abedul. Y lo prometido vivirá eternamente. ¿Qué te parece?

—Algo exageradillo, pero bonito.

—Nada de exageradillo. Es romántico, que no es igual.

—Romantiquísimo, desde luego —prefirió no discutir él.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, mujer. ¡Pues claro!

—Entonces, toma —dijo Remedios, dándole la navaja—. Empieza.

—¿Que empiece... qué?

—A cortarte el dedo.

—¿Tanto como eso? —volvió a asustarse él.

—Es un decir. Vamos, abre la navaja.

—Ya voy —la abrió, sin demasiada prisa—. ¿En qué dedo te parece mejor?

—En el dedo del corazón, naturalmente.

—Claro, naturalmente... ¿De qué mano?

—De la derecha, hombre. Es la que se usa para jurar —le explicó ella, fastidiada por la torpeza de su novio en las maniobras requeridas para el ritual de su promesa—. ¡Cualquiera diría que nunca has hecho un juramento!

—De esta clase, no —confesó Pablo, empuñando la navaja con la mano izquierda y examinando la derecha para elegir el campo de operaciones.

—Vamos, ¿a qué esperas? —le apremió Remedios.

—Verás —vaciló él—: es que estaba pensando...

—¿Qué?

—¿No sería mejor hacer el cortecito en el dedo gordo?

—¿Por qué?

—Como es más fuerte —razonó Pablo—, debe de doler menos. Recuerdo que una vez me clavé una espina en este pulgar precisamente, y lo resistí muy bien. Y era una espina de salmonete, que son bastante gordas...

—Pero el dedo del corazón es más simbólico —insistió Remedios—. Vamos, anda ya.

—Es que así, en crudo...

—En crudo tiene que ser. No querrás cocer el dedo antes, para ablandarlo.

—Está bien —dijo Pablo, heroico.

Y apoyando la punta de la navaja en la yema del dedo elegido como víctima, volvió la cabeza para no ver la zona operatoria. Luego, apretó los dientes con gesto anticipado de dolor.

—¿Qué haces? —dijo ella, que le estaba observando con extrañeza.

—Me da dentera mirar.

—¡Anda, hombre! Acaba de una vez.

—Sí, claro. Como el dedito no es tuyo... ¡Ay!

—¿Ya?

—Sí —anunció Pablo en tono lastimero, contemplando la punta de la falangeta que acababa de perforarse—. Pero creo que se me ha ido la mano, fíjate... ¡Qué carnicería!

—No exageres —dijo Remedios examinando la incisión—. El cortecito es tan poco profundo, que apenas sangra.

—¿Que no? —se ofendió él—. ¡Mira, mira! En cuanto aprieto un poco... Y me escuece mucho.

—Bueno —interrumpió ella, tendiéndole su mano derecha—. Ahora, házmelo a mí.

—¿Yo? —se asustó Pablo.

—Sí, por favor. Apuñálarne a mí misma, me da no sé qué...

—Y a mí, mira qué gracia.

—Pero tú eres hombre, y tienes que ser más fuerte que yo. Vamos, no tengas miedo.

—No puedo, mujer. Es tan monstruoso como darte una puñalada.

—Tienes que poder —le conminó Remedios—. No perdamos más tiempo.

—Es que te haré daño.

—Anda ya. Verás cómo ni siquiera gritaré. ¡Adelante, no seas pusilánime!

—Como quieras. Pero conste que lo hago porque tú me obligas, pues yo soy incapaz de esta crueldad —se excusó él, mientras sujetaba la mano de su novia y ponía la navaja en la postura adecuada para efectuar la punción—. ¿Preparada?

—¡Sí! —contestó ella, cerrando los ojos.

—¡Valor, Reme! —dramatizó Pablo.

—¡Acaba de una vez, pelma!

Con emoción más intensa que la de la víctima, Pablo se dispuso a asestar el pequeño navajazo en el dedo amado. La intensidad de aquellos momentos no hubiera sido mayor si la mismísima guillotina hubiese estado a punto de segar el cuello de Remedios. Y cuando el acero tomó brusco contacto con la epidermis, la muchacha lanzó un grito desgarrador:

—¡Ay, bruto!... ¡Me has debido de pinchar hasta el hueso!... ¡Cómo me dolió!

—Más me ha dolido a mí —dijo Pablo, consternado—. Pero tú te empeñaste...

—Pues el corte no es tan grande —observó la «guillotizada», acercándose el dedo a los ojos—. ¿Por qué me habrá dolido tanto?

—Porque no te he cortado la uña, sino la yema.

—Pero sangrar, sangra lo suyo —siguió observando Remedios—. ¡Mira qué gota tan gorda!

—Aproximadamente —comparó él—, como la mía.

—Entonces, ahora es el momento —decidió ella, levantándose del césped y acercándose al «abedul»—. Ven.

—Voy —la siguió él, colocándose a su lado junto al árbol.

—Pon la mano con la sangre sobre nuestro corazón —le ordenó Remedios, mientras ella lo hacía—. Como yo.

—¿Así? —dijo él colocándola al lado de la de su novia, sobre la inscripción «R. y P.».

—Así —asintió ella con solemnidad—. Y ahora —añadió más solemne aún—, repite conmigo: Nosotros, Remedios y Pablo...

—... y Pablo... —repitió él.

—... prometemos solemnemente...

—... solemnemente...

—... no separarnos jamás.

—... jamás.

—Estaremos siempre unidos en la vida... —continuó ella con unción, entornando los ojos, como si acabara de caer en místico trance.

—... en la vida... —repitió Pablo, con menos unción pero con mucho respeto.

—... y también en la hora de la muerte.

—... de la muerte.

Un pajarillo que se había posado en las ramas de aquella encina, ascendida

poéticamente al rango de «abedul», se puso a trinar. Y su trino, tan alegre como inoportuno, sonó como una pequeñísima carcajadita. Pero tan leve incidente no fue capaz de romper el éxtasis de la romántica pareja.

LO PROMETIDO

PASARON UNOS CUANTOS AÑOS. Seis o siete, aproximadamente. El matrimonio formado por Remedios y Pablo vivía feliz en su pisito burgués.

Una noche de invierno, en su cuarto de estar, Remedios leía un libro porque no le gustaba el «telefilm» que ofrecía aquella noche la televisión. (La lectura sigue siendo, gracias a Dios, el recurso de los televidentes cuando no les gusta el programa. Y digo gracias a Dios, porque sería trágico para la literatura que tampoco en esas ocasiones la gente leyera libros).

Entró entonces la criada de Remedios y Pablo, una Petra del modelo más corriente, con una bandeja en la que humeaban dos tazas.

—Aquí le pongo la manzanilla —dijo, depositando la bandeja en una mesita frente al sofá.

—Gracias, Petra —agradeció Remedios, aprovechando la interrupción para ensalivarse un dedo y pasar la hoja del libro.

—He puesto dos tazas —explicó la criada—, por si al señor se le apetece cuando llegue. Como el señor es tan manzanillero...

—Ha hecho usted bien.

—Si la señora necesita algo más...

—No, ya puede acostarse. Yo esperaré al señor.

—Entonces, buenas noches —se despidió Petra.

—Buenas noches.

Pero antes de llegar a la puerta, la criada se volvió para decir:

—Si la señora me permite una sugerencia, no debe preocuparse. Ya verá cómo el señor viene en seguida.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Remedios, dejando de leer—. ¿Quién le ha dicho a usted que estoy preocupada?

—Se lo he notado yo, con permiso de la señora. Como llevo más de dos años en la casa, y esto es la primera vez que ocurre...

—¿El qué?

—Que el señor no haya venido a cenar —concretó Petra—. Y eso siempre preocupa a las señoras las primeras veces. Hasta que se van acostumbrando. ¡Si lo sabrá una! Porque una ha servido en otras casas, y una tiene experiencia.

—Lo que una tiene es impertinencia —se disgustó Remedios—. De manera que

váyase a dormir.

—Como mande la señora.

—Como le dé a usted la gana, pero váyase.

—Bien, señora. Hasta mañana.

Cuando Petra se fue, Remedios ya no leyó. Porque efectivamente, estaba preocupada. Y su preocupación duró hasta que Pablo, por fin, llegó de la calle. Los años transcurridos habían hecho de él un hombre mucho más serio y un poco más calvo.

—Pero, Remedios —se sorprendió al ver a su mujer en el cuarto de estar—. ¿Aún levantada?

—No tenía sueño —sonrió ella, aliviada con su presencia después de haberle esperado tanto tiempo—. Además, aún es temprano.

—¿Sí? —dijo Pablo, que parecía distraído y también muy preocupado—. ¿Qué hora es?

—Las once y media.

—¿Sólo las once y media? —se asombró él, pasándose una mano por la frente—. Parece mentira... A mí, sin embargo, me parece que ha pasado un siglo desde esta tarde...

—¿Un siglo? —repitió su mujer con extrañeza—. ¿Por qué?

—No, por nada.

—¿No vienes a darme un beso?

Algo le ocurría a Pablo, porque dijo como ausente:

—¿Qué beso?

—El que siempre me das cuando vienes de la calle.

—Luego te lo daré —prometió él sin demasiado interés—. Recuérdamelo.

—Dime una cosa, Pablo —le miró Remedios, poniéndose seria—: ¿estás bien?

—Sí, claro. ¿A qué viene esa pregunta?

—Te encuentro algo raro.

—¿Algo raro? —reaccionó él, tratando de aparentar una tranquilidad que no sentía—. Pues no sé... Puede que sea la corbata. No me va con el traje. Pero no me di cuenta cuando me la puse esta mañana. En realidad ya me tienen sin cuidado esos detalles. Ya nada tiene importancia...

Y suspiró con repentino abatimiento.

—De veras, Pablo —insistió ella—: ¿no te ocurre nada?

—¿Qué quieres que me ocurra?

—¡Qué sé yo! Cualquier bobería. Quizá bebiste un poco en la cena. Y como no tienes costumbre...

—No bebí.

—Pero puede que tomaras algún aperitivo antes de cenar...

—No cené.

—¿Cómo?... —Remedios estaba perpleja—. ¿Qué no cenaste?

—No —confirmó Pablo—. No tenía ganas.

—Entonces... ¿qué estuviste haciendo hasta ahora?

—Estuve paseando.

—¿Paseando?... ¿Por dónde?

—Por ahí —hizo él un gesto vago—. Sin rumbo fijo.

—¿Con el frío que hace? —se escandalizó ella—. ¿Cuánto tiempo?

—¡Yo qué sé!... Horas... ¿Qué más te da?

—¡Claro que me da! ¿Cómo quieres que me quede tan tranquila con lo que me estás contando?

—Todavía no te he contado nada.

—Lo suficiente para preocuparme. Creí que fuiste a una cena para hablar de negocios; y ahora resulta que ni hablaste ni cenaste. ¿Y pretendes que no me preocupe?

Remedios se levantó para acercarse a Pablo, que se había detenido a mirar por la ventana sin darse cuenta de que las persianas estaban cerradas.

—Además —añadió ella cogiéndole una mano cariñosamente—, estás helado. Como un témpano. A ver si vas a ponerte enfermo...

—No puedo ponerme —dijo él con amargura—, porque ya lo estoy.

—Claro, habrás cogido frío. Ven, siéntate —le condujo ella hasta el sofá y le sentó a la fuerza—. Y toma un poco de manzanilla calentita. Eso te hará reaccionar.

—No te molestes —rechazó Pablo la taza que su mujer le ofrecía—. No quiero manzanilla.

—Vamos; si sé que te encanta. Precisamente Petra comentaba hace un momento lo manzanillero que eres...

—Ya no —dijo él con voz ronca, cubriéndose la cara con las manos—. Ya no soy manzanillero... Ya no soy nada...

—Pablo, por favor. Me estás asustando. ¿Qué tienes? Anda, cuéntamelo todo.

—Sí, Reme —decidió él, haciendo un esfuerzo para dominarse—. Tengo que contártelo. Pero no sé por dónde empezar...

—Por el principio —le aconsejó ella—. Es lo más fácil. ¿Por qué se te ocurrió la extraña idea de pasear hasta estas horas?

—Necesitaba despejarme —empezó Pablo—; que me diese el aire. Salí de allí medio atontado...

—¿De dónde? —quiso saber Remedios—. ¿Dónde estuviste esta tarde?

—En la consulta del doctor Colomer.

—¿Sí?... ¿Y para qué fuiste allí?

—No es la primera vez —confesó él—. Últimamente fui a verle varias veces. Te

extraña, ¿verdad?

—Pues no mucho. Ya sé que Colomer es amigo tuyo...

—Pero no fui a verle como amigo, sino como médico.

—¿Como médico? —Ahora sí se extrañó Remedios—. ¿Por qué?

—¿Te acuerdas de aquel dolorcillo que me daba de vez en cuando en un costado?

—¿Cómo no voy a acordarme? Con lo quejica que eres, siempre que te daba parecía que te ibas a morir.

—Pues por eso fui —dijo Pablo—. Y mira por dónde, no andaba yo tan descaminado.

—¿Qué quieres decir? —enarcó las cejas ella.

—Yo no quisiera decir nada. Pero como no hay más remedio...

—Vamos habla ya.

—Cuando fui la primera vez —empezó su historia Pablo—, Colomer me hizo un reconocimiento superficial. Luego me dijo que volviera para hacerme análisis, radiografías... Ya sabes: todo eso que se necesita para diagnosticar...

Remedios le interrumpió, dolida:

—¿Y has estado yendo a hacerte todas esas cosas sin decirme ni una palabra? ¡Muy bonito!

—Por eso no te lo dije precisamente —se disculpó él—: porque no era nada bonito. Tuve que tragarme una porción de porquerías: papillas para los «rayos equis», gomitas para los jugos gástricos... Además, no quise alarmarte sin motivo. Como siempre te parecí un quejica.

—Esto es distinto —protestó Remedios—. Si de veras creías que ese dolor podía ser algo serio, debiste decírmelo.

—¿Para qué? Pensé que era mejor decírselo directamente a Colomer, que podía curármelo. Al menos, eso creí yo. Pero fui a recoger su diagnóstico definitivo.

—¿Y qué? —dijo ella con ansiedad—. No me asustes.

—Temo que no voy a poder evitarlo, cariño.

—¿No?... Pero... ¿qué es lo que te ha dicho?

—Una sola palabra —anunció él.

—¿Cuál?

—Una palabra tan fuerte, que es casi una palabrota.

—Dímela.

Sin poder dominarse, Pablo se abrazó a su mujer mientras decía con voz trémula:

—¡Cirrosis, amor mío!... ¡Cirrosis!

Remedios recibió la fatídica palabra como un golpe, pero hizo un esfuerzo para sobreponerse y balbucir:

—No es posible, Pablo... No es posible...

—Sí lo es —dijo él roncamente—. Cuando me lo dijo, todo me dio vueltas. Salí

de su consulta medio sonámbulo. Hasta olvidé el sombrero en la antesala. Por cierto que habrá que mandar a recogerlo...

—Deja el sombrero en paz.

—Luego anduve por las calles hacia cualquier parte, repitiéndome miles de veces esa palabra horrible: cirrosis... cirrosis... cirrosis... Me la repetí deliberadamente, para que a fuerza de repetirla llegara a perder su sentido. Y entonces, ya no me dio miedo.

—¿Miedo? —dijo Remedios, tratando de darle ánimos a él y de paso a ella misma—. ¿Y por qué iba a darte miedo? ¡Qué bobada!

—Pero ¿cómo va a ser una bobada? —protestó su marido—. ¿Es que tú no sabes lo que es la cirrosis, caramba?

—Lo sé muy bien —se ofendió ella—. Se llama cirrosis hepática, porque le da al hígado. ¿Cómo quieres que no lo sepa, si mi tío Enrique murió de eso?

—¿Lo ves? —subrayó él aquella fúnebre confirmación de lo irremediable que era su enfermedad.

—Bueno, eso no quiere decir nada —trató de rectificar Remedios su metedura de pata—. No todas las cirrosis son iguales. A mi tío le dio una muy fuerte. Y puede que la tuya sea una cirrosis flojita.

—¡Qué flojita ni qué ocho cuartos! —gruñó Pablo, enfadado—. Colomer me ha dicho que es una cirrosis de bigote.

—¿Y por qué vas a fiarte de Colomer?

—¿Cómo que por qué voy a fiarme de Colomer? —saltó él, enfadándose cada vez más a medida que hablaba—. Porque Colomer es una eminencia en enfermedades hepáticas. Es catedrático de esa especialidad en España, y doctor *honoris causa* de las universidades de Viena, Oxford y Estocolmo. ¡Y ha sido propuesto una vez para el Premio Nobel, por sus estudios sobre la cirrosis! ¡Así como hay genios de la pintura, él es un genio del hígado! ¿Comprendes? ¡Por eso me fío de Colomer!

—Bueno, hombre, no me grites.

—Perdona —se calmó él después de aquella explosión—. Perdóname, cariño. Al fin y al cabo, ya no te gritaré mucho tiempo.

—No digas eso —le rogó ella.

—No lo digo yo: el que lo dice es Colomer.

—¡Dichoso Colomer!... Pero ¿qué es lo que te ha dicho concretamente?

—Que me hablaría con toda sinceridad. Y yo entonces me eché a temblar; porque siempre que un médico te anuncia que va a ser sincero, es para comunicarte alguna burrada. Y entonces me soltó el escopetazo, como si yo fuera una perdiz.

—¿Qué escopetazo?

—Que la cirrosis no perdona. Y menos aun cuando llega a una fase tan avanzada como la mía. Terminó diciéndome que tarde o temprano...

—Bueno —se agarró Remedios a este frágil asidero—: si dijo que tarde, significa que todavía tardará.

—Pero al decir la frase completa, no subrayó el tarde, sino el temprano.

—Puede que fueran aprensiones tuyas.

—¿Qué aprensiones ni qué gaitas? No, cielito —negó Pablo, cada vez más deprimido—. Es inútil que tratemos de engañarnos. Estamos ante un hecho que debemos afrontar. Mi padre murió de cirrosis, y mi abuelo también.

—¡Primera noticia! —dijo ella, mirándole con sorpresa—. Nunca me lo habías dicho.

—Nuestro amor fue siempre demasiado poético —se disculpó él—, y no cabían en nuestras conversaciones los hígados de mi familia.

—Pero esas cosas conviene decirlas, por prosaicas que sean, para que luego no la cojan a una de sopetón.

—Aparte de que me pareció un tema feo para tu sensibilidad —siguió justificándose Pablo—, confiaba en que acabaría en mí esa mala racha hepática. Pero no ha sido así. ¡Qué le vamos a hacer!

—¡Haremos todo lo que podamos! —replicó Remedios, decidida—. Ahora se pueden hacer muchas cosas. La medicina ha progresado horrores, y hay medicamentos muy buenos.

Pablo lanzó un suspiro antes de decir:

—Colomer me ha recetado el único que puede servirme.

—Dime cuál, para comprarlo en seguida.

—Por desgracia, no se vende en las farmacias. Se llama resignación.

—Pero tiene que haber algún antibiótico, alguna droga.

—Resignación —repitió él, sombrío.

—Yo no puedo resignarme —protestó Remedios, abrazándole conmovida—. Es horrible, Pablo... Demasiado espantoso...

—Sí, amor mío —volvió a suspirar él—. Pero debemos ser fuertes ante lo irremediable. Dentro de la desgracia, tenemos de donde sacar la fortaleza necesaria cuando llegue el momento.

—No sé de dónde.

—De nuestro amor —explicó Pablo—. ¿No fuimos hasta ahora la pareja más feliz del mundo?

—Desde luego —estuvo de acuerdo su mujer.

—Pues lo seguiremos siendo siempre, porque nada podrá separarnos —se exaltó él, estrechándola entre sus brazos—. Estando a tu lado, ya no tengo miedo. Ni tú debes tenerlo tampoco, porque siempre estaré junto a ti. Nunca te dejaré sola.

—Si se cumplen los pronósticos de Colomer, no sé cómo te las vas a arreglar.

—Tú misma pensaste la solución, por si llegaba un caso como éste —la abrazó

Pablo con más ímpetu—. Y no sabes cuánto te lo agradezco. Gracias a ti, tengo el valor de esperar a que llegue mi hora sin desesperarme.

—¿Gracias a mí? —preguntó Remedios, un poco extrañada—. ¿Por qué?

—No seas modesta. Sabes perfectamente que la idea fue tuya. Yo la acepté, pero se te ocurrió a ti. Y tenías razón, porque yo no podría marcharme dejándote sola. Fue una idea maravillosa la de hacer aquella promesa. ¿Te acuerdas?

—Sí, claro —recordó ella—. Ahora que tú lo dices...

—Yo la he recordado, no sólo ahora, sino siempre. Porque fue inolvidable —evocó Pablo entornando los ojos—: el árbol junto al río... Era un abedul, ¿verdad?

—Creo que sí —dijo ella—. Aunque no podría asegurártelo. ¡Hace ya tantos años de eso!...

—Pues yo parece que lo estoy viendo: nuestro corazón grabado en la corteza... y tu mano junto a la mía sobre él, sellando con nuestra propia sangre el pacto de morir juntos... Fue muy hermoso, ¿verdad?

—Supongo.

—También fueron muy bonitas las palabras que pronunciamos con toda solemnidad —continuó él, cada vez más emocionado—. ¿Las recuerdas?

—Vagamente.

—Yo, en cambio, podría repetírtelas una por una.

—No es necesario.

—¿Te das cuenta de lo que eso significa para mí en estos momentos, Remedios querida? No sentir temor a la soledad... Saber que vendrás conmigo...

—No pienses ahora en eso —le cortó ella, disgustada—. Tiempo habrá cuando llegue la ocasión. Suponiendo que llegue, porque yo tengo mis dudas. No sería la primera vez que un médico se equivoca.

—Pero no Colomer.

—¡Y dale con Colomer!

—Colomer, vida mía, es infalible.

—Aunque lo sea —concedió Remedios—, tampoco te ha dicho que la cosa vaya a ser inminente. Cuidándote bien, como yo te cuidaré, puedes durar años.

—Ya será menos.

—¿Tú qué sabes? No te fijó ninguna fecha, ¿verdad?

—¡Toma, claro! —saltó él—. No iba a decirme: «Cascarás el día diecinueve del próximo mes de marzo, a las nueve de la mañana». Colomer es un médico y no una pitonisa.

—En el peor de los casos —continuó Remedios su razonamiento tranquilizador—, también hay que contar con que a veces ocurren milagros. Acuérdate de aquel primo tuyo que fue a Lourdes con las piernas pachuchas, y ahora anda brincando por ahí.

—Pero él no tenía cirrosis hepática, sino artrismo articular.

—Tampoco creas tú que el artrismo es moco de pavo. Y ya ves. De manera que procura olvidarlo, y deja que yo te cuide. Para empezar vamos a tomarnos la manzanilla, que a los dos nos sentará bien. Y desde mañana te daré boldo con el desayuno, que es una infusión estupenda para el hígado. A veces los tratamientos caseros hacen también milagritos.

—De acuerdo —aceptó Pablo, cogiendo la taza que Remedios le ofrecía—. Haré lo que tú quieras, hasta que llegue mi hora. Pero cuando llegue, también tú...

—¡Naturalmente, hombre! ¿No te lo prometí? Pues no se hable más del asunto. Ahora tómate la manzanilla, y vamos a reanudar nuestra vida normal. Como si no hubiera ocurrido nada.

—Se dice fácil...

—Y se hace, aunque sea un poco más difícil. Anda: ¿quieres tomarte la manzanilla de una vez, antes que se enfríe del todo?

EL DESENLACE

Y PASARON MUCHOS AÑOS. Muchísimos. Treinta y tantos, aproximadamente.

Y la encina continuaba viviendo junto al riachuelo, con esa admirable terquedad que tienen los árboles para permanecer en la misma tierra donde han nacido. Muchas primaveras habían caído sobre ella, pero su copa se conservaba verde y sin ninguna cana. Alguna pequeña arruga vino a sumarse al siempre rugoso cutis de su tronco, eso sí; pero tan leve, que no afectaba al contorno del corazón tatuado en su corteza. Seguía viéndose con nitidez aquella víscera grabada a punta de navaja, y era legible también la inscripción que se le hizo en el centro:

«R. y P.»

Una tarde otoñal, fresca ya pero aún soleada, una mano se posó sobre aquel corazón. Y digo se posó, porque la mano era frágil y temblorosa como un pájaro.

—¿Cuántos años hace que ya no venía por aquí? —murmuró la persona dueña de aquella mano—. Casi no me acuerdo... La verdad es que me prometí no venir nunca. Pero las promesas, ya se sabe. Aquélla, por ejemplo, fue una chiquillada... ¿Verdad, Pablo?... Tú mismo lo comprendiste cuando llegó la hora. Porque el doctor Colomer no se equivocó. Y a pesar de todos mis cuidados, un año después... Te lloré mucho, eso sí. Pero de eso a lo otro... Porque lo otro era un disparate, tienes que reconocerlo. Y además, un pecado. Y no un pecadillo corriente, sino uno de los más gordos... ¡Gordísimo, Pablo! Por mucho amor que se sienta, nadie tiene derecho a quitarse de en medio así como así. Sería muy cómodo. ¿Crees que no me hubiera gustado irme contigo y andar flotando juntos por ahí, libremente y sin ningún compromiso?... Pero

tuve que quedarme en este valle de lágrimas; e incluso de lagrimones. Era mi deber. Y aquí me tienes desde entonces, esperando que llegue mi hora. Pero como Dios manda. ¿Qué otra cosa podía hacer? Vivir, y aguantar todos los disgustos que la vida quiso darme...

—¡Abuela! —empezaron a gritar unos niños en el bosquecillo próximo a la encina—... ¡Abuelita Reme!... ¿Dónde estás?

—¡Ya voy!... —contestó ella con su aguda voz de vieja, antes de continuar murmurando mientras acariciaba el corazón dibujado—: Bueno, todos los disgustos, y también algunas alegrías. Como éstas que acabas de oír. Que serían tuyas también, si no te hubieras ido tan pronto... Pero ¿qué podía hacer yo? Tuve que volver a casarme. Como me hiciste viuda tan joven y me dejaste una pensión de viudedad tan escasita...

—¡Abuela! —volvieron a gritar los niños—. ¿Dónde te has metido?... ¡Te estamos esperando para merendar!...

—¡Allá voy, ricos! —dijo la anciana, retirando la mano del árbol para empuñar su bastón—... ¡Esperadme!... ¡No empecéis sin mí!...

Y, a pasitos trabajosos, se alejó de la encina.

UN GOLPE DE TELÉFONO

ERA VIERNES. Un viernes otoñal, feo y lluvioso. Pero Luisa ya se había arreglado para salir, porque todos los viernes por la tarde iba al cine con su marido. Y mientras esperaba que él llegase de la oficina a recogerla, sonó el teléfono.

Luisa, que estaba sola en casa porque la criada también salía los viernes, contestó a la llamada:

—¿Diga?... Sí, aquí es... Don Adolfo Méndez vive aquí en efecto. Pero no ha llegado aún. ¿Quién le llama?...

Luisa tuvo un ligero sobresalto antes de continuar:

—¿Cómo?... ¿Ha dicho usted la policía?... Pues él no puede tardar. Me llamó desde la oficina hace ya un rato, para decirme que salía hacia acá... Yo calculo que dentro de un cuarto de hora, o veinte minutos... ¿Puede decirme a mí de qué se trata? Soy su mujer... Sí, sí...

Nuevo sobresalto de Luisa, cuya voz sonó ligeramente alterada cuando dijo:

—¿Tomarle declaración?... ¿Por qué?... ¿Qué es lo que tiene que declarar mi marido?... ¿Qué?... ¿Cómo, cómo?... ¿Homicidio?... Repítalo por favor... Sí, sí... Descuide. Se lo diré en cuanto llegue... Adiós... Hasta luego.

Y tan preocupada le dejó aquel golpe de teléfono, que sólo al cuarto intento consiguió poner el auricular en posición correcta sobre la horquilla del aparato.

Luego, pensativa, se sentó en una butaca que había cerca del teléfono. La preocupación hizo que se acentuaran en su rostro los pliegues de algunas arrugas. Muy pocas, porque Luisa era joven aún y apenas tenía que esforzarse para disimular en su epidermis los primeros estragos del tiempo. Pero a ninguna mujer le favorece fruncir el entrecejo como ella lo frunció. Y menos a Luisa, que tenía unas facciones regordetas y apacibles, típicas de la esposa tranquilamente feliz, a la que su marido proporciona una vida doméstica sin problemas.

Con ceño estaba todavía cuando Adolfo llegó de la calle. El señor Méndez era bastante mayor que su mujer y mucho más grueso. No es que fuera un hombre gordo; pero su sastre, previsor, había empezado a hacerle los trajes con anchos dobladillos, porque estaba engordando con mucha rapidez.

—¡Hola, Luisa! —saludó a su mujer, mientras se quitaba el abrigo en el vestíbulo—. Hoy tuve suerte con el tráfico. Hace tan mal tiempo, que apenas ha salido nadie. ¿Estás ya lista?

Pero Luisa, que había salido a su encuentro, no contestó a su pregunta y se limitó a decir:

—Adolfo, escucha...

—Date prisa —continuó él—, porque tenemos el tiempo justo. La película empieza a las siete y cuarto. Yo me voy a poner el impermeable, porque está

lloviendo otra vez...

—Espera —le detuvo ella—. Tengo algo que decirte.

—Dímelo en marcha. Con la lluvia quizá haya cola en el cine y conviene llegar pronto. Coge tu paraguas.

—No podremos salir aún.

—¿Por qué? —la miró Adolfo, extrañado.

—Acaba de telefonar la policía.

—¿La... qué? —preguntó él, con sensible aumento de su extrañeza.

—La policía —repitió ella—. Por lo visto te llamaron también a la oficina, y acababas de salir.

—¡Qué raro! No sé qué puede querer de mí la policía.

—Yo puedo decírtelo, porque se lo pregunté al que llamó: quieren tomarte declaración.

—¿A mí?

—Les dije que no tardarías —siguió explicando Luisa—, y quedaron en llamar más tarde para hablar contigo.

—Pues no me lo explico —se encogió de hombros él—. ¿Qué clase de declaración quieren tomarme?

—No me dieron detalles. Sólo dijeron que se trata de un caso de homicidio.

—¡Coño! —se le escapó a él, mientras abría mucho los ojos. Luego volvió a entornarlos al echarse a reír—: ¡Vamos!... Eso tiene que ser alguna broma.

—No, Adolfo —se puso muy seria Luisa—. La policía ya es mayorcita, y no se dedica a dar bromas por teléfono.

—Pero eso es absurdo... ¿Estás segura de que dijeron homicidio?

—Sí. También a mí me sorprendió y les hice repetir la palabra.

—¿No dijeron nada más?

—Sólo que... —vaciló ella— es algo relacionado con un accidente de tráfico.

—¿De tráfico? —repitió Adolfo, pensativo—... Pues tampoco eso me aclara nada. Porque yo nunca he tenido ningún accidente. Aparte de aquel topetazo que me dio un taxista, y que me hizo polvo una aleta... Pero de eso hace ya tiempo, y lo arregló el seguro. Además, no pasó nada. La única víctima que hubo, fue la aleta.

—Esto es algo mucho más grave, Adolfo.

—Pues no caigo. Por más vueltas que le doy... Debe de ser una confusión.

—Pero sabían tu número de teléfono y dieron tu nombre.

—Méndez es un apellido muy corriente. Hay centenares en la guía telefónica. Puede que busquen a otro Méndez.

—Olvidas que antes te llamaron a la oficina —le recordó su mujer—. Y el teléfono de tu oficina no está a tu nombre.

—Sí, es verdad —tuvo que admitir él—... Pues ¿sabes lo que te digo?: que

vamos a salir de dudas ahora mismo.

Dicho esto, se dirigió a la sala contigua al vestíbulo, en la que estaba el teléfono.

—¿Cómo saldremos de dudas? —quiso saber Luisa, siguiéndole a la sala.

—Llamando a la policía.

—Me dijeron que te llamarían más tarde.

—Pero como ya estoy aquí —dijo Adolfo acercándose a la mesita del teléfono—, no hay necesidad de perder tiempo. Llamo, lo aclaro, y nos vamos al cine.

—No pienses en el cine —dijo Luisa, empezando a exasperarse.

—¿Por qué no? Vamos todos los viernes, y no hay motivo para interrumpir esa costumbre.

—Puede que hoy sí lo haya —insinuó ella.

—¿Lo dices por esa llamada? ¡Bah! —despreció él, descolgando el auricular—.

Verás qué pronto lo resuelvo.

—¡Deja ese teléfono! —le ordenó Luisa, levantando la voz.

—¿Por qué? —la miró él sorprendido—. Es mejor que preguntemos...

—Haz el favor de colgar.

—Como quieras —obedeció él—. Pero me parece una tontería quedarnos esperando...

—Puede que no sea ninguna tontería —dijo Luisa, que ya no podía disimular su creciente nerviosismo.

—Yo estoy convencido —insistió Adolfo—. Y cuando yo te lo digo...

—Tú no puedes decir lo que no sabes.

—Pero yo sé que nunca estuve mezclado en accidentes, y menos aún en homicidios.

—Tú, puede que no —dijo Luisa, enigmática—. Pero los demás...

—¿Los demás? —repitió Adolfo, extrañado—. Los únicos «demás» en este caso, eres tú. Y no irás a decirme que alguno de esos días que coges el coche para ir de compras, has atropellado a alguien.

—No. Pero tengo que decirte algo que quizá se relacione con esa llamada.

—¿Y tiene que ser ahora precisamente? ¿No puedes decírmelo después del cine?

—¿Quieres no volver a mencionar el maldito cine? —se irritó ella—. Esto es mucho más importante. De manera que siéntate.

—Está bien —se sentó él, resignado—. Tú dirás.

—No me va a resultar nada fácil —dijo Luisa, tratando de dominar sus nervios—, pero es necesario... ¿Te acuerdas de la época en que me conociste?

—¡Caramba! ¿Es imprescindible remontarse a la prehistoria para lo que me vas a contar?

—No exageres. Total, sólo hace diez años. ¿Te acuerdas o no?

—Sí, claro —hizo memoria él—. Te conocí en la playa, un día que empezó a

llover. Tú me pediste permiso para guarecerte bajo mi toldo...

—¿Recuerdas cómo era yo entonces?

—Desde luego. Entonces eras una pobre chica...

—No tan pobre.

—Bueno, es un decir —se disculpó él—. Perdona si te he ofendido...

—No. La verdad es que tienes razón —admitió ella—. Era bastante pobre, pero tenía unas ganas locas de dejar de serlo. Tú no supiste nunca lo que significó para mí conocerte y casarme contigo, pero tampoco tengo tiempo ahora de explicártelo con detalle. Te diré para resumir que fuiste mi tabla de salvación. Gracias a ti pude romper con una vida odiosa: con mi casa, donde me faltaba de todo; con mi familia, a la que no quise nunca; con mi empleo, en el que ganaba un sueldecito miserable... Porque estuve colocada de dependienta en unos almacenes. No lo sabías, ¿verdad?

—Pues no. Nunca me lo dijiste.

—No te dije muchas cosas para que no me despreciaras —se embolsó Luisa—. También yo quise olvidar mi pasado, y rompí con todo cuando me casé contigo. Con todo, ¿comprendes? ¡Con todo!

—Bueno, mujer. No hace falta que lo repitas tantas veces.

—Sí hace falta, Adolfo. Quiero que quede bien claro, porque en ese todo... había también un hombre.

—¿Un hombre? —enarcó las cejas él—. No te referirás a tu padre, ¿verdad?

—No: un hombre que no era de la familia.

—Pensándolo bien —decidió Adolfo, después de darle a la noticia algunas vueltas en la cabeza—, no debe sorprenderme. Cuando yo te conocí, tenías veintisiete años.

—Veintiséis —rectificó ella.

—Es lógico que hasta llegar a esa edad —siguió razonando él—, una chica haya salido con chicos. Incluso a nadie le extrañaría tampoco que hubiese tenido algún novio.

—Yo tuve tres —confesó Luisa.

—¡Caramba!

—Pero los dos primeros no tuvieron ninguna trascendencia. Fueron chiquilladas. Amorcillos platónicos propios de jovencuelos. El tercero, en cambio...

Luisa dejó la frase sin terminar, hasta que su marido preguntó interesado:

—¿Cómo fue el tercero?

—Un amor de verdad. Yo no era ya una chiquilla, sino una mujer. Y me enamoré ciegamente de ese hombre. Le quise con locura.

Lo dijo tan apasionadamente, que Adolfo se preocupó:

—¿Sí?... ¿Y hasta qué extremos llegó tu locura?

—Puedes imaginártelo —dijo Luisa con un gesto vago.

—¡Yo no tengo que imaginarme nada! —se enfadó él—. ¿No eres tú la que te has empeñado en contármelo todo? Pues ahora no te rajes.

—No digas ordinarieces. No me rajo ni mucho menos, pero puedes ahorrarme los detalles.

—Ya que has empezado —insistió su marido—, quiero saber la historia completa.

—Creo que ese capítulo te lo puedo resumir diciéndote que mi amor por ese hombre no fue sólo platónico.

—Entonces, eso significa...

—¡Sí! —saltó Luisa, irritada por la lentitud mental de Adolfo—: ¡que me acosté con él! ¡Fui su amante! ¿Te basta, o quieres más detalles?

—Me sobra —dijo él con voz ronca—. Me sobra, sí, porque no veo la razón de que te pongas de pronto a hurgar en tu pasado. Cuando llevamos tantos años viviendo tranquilamente...

—Lo siento, Adolfo, pero no tengo más remedio.

—¡Entonces, sigue! —estalló él—. No comprendo el motivo de todo esto, pero tú sí debes comprender que ya debes continuar hasta el final. Has abierto un grifo que ya no puede cerrarse hasta que se vacíe todo el depósito. De manera que ahora tendrás que concretar. ¿Quién era ese hombre por el que enloqueciste antes de conocerme?

—Tú no le conoces. Ni le conociste nunca.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Qué más da? —replicó ella—. No veo por qué necesitas poner un nombre a una persona que ya no existe. Te dije que rompí con él antes de casarme contigo.

—¿Completamente? —preguntó Adolfo, desconfiado.

—¿Qué quieres decir?

—Que si después de nuestro matrimonio, no continuaron vuestras relaciones.

—¡Claro que no! —se ofendió Luisa—. ¿Por quién me has tomado?

—Te tomé por una pobre chica, inocente y buena. Eres tú la que me estás contando historias para que cambie de opinión. De manera que no tienes derecho a ofenderte si dudo de ti.

—Puedes estar tranquilo, porque rompimos del todo.

—¿No volviste a verle nunca más?

Luisa no contestó y fue hacia el ventanal de la sala. Seguía lloviendo. Las hojas de las plantas que adornaban la terraza, temblaban al recibir los gruesos goterones del chaparrón.

—¡Contesta! —exigió Adolfo—. ¿No volviste a verle?

—Una sola vez —confesó Luisa de espaldas a él, mirando hacia las plantas azotadas por la lluvia.

—¡Ah, vamos! —dijo su marido amargamente. ¡De manera que volviste a

engañarme cuando ya eras mi mujer!

—¡No, eso no! —negó Luisa, volviéndose a mirarle—. ¡No te engañé!

—¿Por qué le viste entonces?

—Yo no quería, te lo juro. Fue él quien insistió, y no tuve más remedio. Me llamaba muchas veces por teléfono cuando tú estabas en la oficina.

—¿Para qué?... ¿Qué quería?

—Dinero —contestó Luisa.

—¿Dinero?

—Era un bohemio —explicó ella—. Le echaban de todas partes donde conseguía trabajar. Las cosas no le iban bien, y pretendió que yo le ayudara. Dijo que si no le daba dinero, te lo contaría todo.

—¡Vaya! —se burló Adolfo con acritud—. De modo que tu gran amor te salió rana. Resultó ser un chantajista de la peor especie.

—Según él, se hizo mala persona desde que yo le dejé.

—¡Cuentos!

—Me acusó de haber destrozado su vida —siguió explicando ella.

—Y quiso cobrarte los destrozos, ¿verdad? ¡Menudo sinvergüenza!... ¿Y tú qué hiciste?

—Yo estaba horrorizada de que cumpliera su amenaza. Quería evitar a toda costa que tú lo supieras.

—¿Le diste dinero?

—¿Cómo iba a dárselo si yo no lo tenía? Todas mis cuentas las pagas tú, y sólo me das lo justo para los gastos de la casa...

—¿Qué es lo que querías? ¿Que te diese también una cantidad para tus antiguos amantes?

—No, hombre. Sólo te explico por qué no pude darle el dinero que me pidió. Le di largas nada más, hasta que se hartó de esperar. Entonces decidí acabar con aquella situación... como fuese.

—¿Y cómo fue? —quiso saber Adolfo.

—Acepté que viniera a verme para llegar a un acuerdo —empezó a contar Luisa—. Yo estaba dispuesta a todo: a llorarle, a suplicarle... a convencerle por todos los medios de que me dejara en paz...

—¿Y vino a verte?

—Sí. Una tarde. Tú estabas fuera. Te habías ido de viaje, a inspeccionar una sucursal de la compañía. Me las arreglé para quedarme sola en casa. Di permiso a la criada para que saliera temprano. Cuando lo pienso... ¡Fue horrible!

—Pues piénsalo bien —exigió Adolfo—, porque quiero saberlo todo. Y procura no omitir ningún detalle.

—Me quedé en casa completamente sola —continuó Luisa, esforzándose en

reconstruir aquellas horas tan desagradables—. Yo misma le abrí la puerta cuando llegó. Nada más verle, le noté algo raro...

—¿Qué tenía de raro?

—No me interrumpas —le rogó ella—. Déjame pensar... Noté que había bebido mucho. Estaba casi borracho. Al verme, quiso abrazarme; pero yo le rechacé. Le dije que había aceptado verle para que charláramos, pero nada más. Y pasamos a este mismo cuarto.

—¡Qué vergüenza! —masculló Adolfo—. Y que yo tenga que oír...

—Tú me has pedido que te lo cuente con detalle. Si no quieres oírlo...

—Sí —tragó bilis—. Continúa.

—Entró aquí tambaleándose; y en cuanto se orientó, fue a sentarse junto a la mesa donde yo había preparado algunas bebidas para la entrevista... Allí... En aquella butaca.

Y al decirlo, Luisa señaló la butaca más próxima al sofá ocupado por su marido.

—¿Qué pasó entonces? —se impacientó él.

—Que yo misma le serví un *whisky*. Y después otro... Entonces tuvimos una escena espantosa. Como yo me figuraba, no quiso acceder a mis súplicas. Insistió en que si no le daba la cantidad que me pedía, te lo contaría todo en cuanto volvieras de tu viaje. Lloré y se burló de mis lágrimas. Creo que nunca he odiado tanto a una persona como a él aquella tarde.

Y Luisa miró con rabia a la butaca vacía antes de continuar:

—Parece que le estoy viendo. Estaba ahí sentado, cada vez más borracho, riéndose de mí y bebiendo sin parar... Y yo le miraba fijamente, esperando... esperando...

—Esperando... ¿qué? —preguntó Adolfo.

—Pues —dijo Luisa, después de una ligera vacilación— esperando que se fuera. ¿Qué otra cosa podía esperar?

—¡Qué sé yo! —la miró fijamente su marido—. Lo has dicho en un tono... ¿Y cómo acabó la escena?

—Al fin se marchó.

—¿Sin más ni más?

—No sé qué quieres decir.

—Que si este tipo se instaló aquí por las malas —concretó Adolfo señalando la butaca vacía—, me parece raro que se fuera por las buenas.

—Al convencerse de que no iba a sacar nada de mí, se fue —explicó Luisa—. Y no volvió a molestarme nunca más.

—¿Nunca más? —había desconfianza en el tono de Adolfo—... ¿Y cómo lograste convencerle?

—Es que... —dijo Luisa, poniéndose muy nerviosa— no le convencí.

—¿Qué hiciste entonces para que te dejara en paz?

Pero ella no quiso responder a esa pregunta, y se volvió a mirar la lluvia que seguía azotando las plantas de la terraza.

—¡Vamos, contesta! —apremió su marido—. ¿Qué hiciste?

Hubo todavía un silencio antes de que Luisa contestara en voz baja:

—Lo maté.

Adolfo, perplejo, se volvió a mirarla. Luisa, de espaldas a él, ya no veía caer la lluvia sobre las plantas de la terraza porque se había tapado la cara con las manos y estaba llorando.

Durante algunos segundos, sólo se oyeron en la sala los sollozos de la mujer y el tamboreo del chaparrón en los cristales del ventanal.

—No es posible... —fue lo primero que dijo el marido—. No es posible... ¿Qué tú...?

Luisa, sin interrumpir sus sollozos, asintió con la cabeza. Adolfo, incrédulo, rechazó:

—¡Vamos, qué disparate!... No dirás en serio que tú... —y soltó una carcajada—. Pero ¡si es increíble!... ¡Absurdo!...

—¿De qué te ríes? —dijo Luisa sorprendida, dejando de llorar.

—De que todo tiene un límite —explicó él, riendo todavía—. Admito que tú... y que ese hombre... Pero de eso a esto... Sería demasiado. No me cabe en la cabeza que hayas podido cometer un... un...

—¡Un homicidio! —concluyó la frase ella, reanudando su interrumpido llanto—. ¡Un asesinato!... Es eso lo que quieres decir, ¿verdad? ¡Puedes decirlo con todas sus letras! Es cierto... ¡Yo lo maté!... ¡Yo lo maté!...

—¿Sí? —murmuró Adolfo, menos incrédulo ya pero luchando todavía para no creerlo—. Estás loca... ¿Dónde lo mataste, vamos a ver?

—Aquí mismo —contestó Luisa con rapidez, como si deseara soltar cuanto antes el lastre de su secreto—. Yo lo había preparado todo. Estaba segura de que no lograría convencerle. Y antes de que él llegara, eché las tabletas en el *whisky*.

—¿Qué tabletas?

—Unas muy fuertes. Para dormir. Con veneno —siguió confesando ella abiertamente, sin ninguna vacilación—. La etiqueta lo advertía: «Dosis máxima, dos diarias»... Y yo le di todo el frasco de una vez.

—Sí, ¿verdad? —dijo Adolfo con una sonrisa, esforzándose en hallar puntos débiles al relato de su mujer para convencerse de que no era cierto—. Como novela policíaca, no está mal. Vas a conseguir que me emocione y todo. Pero para inventar una novela de ésas, hay que atar muchos cabos. Y tú no has atado el cabo más gordo.

—¿Cuál?

—¿Qué hiciste con el cadáver? —preguntó él, sonriendo triunfalmente.

—¡No me hables del cadáver! —le rogó Luisa, horrorizada.

—¿Cómo no voy a hablarte del cadáver? —insistió Adolfo—. Es el personaje fundamental de las novelas policíacas. ¿Dónde lo escondiste?

—Fue espantoso —murmuró ella, con un leve temblor en la voz—. Mientras él bebía, yo pensaba sin parar. Y le hablaba al mismo tiempo, para que no dejara de beber... Le puse la botella al alcance de la mano, y yo seguía pensando: «¿Qué puedo hacer con el cadáver?... ¿Dónde lo meteré?... El piso es grande, pero no puedo guardarlo en un armario ni meterlo debajo de un mueble...»

—¡Luisa, por favor!

—Te estoy contando todo lo que pensé. Hasta se me ocurrió que quizás en la terraza... Una de las jardineras es muy grande, fíjate...

Y al decir esto, Luisa apoyó un dedo en los cristales del ventanal, señalando hacia el exterior.

En la terraza había varios cajones, estrechos y largos, pintados de verde y llenos de plantas. El que ella señalaba era, efectivamente, mayor que los demás. Bastaba un simple vistazo a su tamaño para calcular, sin ser ningún experto, que en aquella jardinera cabría con facilidad el cuerpo de cualquier persona no muy alta ni muy gorda.

—Ven y fíjate —insistió Luisa.

Adolfo fue al ventanal y se fijó.

—¡Por Dios, Luisita! —dijo luego, sin poder ocultar que estaba asustado—. No pretenderás insinuar que allí...

—¡Sí, allí!

—¡Dios mío!

—¿No querías saber todos los detalles? —le recordó ella—. Pues te cuento todo lo que pensé. Ese cajón de la terraza tiene las dimensiones justas. Si te fijas bien, es como un ataúd...

—Calla mujer —rogó él, cada vez más nervioso—. ¡Qué absurdo!

—¿Por qué? Quitando las plantas y la tierra... Fue la única solución que se me ocurrió.

—Pe... pero... —balbució Adolfo—. ¡Eso es monstruoso!...

—Sí, ya lo sé —admitió ella—. Ten en cuenta que yo no razonaba bien. Estaba medio enloquecida de miedo... ¿Te imaginas la angustia que pasé al lado de ese hombre, esperando que esas malditas tabletas le hicieran efecto?... Yo hablaba, hablaba cada vez más fuerte para dominar mis nervios... Tenía que ganar tiempo, hasta que llegara el fin. Por eso lloré, prometí, supliqué...

Adolfo, mirándola con asombro, preguntó:

—¿Y tuviste sangre fría suficiente para quitar las plantas y la tierra...?

—No —confesó ella.

—¿No?... ¿Qué hiciste entonces?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Nada —repitió Luisa—, porque las tabletas no le hicieron efecto. Al final estaba tan borracho, que se levantó de la butaca tambaleándose.

—¿Y qué? —presionó él, impaciente.

—Me agarró por las muñecas hasta hacerme daño. Me hizo jurarle que al día siguiente tendría el dinero. Y cuando se lo juré, prometió volver a recogerlo...

—¿Y qué? —repitió Adolfo.

—Y se marchó —concluyó Luisa.

—¿Se marchó?... Pero bueno: entonces... ¿por qué dices que tú le mataste?

—Porque poco después de salir de aquí, su coche se estrelló contra un camión. Lo leí al día siguiente en los periódicos. Cuando le sacaron del coche destrozado, estaba muerto.

—¡Uf!... —suspiró Adolfo—. ¡Menos mal!

—¿Cómo menos mal? —le miró Luisa, sorprendida.

—¡Claro! Casi llegué a creer que había estado conviviendo, sin saberlo, con un huésped que criaba malvas en la terraza.

—Eso no varía la cuestión —le advirtió ella—. Lo grave es que yo le maté.

—Hasta cierto punto.

—¿Cómo hasta cierto punto? ¿No comprendes que yo le eché las tabletas en el *whisky*?

—Pero tú misma dijiste que no le hicieron efecto —le recordó Adolfo.

—Se lo hicieron poco después, cuando iba en el coche. Por eso se estrelló contra el camión.

—Eso es lo que tú supones. Pero ¿quién podría demostrar tu culpabilidad?

Luisa hizo una pausa, antes de responder con voz dramática:

—La autopsia. Puede que a alguien se le haya ocurrido investigar, y hayan sacado el cadáver para verle por dentro.

—Otra suposición.

—No, Adolfo. Esta suposición la ha confirmado esa llamada de la policía. ¿No te das cuenta? Hablaron de un homicidio. Y de un accidente de tráfico... Lo han descubierto, Adolfo. ¡Lo han descubierto todo...!

—Cálmate, mujer. Suponiendo que la policía haya investigado, de esto hace ya mucho tiempo. No es fácil que una autopsia, después de algunos años... —quedó un rato pensativo calculando el riesgo que aún existía, antes de añadir—: ¿De qué eran las tabletas?

—Tenían veneno —dijo ella.

—Sí; pero ¿qué veneno?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes? —estalló él—. ¡Esto es genial!... ¿De manera que envenenas a un señor y no sabes con qué? ¿Cómo te las arreglaste entonces para comprar las tabletas? ¿Fuiste a una farmacia y le dijiste al farmacéutico: «Deme algo para matar a un chantajista»?

—No —explicó Luisa—: las tabletas no las compré en ninguna parte.

—¿Quién te las proporcionó? —dijo Adolfo, burlón—. ¿Alguna amiga tuya que ya se había cargado a alguien y tenía en su casa veneno de sobra?

—Las tabletas eran tuyas.

—¿Mías?...

—Estaban en tu armario del cuarto de baño —concretó ella—. En un frasco de cristal verde.

—¿Verde?... —hizo memoria él.

—Sí, hombre. Te las recetó el médico, aquella temporada que las preocupaciones no te dejaban dormir. Se llamaban «Dormilín», o «Dormilón»...

—¡Ah, sí! —recordó Adolfo—. Pero de eso hace ya muchos años.

—Eran muy fuertes, ¿no?

—Fortísimas. Recuerdo que por eso dejé de tomarlas al terminar el primer frasco. El efecto me duraba hasta el día siguiente, y estaba amodorrado toda la mañana.

—¿Y cuántas tomabas tú? —preguntó Luisa.

—Una nada más.

—Pues ¡imagínate el efecto que le harían al otro, que se tragó el frasco entero! De sobra para amodorrarse eternamente, ¿no te parece?

—Sí, desde luego —admitió Adolfo.

—Lo que no comprendo es cómo aquel bárbaro pudo resistir tanto tiempo.

—Ni yo.

—Claro que hay hombres con una resistencia extraordinaria. Como Rasputín, por ejemplo. ¿Te acuerdas de lo que resistió Rasputín?

—Espera —hizo un gesto él, invitándola a que se callara—. Estoy pensando...

—¿Qué?

—Dices que el frasco era verde, ¿verdad?

—Sí —confirmó Luisa—. Verde oscuro. ¿Por qué?

—Verás —explicó Adolfo, ordenando sus recuerdos—: yo sólo tomé un frasco de esa medicina, y no compré ninguno más. Porque me sentaba mal.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que todas las tabletas de ese frasco me las había tomado yo. El frasco estaba vacío.

—No digas bobadas —rechazó ella—. Estaba casi lleno cuando yo lo cogí.

—¿Cuántas tabletas había?

—No sé, bastantes. Seis o siete por lo menos.

—¿Y de qué color eran?

—¿De qué color iban a ser? Pues blancas.

Adolfo, sin más ni más, rompió a reír. Con suavidad al principio, pero con intensidad creciente.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Luisa, sorprendida. Pero como la risa no le permitió responder, ella tuvo que insistir—: Vamos, dímelo de una vez... ¿A qué vienen esas carcajadas estúpidas?

—Perdóname, monina —dijo él en cuanto se calmó un poco—, pero es que tiene gracia de verdad.

—Pues yo no se la veo —se enfadó ella—. ¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

—Que resulta que tu emocionante novela policíaca ha tenido un final ridículo... ¡Ridículo!

Y le acometió un nuevo ataque de hilaridad, de potencia similar al anterior.

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella, cada vez más enfadada—. ¿Es que te estás volviendo loco?

—Tranquilízate: no me hace reír mi locura, sino tu ridiculez. Cuando te lo diga, también te reirás tú. ¡Y comparabas a ese sinvergüenza con Rasputín!... ¿Sabes qué veneno empleaste para cometer tu horripilante crimen?

—No. ¿Cuál?

—¡Aspirina!

—¿Cómo?...

—¡Sí, princesa Yusupof! —afirmó él, divirtiéndose de lo lindo—. ¡Pura e inofensiva aspirina!

—Déjate de bromas.

—Aunque me ría tanto, hablo en serio. Las tabletas que yo me tomé, eran tan verdes como el cristal del frasco.

—¿Estás seguro? —dijo ella, asombrada.

—Segurísimo.

—Entonces, las que había dentro cuando yo lo cogí...

—Eran de un tubo de aspirina, que se me cayó un día al abrir el armarito —explicó Adolfo con cara risueña—. Como el tubo se hizo pedazos, recogí las tabletas y las puse en el primer frasco vacío que encontré. Y mira por dónde, el frasco era el del somnífero.

—En ese caso... —se quedó pensativa Luisa—. Eso significa que yo...

—Que tú no mataste a nadie, sino todo lo contrario. Hiciste un gran favor a ese borracho, dándole unas cuantas aspirinas para que se le despejara la cabeza.

—Pero el accidente que tuvo con el camión...

—No fue tuya la culpa. Todos los días hay coches que chocan con camiones. A

ese tipo —concluyó Adolfo— le ocurrió lo mismo que pudo sucederle a cualquier automovilista. Eso fue todo.

Rubricando las palabras del marido, empezó a sonar entonces el agudo timbre del teléfono.

—¡Ahí está! —exclamó la mujer.

—¿Quién?

—¡La policía!... ¿Qué vas a decir?

—No sé —contestó Adolfo, yendo hacia el teléfono—. Primero esperaré a ver qué me dicen ellos.

Y descolgó el auricular, en el cual sostuvo este monólogo:

—¿Diga?... Sí, aquí es... Soy yo. Estaba esperando su llamada. Mi mujer me dijo que preguntaron por mí... ¿En qué puedo servirles?... Sí... Sí, sí... En efecto: era verde. Verde oscuro... Pero de esto hace ya mucho tiempo... ¿Cómo?... ¿Sí?... ¡Qué me dice!... Pero ¡qué horror!... ¿Es posible?... ¿Y murió?... Pues no lo recuerdo con exactitud... Aquí en casa, no... Será mejor que me llame mañana... A la oficina, sí... Descuide: le daré todos los datos que pueda encontrar... Adiós, buenas tardes.

Y Adolfo colgó, mientras Luisa le preguntaba ansiosamente:

—¿Qué te han dicho?

—Quieren saber —empezó él, mirándola con ceño— a quién le vendí el coche que tuvimos el año pasado.

—¿Qué coche?

—Aquel Fiat verde oscuro, ¿te acuerdas? Por lo visto el dueño actual tuvo un accidente, y se dio a la fuga. Pero un guardia lo vio y tomó el número de la matrícula. El accidente fue grave.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Luisa.

—Atropelló a una vieja —contestó él—. Por suerte la vieja no ha muerto, y creen que se salvará. Pero al dueño del coche se le va a caer el pelo en cuanto le cojan, por haber huido.

—De manera que... ¿te llamaron para eso nada más?

—Nada más. Tengo en la oficina el contrato de venta del coche, y el lunes les daré el nombre del comprador. No recuerdo quién fue, porque se ocupó del asunto el encargado del garaje. Ése fue el accidente que te mencionaron.

—¿Y por qué me hablaron entonces de un homicidio? —quiso saber ella.

—Por la vieja —aclaró él—. Si la vieja hubiera muerto, el conductor habría cometido un homicidio.

—¿Cómo iba a ser «un homicidio» —protestó Luisa, recalcando la palabra— si la víctima era «una vieja»?

—Homicidio significa matar a una persona, sin distinción de edad ni sexo.

—Pues no lo parece —discutió ella—. Homicidio suena a hombre.

—Sonará —admitió Adolfo—, pero incluye también a las viejas.

—Pues esos tontos de la policía podían habérmelo advertido —dijo Luisa, enfadada—. Si llego a saberlo, no te hubiera contado todo este rollo.

—Más que un rollo, ha sido una película completa —corrigió Adolfo—. Y bastante interesante, porque me ha servido para conocerte mejor.

—En cierto modo, también a mí me sirvió para quitarme un peso de encima.

—¿De encima de dónde? —preguntó él, burlón.

—De la conciencia, naturalmente. Ahora sé que no hice esa barbaridad, y me siento ligera como un pájaro.

—Pues no te ilusiones —advirtió Adolfo con ironía—, porque no podrás volar muy lejos.

—¿Por qué no?

—En el fondo, sigues siendo culpable.

—No veo la razón —se defendió ella—. Tú mismo acabas de demostrarme que sólo le di aspirina. Y hasta me has dicho que incluso le hice un favor.

—Pero tu intención era quitarle de en medio —le recordó él—. Y en estos casos, lo que vale es la intención.

—No estoy de acuerdo.

—Piénsalo bien —insistió Adolfo—. Si disparas contra alguien con intención de cargártelo, eres un asesino aunque te salga el tiro por la culata.

—Depende. Yo sólo tuve un mal pensamiento pasajero —fue ella analizando su caso—. Comprendo que no obré bien; pero ¿quién no ha tenido alguna vez un momento de ofuscación? Y el mío es disculpable, porque lo hice en legítima defensa.

—¿Cómo en legítima defensa —rechazó Adolfo— si preparaste el brebaje antes que él llegara?

—Para defender nuestro matrimonio. ¿Acaso esa defensa no es legítima también? Quise salvar una situación de peligro para nuestra felicidad. Porque siempre fuimos muy felices, ¿verdad, Adolfo?

—Desde luego. Pero...

—Pues eso es lo importante —continuó ella con vehemencia, sin dejarle hablar—. Y no hay ninguna razón para que demos importancia a todo lo demás. Porque todo eso ocurrió antes que tú y yo nos casáramos. Ese hombre, al fin y al cabo, pertenecía a mi pasado.

—Sí. Pero después de todo esto, ¿qué vamos a hacer en lo futuro?

—¿Cómo que qué vamos a hacer? —dijo Luisa, muy decidida—. De momento, irnos al cine como habíamos pensado.

—¿Al cine? —repitió su marido, extrañado—. Pero ¿crees de veras que con todo lo que ha ocurrido...?

—Que yo sepa —se encogió de hombros ella con mucha naturalidad—, no ha

ocurrido nada.

—¡Luisita, por favor!

—Nada de nada —remachó la mujer—: que la policía te preguntó a quién le vendiste un coche, y que tú vas a decírselo mañana. Todo lo demás fue una simple charla que tuvimos para hacer tiempo, porque estaba cayendo un chaparrón.

—Pero en esa charla —opuso Adolfo— salieron a relucir ciertos recuerdos...

—... que volveremos a enterrar donde estaban —concluyó Luisa, acercándose al ventanal—. Ya ha parado de llover, fíjate, y vuelve a salir el sol. No hace falta que yo coja el paraguas, ni que tú te pongas el impermeable. Vamos, Adolfo —añadió dirigiéndose al vestíbulo—. Quizá lleguemos un poco tarde. Pero como el cine es de sesión continua, veremos el principio de la película después del final. ¿Vienes?

Adolfo vaciló un instante. Luego, levantándose, dijo:

—Sí, voy.

NINGÚN HOMBRE EN CASA

CON VOZ TAN MONÓTONA como el zumbido de un insecto, el locutor de la televisión leyó las últimas noticias. Guerras, crímenes y cataclismos desfilaron por sus cuerdas vocales sin que se alterara su tono ni su timbre.

Y la granjera Sally Dugan, sentada frente al televisor en la salita de su casa, iba pensando mientras le oía:

«No está bien que los locutores lean con la misma entonación la reseña de una boda y las bajas de una batalla. Sin llegar a los extremos de ponerse a dar saltos de alegría en el primer caso, ni a echarse a llorar en el segundo, bien podrían poner una pizca de matiz en cada noticia. Porque hay cierta diferencia, me parece a mí, entre dos príncipes que se casan y dos ejércitos que se matan».

Sally Dugan, como puede verse, no era tonta. Lo cual tiene mucho mérito cuando se ha vivido más de cinco años en una pequeña granja del Lejano Oeste, aislada casi por completo de la civilización. Porque el aislamiento campestre, dicho sea sin ánimo de ofender al campo, acaba por entontecer a cualquier persona civilizada. Y más aún si la persona civilizada es una mujer joven, sin ninguna experiencia de la vida, que salió de la escuela como quien dice para casarse con un granjero.

Esa había sido la vida de Sally: muy poco después de terminar sus estudios, se casó con Bob Dugan; que era un buen partido, pero de tercera división. Con lo cual quiero decir que era bueno, honrado y trabajador. Tres virtudes básicas para que la esposa de un hombre así pueda vivir, pero no para que pueda darse la gran vida.

«Si no fuera por la televisión —pensaba Sally muchas veces—, la soledad acabaría por embrutecerme. Y dentro de algunos años, mi cerebro llegaría a tener el mismo tamaño que el de una de nuestras gallinas».

Y con el fin de evitar esa paulatina reducción de su masa encefálica por falta de alimento espiritual, Sally aprovechaba cualquier pausa en sus tareas domésticas para ver mundo en la pantalla del televisor.

Aquella noche, por ejemplo, en cuanto tuvo la cena lista y aprovechando que su marido no había regresado aún del pueblo, se había sentado a ver y oír las noticias.

Al terminar la enumeración de todas las catástrofes mundiales ocurridas durante el día, apareció en la pantalla el retrato de un hombre. Para comprender que se trataba de un hombre había que fijarse en el cuello de su camisa, pues tenía una cara de bestia que desorientaba a primera vista. Era un sujeto de pésima catadura, cejijunto y renegrado, con una boca que parecía un hachazo en un tronco de alcornoque.

—Una vez más —se oyó decir al locutor acompañando a esta imagen tan poco agradable—, como en anteriores boletines informativos, pueden ver en sus pantallas la fotografía de Jim Carson. La policía nos ruega que continuemos divulgando la efigie de este criminal, evadido hace días de la Prisión del Estado, por si alguien

puede facilitar informes que ayuden a su captura. Hasta ahora, y desde el momento de su fuga, ha añadido tres nuevas víctimas a su sangriento historial. Dos de estos crímenes los cometió en una granja —la telespectadora Sally Dugan sintió un escalofrío—, y su móvil fue el robo. Su tercera víctima fue un guarda rural que intentó detenerle. Se cree que el asesino fue herido por uno de los disparos hechos por el guarda. Un granjero asegura haber visto a Carson en el cruce de un camino vecinal próximo a Meltonville, conduciendo un *jeep* robado. Aunque la policía está dando una batida en aquel sector, insistimos en alertar a toda la población. Jim Carson es un asesino peligroso, y va armado. Reanudamos nuestro programa con un telefilm de la serie «El perseguido, que tampoco es manco»...

Pero a Sally Dugan se le habían quitado las ganas de ver el telefilm, y se levantó a apagar el televisor. No es que ella fuera miedosa, pero Meltonville era el pueblo más cercano a la granja. Y por los alrededores de Meltonville merodeaba aquel criminal, que tenía aterrorizada a toda la región.

Sally pensó que debía cerrar inmediatamente todas las puertas y ventanas de la casa, en previsión de que el señor Carson decidiera hacerles una visita inesperada. Pero unos segundos después de tener este pensamiento, empezó a oírse a lo lejos el motor de un automóvil. Y Sally, impresionada todavía por la noticia de la televisión, se detuvo a escuchar.

El ruido del coche cruzó sin detenerse por la carretera secundaria lindante con la granja, y la mujer del granjero se tranquilizó. Pero su tranquilidad duró poco tiempo: no había hecho más que apagar la lámpara de la salita para dirigirse a la cocina cuando el ronroneo de un nuevo motor volvió a sobresaltarla.

Esta vez el sobresalto alcanzó la categoría de auténtico susto, a medida que el oído de Sally fue comprobando que aquel vehículo no pasaba de largo ante la granja, sino que se metía por el camino sinuoso que conducía desde la carretera a la casa.

Sally, demasiado asustada para moverse, se detuvo en el corto pasillo que separaba la salita de la cocina. Y oyó claramente el frenazo del coche, que se había detenido junto al pozo en la fachada posterior. Oyó también el ruido seco de la portezuela, y los pasos del hombre que se aproximaba a la puerta de la cocina.

Tuvo que taparse la boca con las manos para no gritar, al ver desde el pasillo que el hombre abría la puerta, entraba y encendía la luz.

—¡Sally! —llamó el hombre—. ¿Dónde estás?

Hacía mucho tiempo que Sally no se alegraba tanto de ver a su marido como en aquella ocasión.

—¡Aquí, Bob! —exclamó con voz risueña y emocionada, corriendo desde el pasillo a su encuentro—. ¡Aquí estoy, amor mío!

—¿Dónde te habías metido? —gruñó él.

—En la salita.

—¿A oscuras? Desde fuera no vi ninguna luz.

—Acababa de apagar cuando oí que el coche se acercaba, y no quise encender.

—¿Por qué? —se extrañó él.

—Estuve viendo la televisión —explicó ella—. Volvieron a hablar del asesino.

—¿De qué asesino?

—Del que se escapó. El que andan persiguiendo desde hace días.

—¿Y por qué apagaste? —se burló él, sentándose junto a la mesa de la cocina—. ¿Creíste que era yo?

—No es que lo creyera —dijo Sally—, pero parece que le han visto cerca del pueblo. Y la prudencia nunca está de más.

—Pues, hija —siguió burlándose Bob— si cada vez que pasa un coche por la carretera piensas provocar un apagón, nos vamos a divertir.

—No me quedé a oscuras porque pasara un coche por la carretera —aclaró ella—, sino porque oí que venía un *jeep* hacia aquí. Y la última vez que vieron a ese criminal, iba en un *jeep* como el nuestro.

—Pues tranquilízate, porque por esta zona no podría rodar ni un kilómetro. En los siete que hay desde Meltonville hasta aquí, la policía me ha parado cuatro veces. He visto más polizontes y más vigilancia que aquella vez que vino el Presidente.

Sally fue cogiendo del aparador, y llevando a la mesa, los accesorios necesarios para servirle la cena a su marido. Bob, mientras tanto, se subió hasta el codo las mangas de su camisa a cuadros, dejando al descubierto sus antebrazos, velludos pero delgaditos. Porque Bob Dugan, como la mayoría de los hombres honrados y trabajadores, no era precisamente un galán cinematográfico. Bajo de estatura sin llegar a rechoncho, y enjuto de carnes sin llegar a enclenque, desmentía la afirmación de que la vida campestre le sienta bien a todo el mundo. Bob daba la impresión de que le sentaba fatal, pues lo único que le había proporcionado su contacto con la Naturaleza era una piel verdosa, de color muy parecido al de la hierba. Fuera de estos pequeños defectos, tenía —como ya he dicho— las tres virtudes que hacen de un hombre vulgar, un marido excelente: era bueno, honrado y etcétera.

—No estaré del todo tranquila hasta que lo cacen —dijo Sally, poniendo en la mesa el pan.

—¿A quién?

—A ese bandido. Ojalá tenga éxito la cacería.

—A propósito de cacería —dijo Bob—: ¿preparaste ya el conejo que cacé ayer?

—En el horno lo tengo. Pero si lo quieres para cenar, tendrás que esperar un poco.

—¡Vaya por Dios! —gruñó él, fastidiado—. ¿Por qué tendré que esperar?

—No calculé bien y lo metí tarde en el horno. Aún estará duro.

—¡Nunca calculas bien! —se enfadó Bob—. Sabes de sobra que me gusta cenar a las nueve en punto, y siempre tengo que estar esperando como un pasmarote.

—Siempre, no —corrigió Sally—. Cuando pongo pollo, está a su hora.

—Es que sería el colmo que no supieras preparar un pollo a tiempo, teniendo como tenemos una granja avícola.

—Por eso no fallo con los pollos. Ni con ninguno de los platos derivados de la gallina. Como los de huevos, por ejemplo. No me negarás que hago unas tortillas de chuparse los dedos.

—¡Pero a mí me gusta chupármelos a mis horas! —insistió él, subrayando sus palabras con pequeños puñetazos en la mesa—: a la una el almuerzo, y a las nueve la cena ¿comprendes? Empiezo a hartarme de tu impuntualidad.

—Perdóname, Bob —se excusó ella humildemente—. Trataré de corregirme.

—Tratarás, no —rectificó él—: te corregirás, que no es igual.

—Sí, Bob. Te aseguro que yo hago todo lo posible por atenderte bien.

—Podrías atenderme mucho mejor si no perdieras tanto tiempo viendo la televisión.

—Sólo veo algunos programas.

—¿Cómo algunos? —protestó Bob—. Cuando yo no estoy en casa, te tragas la programación completa.

—Por favor, cariño, no exageres. Además, es natural que de vez en cuando necesite distraerme un poco. Piensa que siempre estoy metida en esta casa tan aislada, sin ver a nadie...

—Porque eres la esposa de un granjero. Y todas las esposas de los demás granjeros están igual que tú: metidas en sus casas y ocupándose de sus maridos. De manera que no te quejes, y dame la cena de una vez.

—En seguida, Bob.

Sally abrió la tapa del horno, para sacar el cacharro donde se asaba el conejo troceado. Luego, con un tenedor, pinchó algunos trozos para verificar su grado de dureza.

—No puedo garantizarte que el conejo esté muy tierno —dijo mientras realizaba estas punciones—, porque con la caza no se puede calcular lo mismo que con los pollos. Todos nuestros pollos son iguales, y necesitan los mismos minutos para asarse. Pero los conejos, no. Unos son más duros y otros más blandos. Como andan sueltos por el monte, sin control de ninguna clase, su dureza depende de lo que hayan comido y de la vida que hayan hecho.

—Vamos, deja ya de decir tonterías —se impacientó su marido.

—No son tonterías, Bob. Un conejo que no ha parado de dar saltos de aquí para allá, no puede estar tan tierno como otro que hizo una vida sedentaria —siguió explicando Sally, mientras llevaba el cacharro a la mesa—. Pero creo que esta vez ha habido suertecilla, y cazaste al más holgazán de todo el monte. Porque está blandito y regordete, como tu tío Harry.

—¿A qué viene esa comparación con mi tío?

—Porque tu tío Harry también es regordete, y tampoco ha dado golpe en toda su vida.

—Pues te advierto que este conejo daba unos brincos imponentes —presumió de su destreza el cazador, anudándose la servilleta alrededor del cuello—. Le acerté por verdadera chiripa, a pesar de lo rápido que soy tirando.

—Sin embargo —continuó ella mientras le servía algunos trozos en el plato—, tiene bastante grasa y pocos músculos. A ver si te gusta así. Hoy hice una innovación en la salsa, y le puse hierbas aromáticas en lugar de tomate.

—¿Y tú? ¿No vas a cenar? —preguntó Bob, empezando a comer con apetito.

—El conejo no me entusiasma y lo encuentro pesado para por la noche —dijo Sally, llevando de nuevo el asador al horno para que no se enfriara el resto del conejo—. Además he merendado tarde y no tengo apetito. Quizá tome algo ligero antes de irme a dormir.

—Pues ¿sabes lo que te digo? —comentó Bob con la boca llena—: que por una vez, y sin que sirva de precedente, te perdono que me hayas hecho esperar. Porque esto está imponente.

—¿Te gusta?

—Me encanta —se relamió él—. Y la salseja es un acierto. No parece un plato hecho por ti.

—Gracias, Bob. Eres muy amable, a tu manera.

—No es amabilidad, sino la pura verdad. Ya sabes que cuando haces alguna pifia culinaria, te lo digo también.

—¡Ya lo creo! —recordó ella con terror—. ¡Y hay que ver las cosas que me dices!

—Pero este guisote es digno del «Relax», que presume de ser el mejor restaurante del pueblo.

—Me alegro y hasta me emociona —agradeció Sally—. Porque me felicitas tan pocas veces...

—Las que te mereces. Que no son muchas, por desgracia. Pero hoy, sí. Te repito que este conejo no lo mejoran ni en el «Relax».

—En premio a lo bien que me ha salido —se atrevió a insinuar ella—, deberías llevarme algún día.

—¿Adónde?

—Al «Relax». Hace un siglo que no me llevas a comer allí.

—Un siglo, no —corrigió él—. Fuimos una vez el año pasado.

—Pero ya casi ni me acuerdo. ¿Sería mucho pedirte que fuéramos también este año? Podríamos ir para celebrar tu santo, o tu cumpleaños...

—De acuerdo —se sintió magnánimo Bob—. Pero esta vez, lo que celebraremos será mi éxito.

—¿Qué éxito? —preguntó Sally, sentándose con respeto frente a su marido para verle comer.

—¿Es que no lo sabes? Pareces tonta.

—Como nunca me cuentas nada...

—¿No te dije que he logrado aumentar en un veinte por ciento nuestra producción de huevos?

—¡No! —se asombró sinceramente ella—. ¿Es posible, Bob?

—Como lo oyes —confirmó él, sin molestarse en disimular su orgullo—. Gracias a las ponedoras que compré últimamente, y al pienso compuesto que hago yo mismo.

—Eres un hombre genial —le miró Sally, embobada—. ¿Por qué crees que yo te admiro tanto, amor mío? Pues porque entiendes de gallinas más que nadie.

—Más no —rechazó él con falsa modestia—, pero sí tanto como el que más. Prueba de ello es que no sólo aumenté la cantidad de huevos, sino también su calidad.

—¿También? —creció la admiración de Sally—. ¡Parece increíble!

—Pues puedes creerlo. Hoy han vuelto a decírmelo en el pueblo, cuando fui a venderlos: en todo Meltonville no se encuentran huevos tan grandes como los míos. Ni tan sabrosos. Tan buenos los consideran, que me pagan la docena a diez centavos más que a cualquier otro. ¿Qué te parece?

—Que es un éxito digno de ser celebrado —se entusiasmó ella—. ¿Por qué no lo celebramos el próximo sábado?

—No te precipites, rica —moderó él—. Déjame pensarlo y ya te comunicaré mi decisión.

—Desde luego, Bob. Como siempre, haremos lo que tú decidas —acató ella con humildad—. Pero te ruego que me lo digas con tiempo, para irme preparando. Porque un acontecimiento así exige muchos preparativos. Tendré que arreglarme el traje del año pasado, y comprar unas medias nuevas...

—Descuida, te avisaré —cortó Bob—. ¿Dónde está el conejo?

—Lo metí en el horno, para que no se enfríe.

—Sírvenme un poco más, anda —ordenó él, dándole su plato.

—¿No te hará daño? Mira que de noche el conejo es muy pesado...

—Tú sí que eres pesada cuando te empeñas en discutir mis órdenes —se enfadó él—. Haz lo que te digo.

—Sí, Bob —obedeció ella, cogiendo el plato que su marido le tendía—. Yo sólo lo decía por tu bien...

Pero en aquel momento llegaron desde muy lejos los estampidos de unos disparos. Tres o cuatro. Sally, asustada, inclinó el plato que tenía en las manos; y un hueso de conejo fue a caer sobre la mesa, junto a Bob.

—¡Dios mío! —exclamó ella, escuchando.

—¡Cuidado, estúpida! —gruñó él, recogiendo el hueso, que había manchado el

mantel—. ¡Mira lo que has hecho!

—¿No has oído, Bob?

—¿El qué?

—Esos tiros. Sonaron cerca de aquí.

—Cerca no —corrigió él—. A casi medio kilómetro.

—Eso no lo sabemos —discutió Sally.

—Yo sí, porque soy cazador. Y tengo práctica para calcular a qué distancia se produce un disparo.

—Pero esos tiros no fueron de cazador, porque de noche no caza nadie.

—No, claro —tuvo que admitir él.

—Ha tenido que ser la policía —dedujo Sally—, que persigue a Jim Carson.

—Puede.

—¿Y lo dices tan tranquilo?

—¿Cómo quieres que lo diga?

—Pero ¿no te das cuenta del peligro que corremos? —dijo ella muy nerviosa.

—¿Peligro?... ¿Por qué?

—Esos tiros significan que han descubierto a ese criminal por estos alrededores.

—Son sólo suposiciones tuyas —rechazó Bob, que deseaba seguir comiendo tranquilamente aquel conejo tan rico.

—¿Qué otra cosa puede ser? —insistió Sally—. La televisión ha dicho que le vieron por esta zona en un *jeep*.

—Si seguimos con las suposiciones, cabe suponer también que le descubrieron y le cazaron.

—No hay ninguna razón para que supongas eso —rebató ella.

—¿Cómo que no? Los disparos que hemos oído.

—Pero han podido dispararle y no darle.

—Bueno, mujer: si te empeñas en ponerte en lo peor...

—No en lo peor, sino en lo lógico. Y no es lógico que un asesino tan peligroso se deje cazar con un par de tiritos, como si fuera un conejo.

—A propósito de conejo... —empezó a decir Bob, pero Sally le cortó:

—No pensarás seguir comiendo en estas circunstancias. Imagínate que ese criminal ha conseguido huir, y anda escondiéndose por aquí...

—Eso te lo imaginas tú sola, porque has visto muchos telefilmes. Pero yo, que tengo más sentido común...

—¡Calla! —le cortó Sally, irguiéndose de pronto y escuchando.

Bob no tuvo tiempo de regañar a su mujer por haberse atrevido a interrumpirle, porque oyó también el ruido de un motor que se iba aproximando.

—Sí... —dictaminó, después de escuchar un rato atentamente—. Es un coche... Un *jeep*...

—¡Dios mío! —murmuró Sally, asustadísima.

—Pero no viene por la carretera —dijo Bob, que se había levantado de la mesa para localizar mejor la procedencia del ruido—. Viene por detrás de la casa...

—¡Cielo santo! —dijo Sally, juntando las manos.

—Por el camino del bosque —precisó él—. Sólo un *jeep* es capaz de andar por ahí...

—¡Oh, Bob!... ¿Qué vamos a hacer?

—Pues... no sé...

Sally se dio cuenta entonces de que su marido estaba asustado también. El ronquido del *jeep*, que avanzaba despacio salvando los baches del camino, se oía cada vez más cerca.

—¡La escopeta! —exclamó ella con súbita inspiración—. ¿Dónde tienes la escopeta?

—Abajo. En la bodega.

—¡Vete a buscarla! ¡Pronto!

—Sí, claro... —dijo Bob, vacilando todavía—. Pero ¿tú crees...?

—¡No pierdas tiempo! —le apremió su mujer—. ¡Dentro de un minuto estará aquí!

—A lo mejor pasa de largo...

—¡Date prisa, por favor!

—Voy por la escopeta —decidió Bob, dirigiéndose a una puertecilla que había junto al aparador de la cocina, y por la cual se bajaba a la bodega—. Tú echa el cerrojo y apaga la luz.

—¡No tardes! —le suplicó Sally, mientras Bob salía por la puertecilla y bajaba el tramo de escalera que conducía al sótano.

El ruido del motor, muy próximo ya, cesó bruscamente. Este silencio repentino aumentó el miedo de la mujer, que se detuvo temblorosa en el centro de la cocina, sin atreverse a dar ni un solo paso para correr el cerrojo y apagar la luz.

Cuando al fin logró dominarse y emprender un cauteloso avance hacia la puerta, era ya demasiado tarde: Sally observó con estupor que el picaporte empezaba a girar, y que la puerta se abría poco después con un chirrido tan lento como alarmante.

Y en el umbral apareció la siniestra figura de Jim Carson, encañonándola con un revólver. Tan horrible era su aspecto, que a Sally le pareció que había salido muy favorecido en las fotos divulgadas por la televisión. A su rostro, ya patibulario en condiciones normales, se añadía ahora una expresión de ferocidad muy semejante a la que suelen tener las fieras perseguidas. Vestía una zamarra oscura, con un ancho desgarrón en la manga izquierda a la altura del bíceps. Y en los bordes de la tela desgarrada, podían verse manchas de sangre. Traía la cara cubierta por una barba de varios días, y los zapatos manchados por el barro de muchos caminos.

—¡Quieta! —ordenó con voz ronca—. ¡Si gritas, te mato!

Entró en la cocina sin perder de vista a Sally. Y cerró la puerta sin volverse, con la mano izquierda. Pero al hacer este movimiento valiéndose del brazo herido, no pudo disimular una mueca de dolor.

—¿Quién más hay en la casa? —preguntó levantando el revólver hasta la nariz de Sally—. ¡Vamos, contesta!

—Pues... —dijo ella cuando los nervios se lo permitieron—, yo...

—A ti ya te estoy viendo. ¿Alguien más?

—No —respondió Sally, pensando que la intervención de Bob sería más eficaz si pillaba al malhechor por sorpresa.

—¿Nadie? —quiso asegurarse Jim.

—Na... nadie.

—No mientas, porque será peor —advirtió él—. Al primer ruido que oiga, te la cargas.

—No hay nadie —insistió ella, negando al mismo tiempo con la cabeza.

—¿Seguro?

—Sí.

—Lo veremos. —Avanzó un paso sin dejar de apuntarla—. Ve tú delante.

—¿A... adónde?

—A echar un vistazo por la casa. ¡Vamos, guíame!

—Puede creerme —dijo ella con bastante aplomo, mientras dirigía una mirada furtiva a la puertecilla de la bodega—. Le aseguro que estoy sola.

—Mejor para ti. Porque si encuentro a alguien más, no va a poder contarlo. ¡Anda, muévete!

Sally, seguida del asesino, se dirigió hacia el corto pasillo que separaba la cocina de la sala.

«Así —volvió a pensar—, Bob podrá salir de la bodega y tomar posiciones para pillarle desprevenido».

—¿Lo ve? —dijo después en voz alta, encendiendo la luz de la salita e invitándole a pasar—. Aquí tampoco hay nadie.

—¡Cierra esas cortinas en seguida! —ordenó Jim en cuanto entró, señalando a la ventana.

Y mientras Sally iba a cerrarlas, él se quedó agazapado junto a la puerta.

—Ya está —dijo ella—. Aunque le advierto que esta ventana da a los corrales. Y ni siquiera las gallinas podrían verle, porque a esas horas ya están dormidas.

—Por si acaso, así está mejor —replicó él, inspeccionando la habitación—. Bonita guarida tienes. Hay trastos para sentarse que parecen muy cómodos. ¿Con quién vives aquí?

Sally miró de reojo hacia la puerta del pasillo, esperando la inminente

intervención de Bob.

—¿Te he preguntado con quién vives! —repitió Jim ásperamente.

—Con... nadie.

—Es raro.

—¿Por qué? —se puso nerviosa ella, temiendo que él sospechara algo.

—Una mujer no suele vivir sola en mitad del campo —razonó Carson frunciendo el entrecejo, como todas las personas que tienen poca costumbre de razonar—. Además, fuera he visto muchos corrales. Esto es una granja, ¿no?

—Sí.

—Pues una granja —siguió razonando él— necesita un granjero. Y hombres que trabajen en ella. No vas a decirme que no hay ningún hombre en esta casa.

—Ya le he dicho que estoy sola —insistió Sally.

—Sí, ¿verdad? —dijo Jim Carson, aproximándose a ella con aire agresivo—. ¡Mentirosa!

—¿Yo?...

—¡Sí, tú!... ¡No sólo hay un hombre, sino que además está armado!

Y al decir esto, cogió una fotografía puesta en un marco que estaba encima del televisor. En ella aparecía Bob al regresar de una cacería, empuñando su escopeta en una mano y exhibiendo un conejo en la otra. Aquél fue el conejo más grande que había cazado en toda su vida cinegética, y quiso conservar el testimonio gráfico de su hazaña.

—¿Quién es éste? —preguntó Jim, poniendo el marco ante los ojos de Sally—. ¡Contesta —añadió agarrándola por una muñeca—, o lo vas a pasar muy mal!

—¡Suélteme! —se debatió ella, horrorizada—. ¡Me hace daño!

—Te haré mucho más si no me dices la verdad —amenazó él, sin soltarla—. ¿Quién es el tipo del retrato?

—Mi marido.

—¿Y dónde está?

—¡Suélteme!...

—Cuando contestes.

—Pues... —estuvo a punto de confesar Sally, pero rectificó a tiempo— no está aquí.

—¿Dónde está entonces? —siguió presionando Jim.

—En... en... en ninguna parte.

—¿Quieres que te rompa el brazo? —se enfadó él, retorciéndole la muñeca hasta que el dolor fue casi insoportable.

Sally lanzó un grito, al tiempo que miraba con angustia hacia la puerta del pasillo.

—¡Vamos, dímelo! —apremió el asesino—. ¡En alguna parte tiene que estar tu marido!

—No —dijo ella, que acababa de urdir una mentira salvadora—, porque murió.

—¿Murió? —repitió Jim, aflojando su presa hasta soltarla.

—Sí —continuó mintiendo Sally, frotándose la muñeca dolorida y a punto de echarse a llorar—. Por eso le dije que ya no está en ninguna parte.

—¿Es verdad eso? —desconfió él.

—¿Por qué iba a engañarle?

—¡Qué sé yo! Para que yo me confíe, y de pronto aparezca él...

—¡No aparecerá! —estalló Sally, llorando y dirigiéndose indirectamente a Bob, que no surgía para cortar aquella escena espantosa—... ¡No aparecerá nunca!... ¿Cómo puede aparecer —añadió en otro tono para que Jim no sospechara— si ha muerto?

—Entonces, ¿eres viuda?

—No —se le escapó a ella.

—¿Cómo que no? —se extrañó él.

—Bueno, sí. Soy viuda, claro. Es que estoy tan asustada, que no sé lo que digo.

—¿Y por qué estás tan asustada?

—¿Cómo no voy a estarlo —lloriqueó Sally—, sabiendo quién es usted?

—¿Lo sabes?

—¿Y quién no? La televisión lo ha dicho muchas veces.

—Soy famoso, ¿eh? —dijo él, abriendo la hendidura de su boca en una especie de sonrisa.

—Bastante.

—La televisión debió decir también —añadió Jim sin dejar de sonreír— que las viudas no tienen nada que temer. Jim Carson es un caballero, y sólo pelea con los hombres. A las mujeres las respeta... hasta cierto punto, claro.

—¿Qué quiere decir? —retrocedió ella, asustada.

—Que Jim respeta la vida de una mujer, pero es sensible a sus encantos. De manera que por tu vida no tienes que asustarte. De tus encantos hablaremos después, cuando me convenza de que eres viuda de verdad.

—Puedo jurárselo si quiere —ofreció ella, continuando su cauto retroceso.

—Prefiero comprobarlo personalmente —dijo él con una mueca odiosa.

—¿Cómo? —tembló de nuevo Sally.

—Continuando el registro, hasta ver con mis propios ojos que no hay ningún hombre contigo.

—No lo hay, créame. Ya ha visto toda la casa.

—Toda no, preciosa —volvió a sonreír él—. Me falta ver un sitio todavía.

—¿Cuál?

—Tu alcoba. Porque tú dormirás en alguna parte, ¿no?

—Sí —dijo ella, aliviada por un lado e inquieta por otro—. Aquí al lado. Es un

cuarto muy pequeño, donde sólo cabe la cama.

—Pues iremos a verlo, si no te importa. Puede haber alguien escondido debajo de esa cama.

—Le juro que no hay nadie.

—Entonces, mejor todavía. Vamos, guíame —ordenó.

Pero antes de dirigirse a la puerta, cogió de nuevo la foto de Bob y dijo con desprecio:

—¿Sabes lo que me parece, guapa? Que no te perdiste gran cosa al enviudar. Porque este tipo debía de ser un solemne imbécil.

—¿Por qué? —se ofendió Sally.

—Por dos motivos —explicó Jim, arrojando el marco sobre una butaca—: el primero, porque muy ridículo hay que ser para retratarse tan ufano, como si en lugar de un conejo hubiese cazado un rinoceronte. Y en segundo, porque sólo a un cretino de nacimiento se le ocurre morir y dejarte sola. Hacía tiempo que no me tropezaba con una mujer tan estupenda como tú.

Al decir esto, Jim dio dos zancadas hasta alcanzarla. Y cuando la tuvo a su alcance, la agarró por la cintura y la atrajo hacia él.

—¡Déjeme! —trató de soltarse Sally, golpeando con sus puños los brazos que la sujetaban.

Uno de aquellos golpes cayó sobre la herida de Jim, que lanzó un aullido de dolor.

—¡Maldita! —exclamó entre dientes, apartándose de ella—. ¡No vuelvas a pegarme en ese brazo!

—Perdone —balbució Sally, mirándose el puño manchado de sangre—. ¿Está usted herido?

—Pues claro, imbécil. ¿Qué crees que es el agujero que tengo en la chaqueta? ¿Un ojal para ponerme una flor?

—¿Le duele?

—Las balas no hacen cosquillas.

—¿Quiere que le cure? —ofreció ella.

—Primero vamos a tu alcoba.

—Así no puede ir a ninguna parte —se defendió Sally, mirándole la manga agujereada—. Ahora está sangrando mucho.

—Por el manotazo que tú me has dado.

—Por lo que sea, pero se va a desangrar. Venga a la cocina y le curaré.

—¡Antes quiero ver la alcoba! —insistió él con terquedad, apuntándola con el revólver.

—Está bien, véala —dijo ella, saliendo al pasillo que unía la salita con la cocina.

A ese pasillo daba la puerta del dormitorio, que Sally abrió para que el asesino lo registrara. Era efectivamente un cuarto muy pequeño, en el que sólo cabía una cama

de matrimonio y dos mesillas de noche.

—Convéncese usted mismo de que no hay nadie —le invitó a pasar Sally después de encender la luz, quedándose ella en el pasillo.

A Jim Carson debía de dolerle mucho la herida del brazo, porque hizo una mueca cuando se inclinó a mirar debajo de la cama.

—No hay nadie, tienes razón —gruñó enderezándose.

—Pues ahora que ya se ha convencido —propuso ella, ansiosa de abreviar su visita a la alcoba—, vamos a la cocina.

—¿Por qué tienes tanto interés en que vayamos a la cocina? —la miró él con desconfianza.

—¿Interés yo? —disimuló Sally—. Ninguno. Pero allí puedo curarle, y aquí no.

—De acuerdo —accedió Jim, saliendo del dormitorio al pasillo—: vamos a la cocina. Pero como intentes algo...

—¿Qué puede intentar una mujer sola, indefensa...?

—Te lo advierto por si acaso —previno él ásperamente—. Cualquier movimiento sospechoso, y olvidaré mi caballerosidad para meterte una bala en el cuerpo como si fueras un hombre. ¿Está claro?

—Sí.

—Pues andando. Tú delante.

Cuando Sally entró en la cocina, la puertecilla de la bodega estaba entreabierta. Por la abertura pudo ver el rostro de Bob y los cañones de su escopeta. Pero la visión fue breve como un relámpago porque Bob, al oír que se acercaban, volvió a cerrar la puertecilla para permanecer oculto y al acecho.

«Está esperando que Jim deje el revólver, para salir de su escondite y atraparlo», pensó ella, mientras decía en voz alta encaminándose al fogón:

—Voy a hervir un poco de agua.

—¿Para qué? —quiso saber Jim, siempre desconfiado.

—Para lavarle la herida. Vaya quitándose la chaqueta y siéntese.

Mientras ella llenaba de agua un cazo y lo ponía al fuego, el asesino se desabrochó la zamarra y empezó a quitársela. Esta maniobra le resultaba difícil porque la herida le dolía al mover el brazo izquierdo, y porque no quería soltar el revólver que empuñaba en la mano derecha.

—¿Puede usted solo, o quiere que le ayude? —se ofreció Sally al ver sus esfuerzos, dando unos pasos hacia él.

—¡Quieta, no te acerques! —la detuvo Jim.

—Como quiera —obedeció ella, cambiando de rumbo y dirigiéndose al aparador.

—¿Adónde vas? —quiso saber él.

—A buscar el yodo y unas gasas. Están en un cajón de ese mueble. ¿Puedo?

—Bueno. Pero que sea sólo eso lo que saques del cajón, ¿eh?

—Pues claro. ¿Qué otra cosa podría sacar? —dijo Sally, llegando al aparador y empezando a buscar en los cajones.

—Un arma que tengas escondida —sugirió Jim—. Una pistola, por ejemplo.

—Yo no tengo armas.

—Podrías tener la escopeta de tu marido.

—No, no —se apresuró a negar ella, considerando peligroso que la conversación recayera sobre ese tema—. Tampoco tengo la escopeta.

—¿Qué hiciste con ella? —preguntó Jim, continuando sus laboriosos movimientos y contracciones para quitarse la zamarra.

—Pues... —Sally discurrió una mentira rápida y bastante aceptable— está enterrada.

—¿Dónde?

—Con mi marido. Él me lo pidió.

—¿Sí? ¡Qué estúpido!

—¿Por qué?

—Es un capricho tonto.

—Como era tan aficionado a la caza... —reforzó ella el embuste.

—No deja de ser una estupidez. ¿O es que pretendía seguir cazando demonios en el infierno?

—Aquí están las gasas y el yodo —cambió de conversación Sally, cerrando los cajones y acercándose a la mesa—. Lo que no tengo es venda, pero ya buscaré algo que sirva.

Jim logró por fin desembarazarse de la zamarra. La sangre de la herida le había puesto un ancho brazal rojo en la manga izquierda de la camisa.

—Esto confirma mi opinión de que tu marido era un perfecto cretino —insistió, sentándose en la silla que Bob había ocupado para cenar.

—¿El qué? —preguntó ella, temiendo que Jim hiciese alguna deducción al ver sobre la mesa los restos de la cena.

—Que te pidiera ser enterrado con su escopetita —se burló él—. Como un niño con su juguete. ¡Vaya una cretinada! ¿No crees que sería un poco retrasado mental?

Sally eludió la respuesta yendo al fogón, a quitar el cazo del fuego.

—Ya está el agua —dijo—. Súbase la manga de la camisa.

Carson se subió la manga izquierda con la mano derecha, pero sin soltar el revólver. Lo cual es difícil, pero no imposible.

—¿De qué murió? —preguntó mientras realizaba esta operación.

—¿Quién?

—Tu marido.

Y Sally, que estaba de cara al fogón y de espaldas a Jim, murmuró con reproche:

—De miedo.

—¿Cómo has dicho? —dijo el asesino, que no había entendido el murmullo.

—Del hígado —rectificó ella en voz alta, dirigiéndose a la mesa con el cazo del agua—. Pero si no le importa, preferiría no hablar de mi marido. Me trae recuerdos tristes. Termine de subirse la manga.

—No es tan sencillo con una mano ocupada.

—Deje un momento el revólver —sugirió Sally.

—Ni hablar, rica —rechazó Jim—. Es mi único amigo, y nunca me separo de él.

—Pues así no acabaremos nunca.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —la miró él con desconfianza, terminando de dejar la herida al descubierto.

—Yo no tengo ninguna, pero supongo que la tendrá usted.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Poco antes de su llegada —explicó Sally—, oí unos tiros.

—¿Y qué?

—Eso significa que le siguen de cerca —dedujo ella.

—Me seguían —corrigió el asesino con una sonrisa macabra—. Porque los dos seguidores que me localizaron en el bosque, ya no podrán seguirme más. Allí se quedaron, panza arriba.

—¡Qué horror! —exclamó Sally, retrocediendo un paso—. ¿Los ha matado?

—No me hagas preguntas —cortó él, adusto—, si no quieres ponerte más nerviosa todavía. Y cúrame de una vez.

—Sí, ya voy —obedeció ella, metiendo una gasa en el agua hervida.

El orificio que dejó la bala en el brazo de Jim, taponado por un coágulo negruzco, tenía un aspecto bastante repulsivo. Pero Sally dominó su repugnancia y se puso a limpiarlo con la gasa.

—¿Le hago daño? —preguntó, mirando a hurtadillas la puerta de la bodega, que continuaba cerrada.

—Si me lo haces, me aguantaré —dijo Carson, apretando los dientes—. Además, es sólo un agujerito poco importante. La bala volvió a salir sin tocarme el hueso.

—Pues tiene un aspecto muy feo —comentó ella, empapando más gasas en el agua caliente.

—Quizá se haya infectado un poco. Hace tres días que me acertó ese maldito guarda, y estuve desde entonces demasiado ocupado para ir al médico.

—¿De veras no puede dejar ese chisme? —insistió Sally, indicando con un gesto el revólver.

—Puedo, pero no quiero. Nunca se sabe...

—Por lo menos, no me apunte a mí. Me pone enferma.

—Ese favor sí te lo haré —accedió Jim, desviando la dirección del arma—. Aunque me parece difícil ponerte enferma a ti. Tienes mucho estómago.

—¿Yo?

—Hace falta tenerlo para ponerse a curar esa porquería después de la cena, sin sentir náuseas. Porque estabas cenando cuando llegué, ¿verdad? —dedujo a la vista de los platos que había en la mesa.

—¿Cenando? —repitió Sally, siguiendo la dirección de su mirada—. ¡Ah, sí!

—¿Y qué es lo que cenaste? —preguntó él, fijándose en los restos del plato utilizado por Bob.

—Un guiso de conejo.

—¿Conejo? —dijo él, extrañado y volviendo a desconfiar—. Pero esto es una granja avícola, ¿no?

—Sí —contestó ella de prisa, para añadir en seguida con el fin de desviar la conversación—: Ahora le escocerá, porque voy a ponerle el yodo.

Pero Jim Carson no se apartó de la idea que se le había metido en la cabeza. Volvió a preguntar:

—¿Y cómo es posible que haya conejos de monte en una granja avícola?

—No los hay —explicó Sally precipitadamente—. Me los traen.

—¿Quién?

Ella vaciló un instante antes de responder:

—Uno de los mozos de la granja, que los caza en el bosque.

—Sí, ¿eh? —dijo el asesino, levantándose de un salto con el revólver dispuesto—. ¿Y dónde está ese mozo?

—¡Cuidado!... —exclamó ella, dejando caer con el susto la gasa impregnada en yodo—. ¡No he terminado aún!...

—¡Contesta! —intimó él, amenazador—. ¿Dónde está ese mozo?

—Pues... —balbució Sally—. En el pueblo. No vive aquí. Sólo viene a trabajar durante el día, con los otros...

—¿Con qué otros?

—Con otros dos hombres más que tengo contratados —siguió improvisando ella—. No pensará usted que una mujer sola puede hacer todo el trabajo de una granja como ésta, ¿verdad?

El asesino, después de observar el rostro de la granjera tratando de descubrir si decía la verdad, admitió:

—No, claro.

—Los tres vienen por la mañana y se van por la noche.

—¿Y la viudita se queda sola hasta el día siguiente? —dudó todavía Jim—. ¿Sola en una casa perdida en mitad del campo?

—¿Por qué no? —defendió su mentira ella—. Esta región es muy tranquila. Nunca ha pasado nada... hasta que llegó usted.

—Lo dices de un modo —fue cediendo la duda de él—, que hay que creerte,

aunque siga pareciéndome increíble.

—Es la verdad —insistió ella, lanzando una mirada rápida y rabiosa a la puertecilla de la bodega—. ¿Cree usted que si hubiese un hombre en esta casa, o cerca de ella, no hubiera acudido ya?

—Tienes razón —se calmó él—. Creo que me has convencido de que estamos completamente solos. Lo cual no deja de ser agradable... Muy agradable... —añadió, envolviendo a Sally en una mirada llena de deseo—. Acaba con esta condenada cura, para que hablemos de cosas más íntimas. Porque una mujer tan joven y tan sola...

Volvió a sentarse en la silla de la que se había levantado tan bruscamente. Sally, dominando el temblor de sus manos, le puso sobre la herida una gasa impregnada en yodo.

—Ya está —dijo entonces—. Lo que no tengo es venda. Tendré que ir a buscar algún trozo de tela...

—Tú no vas a buscar nada, preciosa —la detuvo él, rodeándola con un brazo por la cintura—. Tú te quedas aquí, a mi lado.

—Pero la venda... —dijo ella, tratando de desasirse.

—Ponme la servilleta que usaste para cenar —dijo Jim sin soltarla—. Me la amarras bien, y listo.

—Bueno —accedió ella, cogiendo la servilleta de encima de la mesa—. Pero suélteme. En esta postura no puedo atársela...

—De acuerdo —aceptó él, retirando el brazo de su cintura—: átamela. Pero en cuanto me la ates, quiero agradecerte estos favores que me has hecho. Y te pediré que me hagas otro más. Un último favor...

Y mientras Sally le ataba la servilleta, con movimientos torpes y nerviosos, los ojos del asesino dejaron adivinar en qué iba a consistir ese último favor que iba a pedirle. Fue mirándola de arriba abajo muy despacio, con expresión lasciva. Sus ojos se detuvieron primero en los pechos de Sally, jóvenes y erguidos; luego en sus caderas; más tarde en sus muslos, que se adivinaban fuertes y redondos bajo la tela tirante de la falda ceñida.

En cuanto ella terminó de anudar el improvisado vendaje, Jim se puso en pie y la atrapó en la tenaza de sus brazos.

—¡No, suélteme!... —se defendió ella, mientras las manos del asesino se multiplicaban recorriendo todo su cuerpo.

—¡Quieta, fierecilla! —jadeó él, rozándole la piel del cuello con su rostro, sucio y sin afeitar—. Si resistes, será peor para ti. ¿No comprendes que llevas todas las de perder? Soy mucho más fuerte que tú, y estamos completamente solos...

Se oyó entonces un ruido procedente de la escalera que conducía a la bodega, como si Bob hubiese tropezado en un escalón. Jim soltó a Sally instantáneamente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con el dedo apoyado en el gatillo del revólver.

—¿El qué? —disimuló Sally, sofocada todavía por el apretón y el sobo que acababa de recibir.

—Ese ruido.

—Yo no he oído nada.

—¡No mientas!... ¡Has tenido que oírlo lo mismo que yo!

—Quizás haya sido el gato —mintió ella.

—¿Qué gato?

—Uno que tengo. Como vivo tan sola...

Y lanzó una mirada circular a la cocina, con el oído alerta, esperando que el ruido se repitiera para poder localizarlo. Pero Bob tuvo buen cuidado de no dar un nuevo traspié. Y en aquel silencio, que el asesino exploró atentamente, empezó a oírse un rumor lejano y prolongado: las sirenas de los coches de la policía.

—¡Escuche!... —dijo Sally.

—¡Maldita sea!... —gruñó Jim—. ¡Peste de polizontes!... Ya han debido de encontrar los fiambres del bosque.

—Tendrá que marcharse en seguida —insinuó ella, esperanzada.

—No sé —dudó él—. Antes me gustaría que buscáramos a ese gato.

Las sirenas se iban acercando. Unas, por la carretera. Otras, por el camino del bosque situado detrás de la casa.

—El gato estará por el jardín. Pero márchese, por favor —suplicó Sally—. ¡Se están acercando!... ¡Y empezarán a disparar!...

—Sí, eso es lo malo —dijo Jim, con un esbozo de rudimentaria galantería—: que tienen mala puntería, y a lo mejor te dan a ti. Y eso no puedo consentirlo, porque te has portado bien conmigo. Además, Jim Carson es un caballero que sólo pelea con hombres. Y no consiente que por su culpa le hagan daño a una mujer. Será mejor que me vaya —añadió, recogiendo su zamarra de la silla donde la había dejado—. Gracias por tu hospitalidad, preciosa, y lamento que no hayamos podido conocernos más a fondo. Ha sido una lástima. Una verdadera lástima.

Hizo otra mueca que quiso ser una sonrisa, fue a la puerta de la cocina que daba al jardín, y salió por ella dejándola abierta. Sally, agotada la energía de sus nervios, tuvo fuerza aún para correr y cerrarla. Incluso le quedaron unas pocas para echar el cerrojo.

Pero allí se quedó, apoyada de espaldas contra la puerta, incapaz de dar ni un solo paso más. Al ceder la tensión a que estuvo sometida, se desmoronaba literalmente. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo. Y un llanto un poco histérico, pero silencioso, le fue llenando de lágrimas los ojos.

Afuera, mezclado con el gemido de las sirenas, se oyó el motor del *jeep* en el que el asesino continuaba su huida.

Poco después, la puertecilla de la bodega fue abriéndose tímidamente. Y entró

Bob con la escopeta en la mano. Muy despacio, sin atreverse a levantar la vista del suelo, avanzó hasta el centro de la cocina.

—Sally... —dijo por fin en voz baja.

—¡Cállate!... —murmuró ella, cerrando los ojos—. No digas nada.

—Tengo que decírtelo —balbució Bob—. Fui... fui a buscar la escopeta... Estaba en la bodega... Pero los cartuchos, no... Los dejé ayer en el coche, cuando volví de cazar...

—Te digo que te calles —le ordenó su mujer.

—Pero compréndelo... ¿Qué podía hacer con la escopeta descargada? Te aseguro que si llego a tener cartuchos...

—¡Ni una palabra más!

—Sí, Sally.

—¡He dicho que no!

—Pues no —se apresuró a rectificar Bob—. Lo que tú digas.

—Yo tampoco diré nada. Será lo mejor. Estoy muy cansada y me voy a acostar.

—Haces muy bien, cariño. Lo comprendo perfectamente. Si puedo hacer algo por ti...

—Sí —dijo Sally, separándose de la puerta donde estaba apoyada—. No he cenado aún y tengo hambre. Quiero comer algo antes de dormir.

—Me parece muy lógico.

—De manera que prepárame un par de huevos pasados por agua, unas tostadas y una taza de té —decidió ella con una nueva voz, más firme, más autoritaria—. Lo colocas todo en una bandeja, y me lo llevas a la cama.

—Sí, Sally —dijo Bob con una nueva voz también, más dócil, más humilde—. ¿Cómo quieres los huevos? ¿Muy pasados, o más bien poco?

—Un término medio.

—¿Algo más?

—Por ahora, eso es todo.

Y quitándose el pequeño delantal que ella siempre llevaba puesto para las faenas domésticas, se lo dio a Bob añadiendo:

—Toma: ponte esto, no te vayas a manchar.

—¿Crees que es necesario? —lo cogió él, un poco avergonzado.

—Sí, pónitelo —insistió ella con energía, dirigiéndose después hacia el pasillo—. Y date prisa en prepararme la cena, porque tengo mucho sueño.

—Descuida.

Sally salió de la cocina mientras Bob, poniéndose el delantalito, se dirigía al fogón murmurando:

—Me dijo dos huevos pasados por agua, unas tostadas, una taza de té...

LA VOZ DE LA CÁPSULA

—ATENCIÓN, base de lanzamiento... Atención... Habla David Brand... ¿Me oyen bien?

—...

—También yo. La audición de la «Quinta Sinfonía» que me han transmitido, ha sido perfecta. El *allegro* final, sobre todo, me ha llegado con una pureza extraordinaria. Mucho mejor que en el receptor de mi casa. Y eso que tengo un aparato con frecuencia modulada, sonido estereofónico, y toda la pesca... Un chisme carísimo que compré a plazos, y que aún no he terminado de pagar. Pues aquí, a estas alturas, el sonido es más nítido aún...

—...

—¿Cómo?

—...

—No, no: ni una sola interferencia. Ni parásitos tampoco, que tanto abundan dentro de la atmósfera. Además, es la primera vez que oigo por radio una sinfonía entera; sin que me la partan por la mitad para leer anuncios. Para mí, ése es el parásito atmosférico más molesto: la publicidad. ¡Ah! Y gracias por haber encontrado la grabación que les pedí. Sinfónica de Filadelfia, ¿verdad?

—...

—Es inconfundible. No creo que ninguna orquesta pueda superar esta versión. Gracias otra vez. Me han hecho ustedes pasar una órbita deliciosa. Aparte de que la «Quinta» es mi sinfonía predilecta, su música le va de maravilla a todo esto. Es grandiosa como el cosmos. Oyéndola se diría que Beethoven subió aquí a componerla, mucho antes de que subiéramos nosotros con nuestras cápsulas... ¿No podrían transmitirme el *andante* otra vez?

—...

—Sólo el *andante*, hombre. Mientras atravieso el Océano Pacífico. He empezado a cruzarlo hace un momento, y hoy la vista es fantástica. El agua está tan azul como el cielo desde la Tierra. Veo por el ventanillo, allá abajo, unas manchitas. Parecen una simple bandada de patos, pero quizá sean todas las Islas Filipinas...

—...

—¿Qué?

—...

—Lo que yo me figuraba: las Filipinas. Desde aquí los archipiélagos son como puñados de confeti... ¿Me vuelven a transmitir el *andante*, sí o no?

—...

—¿Cómo que no da tiempo? Pero ¿qué hora es?

—...

—Las nueve y tres, es cierto. Ahora que me fijo, también marca esa hora el reloj del tablero de controles. Entonces, sólo me quedan veinticinco minutos de vuelo espacial. A las nueve y veintiocho, empezaré la cuenta atrás. ¿Desde qué número tengo que empezarla?

—...

—Desde el diez. Bueno. Como ustedes quieran. Pero a mí, todo eso de las cuentecitas hacia atrás me parece una bobada.

—...

—Pues porque sabiendo que a las nueve y media en punto debo hacer funcionar los retrocohetes para volver a la atmósfera, ¿qué necesidad hay de andar contando al revés? Son ganas de gastar saliva, creo yo...

—...

—Está bien, no se enfaden: iniciaré la cuenta atrás a las nueve y veintiocho. ¿Avisaron ya a mi mujer?

—...

—¿Y no ha llegado aún?

—...

—¡Qué raro!... ¿Le dijeron que quería hablar con ella desde aquí?

—...

—¡Es verdad! Es que no me acordaba de que el niño volvía hoy al colegio. Como estos días estuvo en casa pasando la gripe... Habrá ido a dejar a Tony en el colegio, claro. Avísenme en cuanto llegue, ¿eh?

—...

—¿Cómo? ¿Que lo ensaye otra vez? Pero ¡si me sé de memoria todas las maniobras con los retrocohetes!...

—...

—¡Pues claro! Si lo ensayo tres veces al día, y llevo más de dos semanas aquí... ¡calculen! Sería capaz de guiar la cápsula hasta meterla en el mismísimo garaje de mi casa.

—...

—No es ninguna broma, palabra. Volví a ensayarlo esta mañana, en cuanto me desperté. Exactamente, al pasar sobre la India. Por cierto que a la India han debido de llegar las lluvias, porque toda ella estaba cubierta de nubes...

—...

—Todo correcto, sí. Anoten los datos: Perigeo, doscientos cuarenta y seis kilómetros. Pejiguera, ninguna. Los sistemas de control funcionan perfectamente. La célula de combustible, también.

—...

—¿El radiofaro? Acabo de comprobarlo. Está hecho un sol. Anoche falló un poco

la célula de combustible, y se encendió la luz de alerta.

—...

—¿Cuántas veces? No las conté. Tres o cuatro. Pero luego se apagó, y no ha vuelto a encenderse.

—...

—Hombre: no lo dije, porque no creí que fuera importante. Sólo parpadeó un poco. Y como yo tenía mucho sueño, no quise despabilarme poniéndome a contar los guiños de la lucecita.

—...

—Bueno, bueno, no me griten. Ya sé que todo es importante. Pero si empieza uno a alarmarse por cualquier tontería, pueden creer allí abajo que uno tiene miedo. Y de eso, nada.

—...

—Pero ¿no le estoy diciendo que se apagó sólo durante un rato? Pudo ser un fallo momentáneo. O algún meteorito que pegó en la funda del cohete...

—...

—¿Que si he visto meteoritos? ¡A espuestas! Es lo único que se ve por aquí. Lo que me sorprende, en cambio, es no haber visto ninguno de los cacharros que hemos estado lanzando al espacio en estos últimos años. Porque, ¡cuidado que hemos puesto porquerías en órbita desde que empezaron estos experimentos!: que si *sputniks* por un lado... que si satélites artificiales por otro... que si bolitas para estudios meteorológicos y chismecitos para transmisiones de televisión... Sin contar las primeras cápsulas de ensayo, con perros y ratones dentro. Yo esperaba encontrarme el cosmos convertido en un depósito de chatarra. Pero claro: como es tan grande, aquí se pierde todo... ¿Me perdonan un momento?

—...

—No. Pis ya hice. Ahora estoy haciendo unos cuantos ejercicios isométricos, porque se me ha dormido un poco una pierna... Ya se me está pasando. Se me duerme siempre la derecha. Es la más gandula de las dos. Las pobres están pidiendo a gritos una carrera, para estirarse después de tanta inmovilidad.

—...

—Sí, ya sé que falta muy poco para que acabe todo esto. Pero ellas no lo saben, y se duermen como unas tontas.

—...

—¿Temperatura? Bajó cinco grados anoche, pero ha vuelto a subir. Ahora es normal. Como todo lo demás: el apogeo de la órbita, y el perigeo. Y la velocidad de la cápsula. Y el funcionamiento de todos los computadores electrónicos. De todos, que ya es decir. Porque, ¡hay que ver la cantidad de cosas que hay que computar, joroba!

—...

—Todo irá bien, estoy seguro.

—...

—Pues lo estoy. ¿Cómo puede fallar algo, con la experiencia que ya tenemos en esas cosas? ¡Ni que fuera yo el primer hombre que se larga al espacio en una cafetera de éstas! No soy tampoco el décimo. Ni siquiera el vigésimo. Debo de hacer por lo menos el número treinta, ¿no?

—...

—Muy cerca le andará. Más de dos docenas de fulanos se han dado ya paseítos por aquí, solos como yo unas veces, y en parejas otras. Poco debe de faltar para que estas cápsulas se fabriquen en serie, como los cochecitos utilitarios. ¿No ha sido ése en cierto modo el objetivo de mi vuelo?

—...

—Pues eso es lo que digo: vine a probar nuevos materiales y sistemas, que permitan abaratar la fabricación y lanzamiento de las naves espaciales. Y cuando empieza a estudiarse el abaratamiento de algo, es señal de que ya se han resuelto todas las pegas para que funcione. Por eso esta cápsula de clase económica ha funcionado como una seda. Y seguirá funcionando hasta el final, como cualquier modelo de lujo. Incluso mejor, porque en ella he superado todas las marcas de permanencia en el aire. O mejor dicho, en el no aire. ¿Cuánto tiempo hace que batí el record mundial?

—...

—¿Día y medio? Sí, eso es. Veo las horas que llevo dando vueltas, en el cronómetro del computador: trescientas ochenta y cuatro horas, con treinta y siete minutos. ¡Y a mitad de precio! Porque esta micronave ha sido una ganga. Lo cual permitirá una rebaja considerable en la tarifa de estos viajes. Como en los micro-taxis.

—...

—No. Ningún recalentamiento. Aunque la aleación de metales empleada en la cápsula sea tan barata, aguanta igual que la cáscara de los «Géminis». E incluso que la de esa capsulaza más gorda que se prepara, en la que viajarán tres tíos; y que yo supongo se llamará «Trigéminis»...

—...

—¿La simplificación de los mandos? Un acierto también: puedo conducir con una sola mano, y la otra me queda libre para rascarme.

—...

—¡Que si me pica algo, dice! Pues claro: todo. Después de estar sudando más de dos semanas dentro de este trajecito, sin poder mudarme de ropa interior... Por buena que fuera la crema cutánea que me pusieron en la piel, siento picores por todo el

cuerpo. Y no creo que sean pulgas, porque no debe de haber pulgas cósmicas.

—...

—¿Quién me quiere hablar? ¿Mi mujer?

—...

—¡Ah, el doctor! Pero ¿es que mi mujer no ha llegado aún?

—...

—Sí, claro: el colegio está lejos...

—...

—Dígame, doctor Wilson.

—...

—Muy bien. No se preocupe por el picor. Lo resisto perfectamente. El resto usted lo sabrá mejor que yo, porque estoy metido en una madeja de cables y micrófonos que le mandan todos mis ruidos internos: desde los latidos de mi corazón hasta los retortijones de mis tripas.

—...

—¿Lucidez mental? Completa. Nunca he visto las cosas con más claridad. Podría tomar ahora las decisiones más trascendentales. Y sin que me temblara el pulso.

—...

—¿Cómo dice?

—...

—¿Que me tiembla un poco? Pues le aseguro que estoy muy tranquilo. ¿No será algún fallo de la transmisión? Con tanto cable y tanta gaita, puede que no funcione la aguja del electrocardiograma.

—...

—¿Funciona bien? Pues insisto en que no me noto ningún síntoma físico que pueda alterar mis pulsaciones normales. Esa alteración que usted observa quizá sea algo de cansancio, ¿no cree? Tanto tiempo aquí, dando vueltas en esta peonza...

—...

—¿Nervioso? Bueno, un poco. Cuando pienso que dentro de algunos minutos habrá acabado todo... ¿No ha llegado todavía Marta, mi mujer?

—...

—Espero que no tardará. Puede que su retraso influya algo en mis nervios, no se lo niego.

—...

—De apetito mal. Anoche no cené. Y esta mañana sólo bebí un trago de zumo concentrado. Que por cierto es una marranada. Se parece menos a la fruta de verdad que una naranja a un rábano.

—...

—No se enfade, doctor. Es que ya estoy harto de tantos pastelillos de salchicha,

de tanto deshidratado y de tanta lechuga en polvo. Cuando logro dormir un poco usted creerá que sueño con bellísimas odaliscas, ¿verdad? Pues no: sueño con gordísimos filetes. Y con huevos fritos rodeados de patatas. Y con potajes espesos, de los que emergen grandes trozos de tocino. Debe usted comprender, doctor, que esté de estos alimentos hasta por encima de la escafandra... Y a propósito de escafandra: ¿me permite que me quite un rato el casco?

—...

—Ya lo sé, no hace falta que me lo repita: llevo cuatro sensores electrónicos sujetos a la cabeza, para recoger las ondas de mi cerebro. Pero ¿no ha recogido usted bastantes ondas de éstas en todo este tiempo? Ya debe de tener ondas cerebrales para parar un tren.

—...

—¿La última vez? Hace ocho días, me dio permiso para que me quitara el casco y los guantes durante media hora. Vamos, doctor Wilson: sea bueno. Un ratito nada más. Total, falta ya tan poco tiempo...

—...

—¡Gracias, es usted un ángel!... ¡Uf!... ¡Qué alivio poder quitarme este cascarón de la cabeza! No es que pese, porque aquí no pesa nada, pero molesta.

—...

—No se preocupe: le prometo que me lo pondré antes de accionar los retrocohetes. Falta más de un cuarto de hora todavía... Es que quiero hablar con mi mujer, ¿sabe? En cuanto llegue. Y como será una conversación privada, prefiero que mientras hablo no haya nadie fisgando en mis ondas cerebrales. ¿Le importa que me desabroche un poco el traje? Es que agobia una barbaridad. Porque viene a ser igual que un traje de buzo, sólo que justo al revés. ¿Me da permiso?

—...

—Desde luego; tendré cuidado de no desconectar ninguno de los sistemas de comunicación. ¿De acuerdo?

—...

—¡Gracias otra vez, doctor Wilson!... ¡Uf!... ¡Qué delicia! Hasta parece que respiro mejor... Llevo más conexiones encima que la central telefónica de Nueva York. ¿A que ahora ya no tengo el pulso tan alterado?

—...

—¿Lo sigo teniendo? Pues es raro; porque sin casco y con el traje desabrochado, ya no siento tanto agobio... ¡Ay!

—...

—Nada, no se asuste: que al dejar el casco sobre las piernas, me di con él en una rodilla.

—...

—¿Reflejos? Inmejorables: tan buenos, que al darme el golpe en la rodilla, la pierna salió disparada hacia delante y le di un puntapié a un computador. Pero no se ha roto, tranquilícese. Ni el computador, ni la pierna. Ya le he dicho que mi estado físico es perfecto. Usted mismo lo habrá comprobado, ¿no? Hasta digerí esos tarugos de comida prensada que me prepararon para la excursión. Y para eso hay que tener un estómago a prueba de bomba. Estoy empezando a pensar si no se habrá aprovechado mi vuelo para ensayar también otra clase de economía.

—...

—¿Cuál? Pues la de la alimentación de los futuros cosmonautas. ¿Está usted seguro de que no han ensayado conmigo un menú económico, a base de ladrillos?

—...

—Broma, hasta cierto punto. Puede tomar nota de una conclusión a la que he llegado en este vuelo: bien están las economías técnicas, pero no las gastronómicas.

—...

—¿Que qué quiero decir? Muy sencillo: que nadie se animará a viajar así por gusto, hasta que las naves espaciales lleven a remolque una «cápsula-restaurant».

—...

—¿Buen humor? Según a lo que usted llame buen humor. Muy alegre no me siento, ésa es la verdad, pero sí muy sereno. Muy seguro de todo lo que voy a decir y hacer. ¡Veo todo tan claro aquí arriba!... Y a todos ustedes tan pequeños allá abajo... tan insignificantes... tan miserables...

—...

—He dicho miserables, sí. Pero no hace falta que apunte todo lo que digo, doctor. A veces suelto lo primero que me pasa por la imaginación. Y es que a fuerza de estar aquí encerrado, acaba uno hablando solo, como los locos. Aunque yo no estoy loco, tranquilícese. Ya lo habrá comprobado en todas las ondas que recogió en el encefalograma, ¿verdad?

—...

—No se inquiete. Me pondré el casco dentro de unos minutos. En cuanto hable con mi mujer. ¿Ha llegado ya?

—...

—¿Todavía no? ¿Quién quiere hablarme entonces?

—...

—¡Ah, coronel! Es usted.

—...

—Sí, claro. No tiene que repetírmelo. Conozco perfectamente el punto previsto para el amerizaje. Repítamelo si quiere, pero no es necesario: sé la longitud, la latitud e incluso la profundidad del mar Caribe en esa zona. Aunque no sé por qué me han dado este último dato, como si fuera a hundirme hasta el fondo...

—...

—¿Que esté tranquilo? No hace falta que me lo diga, mi coronel. Mi tranquilidad, en estos momentos, es muy superior a la de todos ustedes.

—...

—Pues muy sencillo: porque yo sólo me juego la vida, que es mía. Pero todos ustedes, que han participado en este experimento, se juegan nuestro prestigio nacional, que pertenece a toda la nación. Desde el Presidente, hasta el último mono que utilizaron en las pruebas de esta cápsula.

—...

—¿Cómo?

—...

—¡Qué me dice! ¿Que el Presidente me ha enviado un telegrama?

—...

—¡Léamelo, por favor! Lo escucharé en posición de firme. Hasta donde me sea posible, claro, pues ya sabe que aquí no hay sitio para ponerse de pie. Empiece. Le escucho.

—...

—¡Oh, qué amable!

—...

—¡Qué frase tan bonita!

—...

—¡Por Dios, yo no merezco tanto! ¿Una medalla?

—...

—¡Qué detalle! Estoy conmovido, créame. ¡Cuánta amabilidad! Es un hombre muy atento. Me gustaría contestarle. ¿Puedo hacerlo?

—...

—¿Sí? Pues le voy a dictar. Escriba, por favor...

—...

—¿Cómo? ¿Que ha llegado mi mujer?

—...

—¿Está ahí?

—...

—¡Tengo que hablarle en seguida! Luego le dictaré la respuesta al Presidente. No le importa, ¿verdad?

—...

—Gracias, mi coronel.

—...

—¡Marta! ¿Me oyes, Marta?

—...

—¡Al fin! Temí que no llegaras a tiempo. Faltan ya tan pocos minutos... ¿De veras me oyes bien?

—...

—Escucha. No estarás sola oyéndome, ¿verdad?

—...

—Lo suponía. Pide que te pasen esta comunicación a un teléfono. O a una cabina. A cualquier parte donde sólo puedas oírme tú.

—...

—Porque tengo algo que decirte. Es importante, y urgente también. Dentro de un rato empezará todo ese jaleo de manipular los retrocohetes, y ya no podré.

—...

—¡No, no! ¡Tiene que ser ahora! Date prisa. Por favor, coronel. Y todos los que me están oyendo. Hagan lo que les pido. Será cuestión de pocos minutos.

—...

—¿Ya, Marta? ¿Dónde estás?

—...

—¿Te han puesto unos auriculares? Perfecto. Y me oyes bien, ¿no?

—...

—Entonces déjame hablar. Ya no me queda mucho tiempo.

—...

—Yo muy bien, no te preocupes. Nunca me he sentido mejor, te lo aseguro. Como si no tuviera cuerpo, y flotara lo mismo que un espíritu.

—...

—¿Raro? No, mujer. Es lo que suele sentirse cuando se sale fuera de la gravedad.

—...

—¡He dicho gravedad! Es una ley muy conocida. Y ahora comprendo que la hayan llamado así. Porque allá abajo nos hace sentirnos graves y pesados. Todo en el mundo pesa y cuesta un esfuerzo. Y no sólo nuestro propio cuerpo, sino lo que nos rodea, lo que hacemos: movernos, trabajar, luchar por la vida... Todo es agobiante y grave cuando vives sometido a la gravedad...

—...

—¡No me interrumpas, por favor! Aquí en cambio, la pesadez desaparece.

—...

—¿Cómo que no lo parece?

—...

—¿Porque me estoy poniendo pesado? ¡Pues tienes que oírme! De manera que cállate. Como te decía, aquí te sientes libre de cargas, ligero como un espíritu... Hasta las preocupaciones, que a veces te oprimen en la Tierra como una losa, se hacen ingravidas a estas alturas. Y ya no te preocupan tanto...

—...

—¿Que por qué te cuento todo esto? Porque es lo que me ha pasado a mí. En estas dos semanas largas de ingravidez, las cosas graves que me preocupaban han perdido su gravedad. Y casi no me importan.

—...

—¿De veras crees que yo no tenía preocupaciones? La primera de todas, nuestro hijo. El pobre Tony, que nunca tuvo buena salud, ni la tendrá. Siempre enfermo, siempre tan delicado... Reconoce que es una birria de niño. Yo le adoro, pero no me ciega el amor paternal. Y es una birria. Encima de lo débil que ha estado siempre, el infeliz tampoco tiene suerte. Y no se libra de ninguna de las epidemias infantiles. El año pasado tuvo la tos ferina y el sarampión; y en lo que va de éste, ya pescó las paperas y la gripe. ¿Te parece poca preocupación tener un solo hijo y que sea el rigor de las desdichas?

—...

—Es que no se trata de Tony solamente. Hay otra persona de mi familia, que me ha hecho sufrir una barbaridad.

—...

—¿No lo sabes? Tú, Marta.

—...

—Sí, has oído bien: tú.

—...

—¿Desde cuándo? Pues exactamente desde hace un mes. Cuando lo supe todo.

—...

—Lo de Bill.

—...

—El único Bill que conocemos: Bill Tompson, mi compañero de promoción. El brillante capitán de las Fuerzas Aéreas, que tuvo siempre tanto éxito con las mujeres. Incluso con la mía.

—...

—Vamos, Marta: es inútil que lo niegues. ¿No te he dicho que lo sé todo? Lo que no comprendo es cómo tardé tanto tiempo en darme cuenta. ¿Cómo no sospeché que Bill Tompson, el guapo y simpático Bill Tompson, buscaba en mi casa algo más que mi amistad? Pero yo andaba tan preocupado con los preparativos de este vuelo espacial, llamado pomposamente «Proyecto cielo», que no pensé en los que atacan a traición arrastrándose por la tierra.

—...

—No me lo dijo nadie.

—...

—Lo supe por casualidad. ¿Te acuerdas de aquellos días que tuve que quedarme

en la base, por razones del entrenamiento? Debió de ser unas dos o tres semanas antes de que me pusieran en órbita.

—...

—Pues una de esas noches me dieron permiso para pasarla en casa. Era un sábado. No te avisé por teléfono porque quise darte la sorpresa. Y la sorpresa me la diste tú a mí... ¡Cállate, haz el favor! Salí tarde, después de cenar, y llegué a casa cerca de las doce. Abrí la puerta sin hacer ruido, porque supuse que ya estarías dormida; y lo primero que vi al entrar, en el perchero junto a la puerta, fue la gorra de Bill.

—...

—¿Quieres callarte y no interrumpirme? Ésa fue la primera sorpresa que me llevé, porque la medianoche no es una hora para recibir visitas, por muy amigo que el visitante sea de la familia. Puede que si yo entonces hubiera hecho ruido, o te hubiera prevenido diciendo «¡hola, aquí estoy!», a estas horas seguiría sin saber nada. Porque Bill, además de guapo y simpático, es también ingenioso. Y habría inventado algún pretexto para justificar su presencia en casa. Pero como yo no hice ruido, ni os previne... Os oí hablar en el salón, y me acerqué.

—...

—No. No acostumbro a escuchar detrás de las puertas, y esta vez tampoco lo hice. No era necesario, porque la puerta estaba entornada y los dos hablabais muy alto. Desde el pasillo se oía toda vuestra conversación. ¿No te da vergüenza, Marta?

—...

—Hablar así de mí, ¡y en mi propia casa!

—...

—¿Que no te acuerdas? Haz memoria, mujer. Fue aquella noche que no pudiste salir, porque Tony estaba malo con paperas. Y como tuviste que quedarte cuidándole, llamaste a Bill para que fuera a verte.

—...

—Eso lo deduje de vuestra conversación. Y no me hizo falta hacer más deducciones, porque hablaste con mucha claridad.

—...

—Sí. Sobre todo tú. Estabas muy excitada. Casi furiosa. Debíais de llevar mucho rato discutiendo. Le dijiste que ya no podías más... que estabas harta de esa situación... que cada día te costaba más trabajo disimular conmigo...

—...

—¡No grites, por favor!

—...

—Dijiste muchas cosas más. Y entre ellas, que llevabas un año disimulando. ¡Un año!... ¡Un larguísimo año engañándome!... Desde que Bill volvió de Asia, de una

de esas pequeñas guerras en las que tenemos que participar para que no se hagan grandes; desde que le destinaron al grupo de reactores que tiene su base muy cerca de la nuestra; desde que reanudamos lo que él llamaba «nuestra antigua amistad»... ¡Amistad!... ¡Qué ridícula me suena esa palabra a estas alturas! ¡Y qué estúpido fui al no sospechar nada! Porque estaba clarísimo. Bill era exactamente el hombre que podía gustarle a una mujer como tú.

—...

—¿Quieres callarte? Déjame seguir. Aparte de sus cualidades físicas, llegó de Asia con cierta aureola de héroe. Había ganado algunas medallas, y sabía hacerse admirar contando cómo las ganó. Yo, en cambio, nunca hice nada importante. Llevaba mucho tiempo entrenándome para este vuelo, pero ni siquiera era seguro que al final me seleccionaran para realizarlo. Además, siempre fui menos brillante que Bill. Y menos seductor. Y mucho más bajito.

—...

—Vamos, déjate de cumplidos. Ya no me hacen ninguna falta. Creo que en gran parte la culpa es mía, por haber sido así.

—...

—Demasiado ingenuo. Demasiado crédulo. Lo que antes se llamaba un hombre bueno, y que ahora se llama un tonto a secas. He creído en muchas cosas y he querido a mucha gente que no valía la pena ni creer ni querer... Pero ya no tienes que preocuparte por mí. Puedes irte con Bill hoy mismo si quieres. Y si quiere él, claro está. Porque no es lo mismo tenerte a ratos, a espaldas mías, que cargar contigo a todas horas y con todas sus consecuencias. Ya lo verás. Pero eso allá vosotros. A mí ya no me preocupa.

—...

—¿Tony?... ¿Que piense yo en Tony? También tú pudiste pensar un poco en él, ¿no te parece? Pero no es problema tampoco: tanto tú como yo tenemos familiares de sobra que podrán ocuparse de Tony. Menos a tu madre, que es una pelmaza, puedes dejárselo al pariente que prefieras.

—...

—Hablo completamente en serio.

—...

—Vamos, vamos. No seas imbécil, Martita. ¿A qué vienen esas lágrimas? ¿No era eso lo que querías? Pues ya lo tienes. No me extrañaría que Bill y tú lleguéis a ser muy felices: sois tal para cual...

—...

—No es ningún insulto. Desde aquella noche, cuando después de oír vuestra conversación salí de casa tan silenciosamente como había entrado, lo pensé muchas veces.

—...

—Que no sé cómo has podido soportarme tantos años. Un hombre gris como yo, tan aburrido... Siempre pendiente de su salud... Incapaz de hacer ningún exceso que pudiera afectar a sus entrenamientos... Y ya ves de lo que me sirvió: ahora que ya he conseguido lo que me propuse, no puedo ofrecerle mi éxito a nadie. A ninguna mujer. Porque a los hombres nos gusta triunfar, para que nos admiren nuestras mujeres. Pero también esta vez me equivoqué: cuando logré volar más alto que nadie, tú ya admirabas a otro que volaba mucho más bajo que yo.

—...

—Anda, márchate. Ahora tengo que dejarte.

—...

—¿Cómo que qué voy a hacer? ¡Un montón de cosas! Ahora precisamente, empieza el momento más delicado de la prueba. Me quedan sólo seis minutos y tengo aún muchísimo trabajo. Adiós, Marta, y que tengas mucha suerte.

—...

—¡He dicho que te vayas!

—...

—¡Atención, base de lanzamiento!... ¡Atención!...

—...

—Me acerco al punto previsto. Sin novedad en la cápsula.

—...

—¿La temperatura? Ha subido seis grados. Puede que sea culpa mía; quizá me acaloré un poco. Pero bajará en seguida.

—...

—¿Tiempo? Cinco minutos y medio para iniciar la cuenta atrás.

—...

—¿Cómo?

—...

—Sí, doctor. Ahora mismo me pongo el casco, y conecto todos los sistemas de comunicación. Aunque no creo que ya sirvan de mucho.

—...

—Falta tan poco tiempo, que ya habrá muy pocas novedades. ¿Ve usted cómo mis pulsaciones se van normalizando?

—...

—Es que ya me he quitado un gran peso de encima.

—...

—No: el casco ya me lo he puesto. Era un peso de otra clase.

—...

—Sí, mi coronel. Todo en orden: palancas de dirección para guiar la cápsula...

pulsador de los retrocohetes...

—...

—Por el cronómetro de a bordo me faltan cinco minutos todavía para llegar al punto previsto. Quisiera contestar ahora el telegrama del Presidente.

—...

—Ahora mismo, sí. Sobra tiempo, ¿verdad?

—...

—Tome nota, por favor: Señor Presidente, gracias por su felicitación. Ha sido usted muy amable concediéndome esa medalla tan bonita. Supongo que a mi hijo Tony le hará mucha ilusión. También a mí me complace que el «Proyecto cielo» haya sido un éxito completo, y espero que los datos obtenidos por mí sean útiles a los futuros viajeros del espacio. Pero se acerca ya el momento en que esta prueba debe terminar, y yo debo volver a la Tierra. Y antes que llegue ese momento, permítame que le diga algunas cosas con el debido respeto: ¿No cree usted que la Tierra se está poniendo muy incómoda? ¿No le parece que la Humanidad está dando pruebas constantes de su torpeza, convirtiendo el paraíso que podría ser nuestro planeta en un infierno? Todas las virtudes y valores humanos se van perdiendo, sin esperanzas de que vuelvan a encontrarse. En tan dramáticas circunstancias y con tan trágicas perspectivas, ¿cree usted que vale la pena seguir viviendo en ese mundo? Personalmente, se me han roto de golpe todos los lazos que me ataban a él... a ese estercolero que me espera ahí abajo, y hacia el cual debo dirigirme dentro de muy pocos instantes...

—...

—¿Cómo?

—...

—¡No he acabado aún! Que espere un poco la cuenta atrás. Sigán anotando mi mensaje: en este momento, señor Presidente, acciono la palanca para colocar la cápsula en posición. Y la cápsula me obedece dócilmente. La hago girar noventa grados...

—...

—¡Ciento ochenta, no! ¡He dicho noventa! Y sigo dictando: Dentro de muy pocos segundos, señor Presidente, haré funcionar los retrocohetes. Pero no para volver a nuestra atmósfera, sino para alejarme de ella lo más posible. Porque no volveré.

—...

—¡No me griten!

—...

—¿Loco? ¡Nada de loco!

—...

—¡Está bien, está bien! Si se empeñan, empezaré la cuenta atrás. Pero no volveré,

¿me oyen?

—...

—¡Diez! Como somos un país muy práctico, no se perderá gran cosa. Porque supongo que la cápsula estará asegurada a todo riesgo.

—...

—¡Nueve! Se lo advierto muy seriamente, señores: si siguen gritándome, desconectaré la radio.

—...

—¡Ocho! Veo abajo el Mar Caribe. Desde aquí se ve muy azul... pero el cielo está más azul todavía.

—...

—¡Siete! Será una excursión maravillosa, no se preocupen: aún me quedan muchos pastelillos de salchicha, y atún deshidratado. Como para merendar varias veces mientras sigo viaje...

—...

—¡Seis! ¡Vamos, vamos! No traten de engañarme contándome mentiras. No me convencerán. Sé muy bien todo lo que ustedes pueden darme.

—...

—¡Cinco! Desilusiones...

—...

—¡Cuatro! Angustia...

—...

—¡Tres! ¿Yo qué sé hasta dónde llegaré?

—...

—¡Dos! Continúo el «Proyecto cielo», yendo hacia él.

—...

—¡Uno! Al final de mi viaje, oiré el rumor de grandes alas que batirán contra la cápsula. Alas suaves y muy blancas, que no serán de pájaros, sino de ángeles.

—...

—¡Cero! ¡Adiós! ¡Los retrocohetes empiezan a funcionar!...

CRUCERO HACIA LA MUERTE

EL BARCO IBA HACIENDO NUDOS en el blanco pañuelo de su estela.

Era la última noche de travesía. En el salón de primera clase, el capitán despedía a los cruceristas con la clásica fiesta a base de champaña y gorritos de papel. A las dos de la madrugada, continuaba el reparto de copas y serpentinas. Porque había sido largo el viaje y caro el pasaje.

A la cubierta de paseo, más tranquila y menos iluminada que el salón, salían de cuando en cuando algunas parejas a refrescarse con la brisa. Entre ellas salió una de recién casados, bastante empalagosa en estado normal, pero completamente intragable después de haber bebido más de la cuenta.

—Anda, Penny —suplicó el joven marido, achuchando a su joven esposa, que pretendía tomar el fresco acodada en la borda—. ¿No quiere la nena bonita que nos vayamos a la camita?

—Todavía no, Tom —se resistió ella—. Hoy quiero divertirme. Al fin y al cabo, es la última noche que nos queda.

Y tocó, muy divertida, una trompeta de cartón que le habían regalado en la fiesta.

—Por eso mismo —insistió él al acabar el trompetazo—. Por ser la última noche precisamente, podríamos aprovecharla en nuestro camarotito...

—¡Nada de camarotito! En cuanto nos despejemos con la brisa, volveremos al baile muy de prisa... ¡Huy, me ha salido en verso!... ¡Jí, jí!

—Déjate de brisa —cortó Tom con voz ronca— y vámonos al camarote. Aquí hace un frío que pela.

—¿Y qué te importa que pele? —rio cretinamente Penny—, si tú no eres una patata... ¡Jí, jí!

—Ten en cuenta además —razonó él, con los ojos brillantes de champaña y lujuria—, que en la fiesta ya no queda casi nadie. Como son las tres y media de la madrugada...

—No me engañes, Tom. Son sólo las dos y media.

—Pero en Inglaterra es una hora más. Y como llegaremos hoy mismo, mi reloj se rige ya por nuestro horario. Y por nuestro horario, esta noche tendrá una hora menos.

—Razón de más para que la aprovechemos bien —dijo Penny.

—Eso es lo que yo quiero.

—Pero no como quieres tú —añadió ella—, sino yendo a ver el barco.

—¿Qué barco? —se extrañó Tom.

—Este. Prometiste que antes de desembarcar, me lo enseñarías.

—Pero, mujer... —empezó a decir él, fastidiado.

—Es inútil, amorcín. Tienes que cumplir la promesa que le hiciste a tu mujercita. Piensa que no hemos salido del camarote desde que empezó el crucero, ni hemos

desembarcado en ninguna de las escalas.

—¿Para qué íbamos a desembarcar? —dijo para consolarla el astuto fornicador—. ¿Acaso no se veía todo estupendamente por la ventanita del camarotito?

—Por eso no insistí. Pero el barco no lo he visto todavía y quiero que me lo enseñes. Anda, Tom: sé bueno.

—Está bien —accedió él de mala gana—: echaremos un vistazo, y en seguida a dormir. Porque te advierto que los barcos son muy sosos. El que ha visto uno, los ha visto todos: una proa, una popa, una chimenea o dos...

Y agarrando a su mujer por un brazo, Tom la arrastró para que visitara el barco en el menor tiempo posible.

Del salón salió a la cubierta una nueva pareja, adornada con los inevitables gorritos. Era un matrimonio de mediana edad, perteneciente a una clase social también mediana. El marido tendría unos cuarenta y cinco años, y la mujer muy pocos menos. Pero a ella el mar le había sentado bien, y su tostado cutis la hacía parecer más atractiva que al iniciar el crucero. Él, en cambio, continuaba siendo el mismo de siempre: un hombre grandullón y paliducho, con restos de pelo rojizo alrededor de una calva pecosa.

—¡Qué bien se está aquí fuera! —comentó la mujer, respirando hondo—. ¡Hacía tanto calor en el salón!

—Yo no podía más —respiró también su marido.

—Porque no has parado de bailar.

—Es que los bailes de ahora los han puesto tan facilones, que cualquiera se anima. Sales a la pista, empiezas a menearte a lo que salga, y siempre quedas bien.

—Tú quedaste mejor que nadie, Edgar —le felicitó ella, sonriendo—. Hasta te han aplaudido.

—No me forjo ilusiones —dijo el grandullón—, porque también aplauden a los osos en las ferias. Pero nos hemos divertido, que es lo principal. ¿Verdad, Carol?

Se acomodaron en dos tumbonas de la cubierta, mientras ella añadía con entusiasmo:

—Sí. Ha sido una fiesta maravillosa.

—Como dijo el capitán, en ese discurso tan cursi: una fiesta que cierra con broche de oro un viaje inolvidable.

—Y tenía razón —siguió entusiasmándose Carol—: yo nunca lo olvidaré. Ahora comprendo que los países meridionales sean tan orgullosos. Tener ese Mar Mediterráneo es para reventar de orgullo.

Luego, después de quedarse un momento pensativa, preguntó:

—¿Y por qué le llamarán «Mare Nostrum»?

—Debe de ser —supuso Edgar— para que quede claro que es de ellos, por si nosotros intentamos quitárselo.

—Hacen bien en defenderlo —estuvo de acuerdo Carol—, porque no hay otro que tenga tantas preciosidades alrededor: Nápoles, Génova, Montecarlo, Málaga... Sólo en esas pocas que hemos visto, he almacenado recuerdos suficientes para estar recordando cosas bonitas todo lo que me queda de vida.

—Desde luego —dijo su marido, cerrando los ojos—. Y hasta puede que no te quede tiempo para recordarlas todas.

—Lo primero que haré en cuanto lleguemos a Sadport, es ordenar en la memoria todo lo que vi —decidió Carol—. Porque ahora tengo tal lío en la cabeza, que no sé si el Vesubio estaba en Montecarlo, el Gran Casino en Nápoles, y la playa de Torremolinos en Génova. Por eso, nada más llegar...

—Es mejor que no hagas planes para el futuro —cortó él.

—¿Por qué no?

—Nunca se sabe lo que nos reserva el porvenir —añadió Edgar con cierto misterio—. Y puede que no llegues nunca a Sadport.

—Llegaremos fatalmente, descuida —dijo ella, suspirando resignada—. Pero ya no me importa, porque he cargado de sol todas mis baterías para muchos años. Y por triste que sea el pueblo, que lo es con ganas, yo tengo luz interior para rato.

—En Sadport hace falta tenerla para poder resistir. Hasta su nombre encoge el corazón: Sadport... Puerto Triste...

—Pero aún nos queda una noche por delante para hablar de cosas más alegres —no quiso desanimarse Carol—. Por ejemplo, de aquel paseo que dimos por Málaga montados en esos caballitos tan pequeños... ¿Cómo los llaman allí?

—Burros —dijo Edgar, que tenía facilidad para los idiomas.

—Es verdad —recordó ella—. ¡Qué pequeñas bestias tan simpáticas, y tan inteligentes!... Por cierto que, en aquel paseo tan divertido, te hice una pregunta que no me quisiste contestar.

—¿Qué pregunta? —tuvo Edgar un ligero sobresalto.

—Por qué vinimos a este crucero —explicó Carol—. ¿Cómo a ti, que siempre has odiado el mar y que jamás te embarcaste, se te ocurrió de pronto esa idea genial?

—¡Qué sé yo!...

—Reconoce que es raro —insistió ella—. Porque desde que nos casamos hace quince años, no nos hemos movido de Sadport.

—Sí, mujer —rectificó él—. Recuerda que una vez fuimos a Londres.

—Es cierto: cuando me llevaste al dentista. Pero me dolían tanto las muelas, que prefiero olvidar aquel viajecito. Para éste, en cambio, no había ninguna razón: ni me dolían las muelas, ni teníamos ninguna fecha señalada que celebrar. Y reconoce que un viaje de esta envergadura no se decide de la noche a la mañana y sin venir a cuento.

—¡Claro que no! —admitió Edgar.

—Entonces —siguió insistiendo Carol—, ¿había un motivo?

—Puede que sí.

—¡Ya decía yo! Pero no me lo digas si no quieres. Ya sabes que no soy curiosa.

—Luego te lo diré.

—¿Cuándo?

—Más tarde —prometió él, vagamente.

—No tengo prisa —se encogió de hombros ella, entornando los ojos para disfrutar del fresco de la madrugada.

«Yo sí —pensó Edgar—. Tengo prisa, porque ya me queda poco tiempo. Sólo faltan unas horas para que termine el viaje, y tú debes saber el motivo esta misma noche... mientras estemos aún en alta mar. Un motivo que ni siquiera sospechas, ¡pobre infeliz!, y que te va a sorprender. Porque no es corriente. Nada corriente. Acertaste al decir que no había ninguna razón para que yo te invitara a este crucero: ni aniversario, ni éxitos que celebrar, ni acontecimientos especiales... Ninguna de las razones por las que un matrimonio que no ha salido nunca de su casa, emprende un viaje de placer. Pero sí había un motivo tremendo, que sabrás antes de que amanezca. Y que te asustará muchísimo. Es natural: ¿cómo no vas a asustarte cuando comprendas que te traje aquí para matarte?»

Carol, un poco adormilada en la tumbona contigua, se volvió hacia él preguntando:

—¿Decías algo, cariño?

—¿Yo?... No, nada. Estaba pensando.

—¿En lo felices que hemos sido?

—Pues... —vaciló él—. Más bien en lo felices que vamos a ser. ¿No te parece que deberíamos marcharnos?

—¿Adónde?

—Al camarote. La fiesta ya está terminando, y aquí empieza a hacer frío.

—¿Tienes sueño? —le miró ella.

—No. Pero ésta es nuestra última noche a bordo, y hay que hacer algunos preparativos...

—Sí, claro: hay que ir preparando el equipaje.

—Eso es —le dio la razón Edgar—: el equipaje.

El barco emitió entonces dos broncos sirenazos, que estremecieron a Carol.

—¡Qué sonido tan lúgubre tiene esta sirena! —comentó ella—. ¿No te parece?

—Como todas las sirenas —se encogió de hombros él.

—Pues ésta me suena más fúnebre aún.

—No sé por qué.

—Quizá porque intuyo que se acerca el fin...

—¿El fin? —repitió Edgar, mirándola—. ¿De qué?

—Del viaje. De todos modos, creo que deberían cambiar esa sirena —insistió Carol—. Puesto que el barco se dedica a hacer cruceros de placer, deberían poner una más alegre. Porque ese vozarrón tan siniestro deprime a cualquiera.

Volvió a oírse un nuevo sirenazo.

—¡Escucha! —dijo ella, incorporándose—. Parece que me ha oído y suena para asustarme.

—¡Qué tontería! —se burló él, levantándose de la tumbona—. Sonará por la niebla, seguramente. No olvides que nos estamos acercando a Inglaterra.

—Es verdad —suspiró Carol, poniéndose también en pie—. Y nuestra querida niebla sale a darnos la bienvenida... ¿Nos vamos, Edgar? He sentido de pronto un escalofrío...

—Sí, vámonos —dijo él, quitándose el gorrito y arrojándolo por la borda—. En el camarote tengo *whisky*. Te daré un trago para que entres en calor antes de dormir.

Y se dirigieron hacia la puerta de la escalera que conducía a su camarote. En el trayecto se cruzaron con la pareja de recién casados, que venía por la cubierta de visitar el barco.

—Pero ¡qué barquito tan mono, Tom! —decía Penny, entusiasmada—. ¡Es una preciosidad! Con su sirenita que hace «¡bu, bu!»... y su chimenea que echa humo de veras... ¿Y de dónde sale todo ese humo? ¿De las cocinas?

—No, mujer —explicó el marido, con la poca paciencia que le quedaba—: de la caldera.

—Pero ¿tiene caldera también? —esta noticia cautivó a Penny—. ¡Qué monería, Tom! Llévame a ver la caldera, anda.

—¡Penny, por favor! —protestó él—. Ya te he enseñado lo principal: el puente de mando, los botes salvavidas... ¡Hasta un marinero con tatuajes en los brazos! ¿Qué más quieres?

—Quiero ver la caldera —dijo ella con terquedad, negándose a entrar por la puerta que conducía a los camarotes—. Para una vez que salgo de la cama después de quince días...

—Está bien —transigió su marido, esforzándose en contener la furia que le iba invadiendo—. Pero si después de la caldera no nos vamos a dormir, te llevaré a que veas la hélice.

—¡Qué ilusión! —palmoteó la cretina—. ¿Y dónde está la hélice?

—Debajo del agua —dijo Tom con voz siniestra—. Si te empeñas en verla, yo te ayudaré a saltar por la borda para que vayas tú solita.

Y se alejaron hacia la proa, en busca de algún marinero que les indicara el camino para bajar a la caldera.

Cuando Edgar y Carol entraron en su camarote, lo primero que hizo él fue cerrar la puerta con llave. Luego, mientras su mujer se quitaba el vestido para ponerse una

bata, él sacó del armario una botella de *whisky*. Y a falta de vasos más adecuados, trajo del cuarto de baño los que empleaban para lavarse los dientes.

—Toma —dijo ofreciéndole uno a Carol, después de echar un buen chorro de *whisky* en los dos vasos—. Bébetelo puro, para que entres en calor.

—Gracias, me sentará bien —fue a sentarse ella en el borde de su litera—. Me enfrié en cubierta. En cuanto me lo tome, empezaré con el equipaje.

—No te molestes —replicó Edgar, acercándose a ver el mar por el ojo de buey.

—¿Cómo que no? Si llegamos a mediodía, y aún tenemos que dormir...

—¿Tienes sueño?

—No mucho —confesó Carol—. La fiesta me ha despabilado bastante. Pero de todos modos...

—Ya dormirás todo lo que quieras... —dijo él sin mirarla— después.

—¿Después de qué? —se extrañó Carol.

—De lo que tengo que decirte.

—Dime lo que tú quieras.

—Lo que yo quiera, no —corrigió él, un poco excitado—: la verdad. Lo que tengo la obligación de contarte, porque tú tienes que saberlo. ¿Comprendes?

—Bueno, hombre; pero no te pongas así...

—Me pongo así —continuó él excitándose más todavía—, porque lo que te voy a contar no es ninguna bobada. ¡Por eso me pongo así!

—Por favor, Edgar —dijo Carol, sujetando el vaso con las dos manos—. Me estás asustando.

—Puedes asustarte todo lo que quieras —autorizó él con voz opaca—. Lo único que te pido, es que no grites.

—¿Cómo?... —se irguió ella, alarmada—. Pero ¿a qué viene todo esto?

—Quiero prevenirte de que por mucho que te asustes, debes esforzarte en escucharme hasta el final. Y, a ser posible, sin interrumpirme. ¿Has entendido?

—Sí, Edgar.

—Pues bebe un trago, y escucha.

—Sí, Edgar —repitió ella, sin moverse.

—Te he dicho que bebas.

—Sí, sí —se apresuró a obedecer Carol, con mano ligeramente temblorosa.

Y mientras ella bebía, la sirena del barco volvió a lanzar otro gemido bronco, triste, desesperado.

—Hace un rato —habló Edgar cuando la sirena se calló—, me repetiste una pregunta que ya me has hecho varias veces: por qué hicimos este crucero. Aparentemente, no había ninguna razón. Quince años son demasiados para celebrar los aniversarios de un matrimonio, y muy pocos aún para iniciar los festejos de las bodas de plata. Tampoco la temperatura de nuestro cariño es tan alta últimamente

como para justificar una excursión tan cara. Nuestra vida en Sadport se deslizaba con su monotonía habitual. O mejor sería decir que se arrastraba con mucho trabajo. Porque eso de deslizarse da sensación de suavidad, y nuestra vida era tan dura como trabajosa. Desde las ocho de la mañana que abríamos la tienda, no descansábamos ni un momento: yo atendiendo a la clientela, y tú arreglando la casa o ayudándome a despachar. Todos los días igual, hablando con la misma gente que siempre compraba las mismas cosas:

»—Buenos días, míster Edgar.

»—Buenos días, señora Smith.

»—¿Ha visto usted cómo ha mejorado el tiempo, mister Edgar?

»—Pues no, señora Smith. No lo he visto.

»—¿Cómo que no? ¡Pero si no ha parado de llover desde el martes pasado, míster Edgar!

»—¿Y a eso le llama usted mejorar, señora Smith?

»—¡Claro! Porque hasta el martes pasado que empezó la lluvia, no paró de nevar. Y que llueva en vez de que nieve, no deja de ser una mejoría.

»—En eso tiene usted razón, señora Smith. ¿Le pongo lo de siempre?

»—Sí, míster Edgar: cien gramos de «bacon», una lata de guisantes y un frasco de pepinillos en vinagre. ¿Tiene té bueno?

»—¡Por Dios, señora Smith! Si un tendero británico no tuviera té bueno, no se atrevería a abrir su tienda. ¿Lo quiere chino, o indio?

»—Indio, por supuesto. Yo soy conservadora. Y mientras China sea comunista, he decidido que Mao-Tse-Tsung no engorde a mi costa.

»—Hace usted bien, señora Smith. Aunque no creo que fuera a engordar mucho, con la media libra de té que consume usted al mes.

»—De todos modos, míster Edgar: esa media libra vendrá mejor a los indios, que siempre están tan flacos. Póngame también un paquete de galletas, de las mejores. Porque no son para mí, que como cualquier cosa, sino para mi perro, que es muy exigente.

Edgar, después de fingir este diálogo, fue a sentarse a los pies de su litera. Carol le había escuchado atentamente, sin atreverse a sonreír cuando alguna frase de la parodia le hizo gracia.

—Y así —continuó él sin mirar a su mujer—, todos los días... todos los meses... todos los años... Viviendo entre el mostrador y la trastienda, donde está nuestra casa... Sin salir apenas, porque en Sadport no se puede ir a ninguna parte. Total, para ver una película vieja en el único cine que hay, no vale la pena mojarse. Porque en Sadport te mojas siempre que sales. O de lluvia, o de nieve. Ahora, cuando miro atrás, me asombra que haya sido capaz de aguantar tanto tiempo ese clima y esa vida. También es asombroso que la hayas aguantado tú.

—Yo... —intentó decir Carol, pero él no la dejó:

—Cállate, por favor. Tú también trabajabas sin parar... sin arreglarte... Como si vivir fuera eso solamente: vender pequeñas cosas, cobrar pequeñas cantidades, decir pequeñas tonterías... Parece que te estoy viendo, embutida en tu horrible guardapolvo gris, dándole a las teclas y al manubrio de la caja registradora... Parece que te estoy oyendo, hablando con nuestra clientela compuesta de señoras viejas y feas:

»—Son cuatro chelines y tres peniques, señora Morris. Pero por ser para usted, le rebajo los tres peniques.

»—Ya podrá —te replicaba aquella ordinaria—. Cobrando cuatro chelines por un poco de jamón de York...

»—Y por el cabello de ángel —añadías tú.

»—Pues hija: ¡ni que el cabello de ángel fueran las melenas de los «Beatles»!

»—La vida está subiendo en todas partes, señora Morris —razonabas con paciencia.

»—Pues aquí ya está por la nubes —rebatía la zafia, pretendiendo hacerse la graciosa—. Y como suba un poco más, ese cabello se lo podremos cortar a los ángeles directamente.

»—Usted siempre tan salada —sonreías tú amablemente.

»—Eso me recuerda que también necesito sal. ¿Quiere ponerme un paquete?...

Carol, que había evocado la escena reconstruida por su marido, suspiró.

—No me hables de la sal —dijo luego—. Por culpa de la maldita sal me ocurrió aquello; ¿te acuerdas?

—Sí —asintió Edgar—. Los paquetes estaban en la estantería de las conservas. Arriba del todo, en la última balda. Para alcanzarlos, había que subirse en la escalera. Un día te subiste para coger un paquete, y al llegar al último peldaño... ¡zas!

—Casi me mato —volvió a suspirar Carol—. Gracias a Dios, caí en buena postura.

—En buena postura relativamente —rectificó Edgar—, porque te rompiste una pierna.

—Peor hubiera sido que me hubiese matado.

—Sí, claro —admitió él—. Desde ese punto de vista... Pero tuvieron que escayolarte la pierna. Y estuviste con la pierna escayolada más de un mes, sin poder moverte de la cama.

—Cuarenta días exactamente —concretó ella—. Hasta que me quitaron la escayola.

—Cuarenta días, en efecto... Son muchos días, Carol.

—Dímelo a mí, que lo pasé fatal. Con lo activa que yo soy, tener que estar completamente inmóvil tanto tiempo... Pero tuvimos la suerte de que viniera Linda.

—¿Y tú crees que fue una suerte? —dijo Edgar sin mirar a su mujer.

—Desde luego. Porque en la tienda había mucho trabajo que yo no podía atender.

Y como Linda es una chica tan dispuesta...

—Bueno: según lo que tú entiendas por dispuesta.

—Pues trabajadora, activa...

—Eso sí —admitió él—: activa... y atractiva. Muy atractiva, Carol. Demasiado para estar a solas con un hombre durante cuarenta días.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que puedes suponer.

—Yo no supongo nada —dijo Carol, empezando a alarmarse.

—Pues eres tonta, rica. ¿Qué quieres que haga un marido que se aburre, si le dejas solo con una chica que está como un tren?

—¿Como un qué? —le miró ella con extrañeza.

—Como un tren —repitió Edgar—. Es una expresión meridional, para indicar que una mujer es guapa y deseable. En estas condiciones, como comprenderás, tenía que ocurrir.

—¿El qué?

—Pues que un hombre solo y una chica estupenda son como dos polos cargados de electricidad —explicó él—. Y cuando estos dos polos se tocan...

—¡Edgar, por favor! —se escandalizó Carol—. ¿Es que tú tocaste a Linda?

—No, mujer. Deliberadamente, no. Pero tú ya sabes que la tienda es pequeña, y el espacio que queda detrás del mostrador resulta bastante estrecho. A veces, la rozaba sin querer...

—¡Edgar, por favor! —repitió ella.

—Deja que te lo cuente todo.

—Sí, cuéntamelo. ¿Qué pasó entre vosotros?

—Pues lo que pasa cuando dos polos se tocan: que se producen chispazos. Y estos chispazos fueron calentándome la sangre, hasta que un día ya no pude más...

—¡Edgar, por favor!

—¿Quieres dejar de interrumpirme con esa muletilla? —se enfadó él para que Carol se callara y le dejase continuar—: Un día ya no pude más, y estallé. Tú me habías llamado, porque ya recordarás que me llamabas a gritos cuando necesitabas algo. Y cuando volví a la tienda, Linda estaba subida en la escalera ordenando unos botes en la estantería de las conservas. Desde abajo se veían sus piernas hasta el final de las medias...

»—¿Para qué le llamaba su mujer? —me preguntó, apresurándose a bajar al ver que yo la estaba mirando.

»—Para que la ayudase a cambiar de postura —expliqué yo.

»—Tiene que ser incomodísimo no poder valerse por sí misma.

»—Muy incómodo, sí —admití—. Para ella, y para todos los demás.

»Linda pasó rozándome al dirigirse a la caja registradora, donde tenía que hacer las cuentas. Y cuando su carne me rozaba, comenté:

»—Creo que si yo no pudiera moverme, me moriría.

»—Pues ella, no —suspiré—. Lo aguanta muy bien.

»—Es que yo soy tan dinámica, tan alegre... —dijo la chica, dirigiéndome una sonrisa en la que resplandecía toda su juventud.

»—Sí, Linda —dije siguiéndola de cerca hasta la caja registradora—. Eso es lo que me gusta de ti: tu alegría. También me gustan otras cosas, claro, pero sobre todo ésa: lo alegre que eres. Y en este ambiente tan triste, siempre se agradece una cara bonita que sabe sonreír.

»—También yo le agradezco el piropo, míster Edgar.

»—Tú sabes que no es sólo un piropo, Linda —me embalé—. Es algo más. Puede que sea el principio de un sentimiento...

»—Se lo ruego, míster Edgar —me cortó ella con coquetería—. No debe decir esas cosas.

»—¿Cuándo vas a dejar de llamarme míster? —dije, acercándome más a ella.

»—¿Y cómo quiere que le llame?

»—Edgar a secas. Lo mismo que yo te llamo Linda.

»—Ya no vale la pena, ¿no le parece? —dijo ella, poniendo con astucia una carita triste.

»—¿Por qué no?

»—Porque dentro de unos días le quitarán la escayola a su mujer. Y yo me marcharé.

»—Sí, claro —me entristecí yo—. Te marcharás... Y ¿adónde piensas ir?

»—Aún no lo he decidido —encogió Linda sus lindísimos hombros—. Pero aquí, desde luego, no me quedaré.

»—¿No?

»—¡Ni por todo el oro del mundo! —dijo ella con vehemencia, aunque luego rectificó—. Bueno: por todo el oro del mundo, sí me quedaría. Pero como nadie me lo va a dar...

»—Eso nunca se sabe —insinué.

»—Yo lo sé muy bien —suspiró la muchacha—. En este pueblo odioso no hay nada que hacer. Aquí se ahoga una.

»—No sólo una, sino dos también —añadí yo—. Pero las cosas pueden cambiar.

»—¿Cómo?

»—No lo sé aún.

»—No cambiarán —repitió el suspiro ella—. Aquí no cambia nada. La vida en este poblacho es siempre la misma.

»—Pero puedes encontrar alguien que se interese por ti —volví a insinuar, arrimando mi polo en busca del contacto que produjera un agradable chispazo—. Que se interese mucho.

»—¿Cuánto? —preguntó Linda, práctica.

»—Hasta el punto de estar dispuesto a hacer cualquier cosa por ti. Cualquier sacrificio.

»—Eso se dice fácil.

»—Y, a veces, también se hace —afirmé yo.

»—Es usted muy optimista, míster Edgar —rechazó ella—. ¿Cree usted que en Sadport hay hombres capaces de hacer todo eso por una chica como yo?

»—¡Claro que sí! —me embalé de nuevo—. Yo, sin ir más lejos... conozco a unos cuantos.

»—Suponiendo que haya alguno —dudó Linda—, lo más probable es que no sea libre.

»—¿Libre? —repetí yo—. ¿En qué sentido?

»Y entonces tú, desde nuestra alcoba en la trastienda, empezaste a llamarme:

»—¡Edgar!... ¡Edgar!...

»—¿Me preguntaba usted en qué sentido? —dijo la chica, señalando a la trastienda con un gesto—. Pues en éste.

»—¡Edgar! —volviste a gritar tú.

»—¡Ya voy, ya voy! —te contesté, añadiendo después en voz más baja para que sólo Linda pudiera oírlo—: ¡Qué pesadez! Esto no hay quien lo aguante.

»—Vaya a ver qué quiere —dijo la chica, empujándome con suavidad hacia la puerta de la trastienda—. Y déjeme terminar de hacer las cuentas.

»—Pero tenemos que seguir hablando de todo esto —supliqué—. Prométemelo, Linda.

»—Se lo prometo, Edgar —me tranquilizó ella, reforzando sus palabras con una mirada rica en promesas—. Ya hablaremos.

Carol, que había escuchado hasta entonces sin mover los labios, no pudo contenerse más:

—¡Pero, Edgar! —estalló—. No es posible. De modo que tú le insinuaste a esa chica... No. No puedo creerlo. Mientras yo estaba sin poderme mover, con aquella pierna que parecía una estatua... ¡Qué tonta fui! Nunca sospeché que Linda pudiera ser un peligro... ¡Y claro que lo era!: más joven que yo, menos estropeada, más fresca... ¡mucho más fresca, dónde va a parar!

Edgar quiso decir algo, pero Carol le contuvo:

—¡No cállate!... O mejor dicho, sí: habla. Dime que no es verdad... que has estado bromeando... Dímelo.

Esta vez fue él quien no quiso hablar.

—¿No me contestas? —insistió su mujer—. Entonces, es cierto... Te enamoraste de esa chica.

—Enamorarme no es la palabra —corrigió él, yendo a mirar la noche por el ojo de buey—. Sería más apropiado decir que me enloquecí.

—¡Pero, Edgar!... ¡A tu edad!

—A mi edad precisamente es cuando suelen ocurrir esas cosas. ¿No sabes que hay un refrán español que lo explica muy bien?

—¿Qué refrán?

—«Cuanto más viejo, más pellejo».

—Pero entonces —dijo Carol, pensativa—, si estabas tan loco por esa fresca... ¿por qué me trajiste a este crucero? Es absurdo, ¿no te parece?

—Absurdo, no —dijo él, tratando de ver el mar envuelto en tinieblas—. Si acaso, diabólico.

—¿Diabólico? —repitió ella, asustada—. ¿Por qué?

Edgar se volvió despacio desde el ventanillo del camarote. Y contestó despacio también, clavando en su mujer una mirada llena de crueldad:

—Porque te traje a este crucero para librarme de ti.

—¿Qué?... —el susto redondeó los ojos de Carol, que a punto estuvo de soltar el vaso de *whisky*—. ¿Hablas en serio?

—Completamente —confesó él con sinceridad brutal—. En un pueblo tan pequeño como Sadport, donde todos nos conocemos y todos nos criticamos, es imposible deshacerse de una persona sin despertar sospechas. Si cuando te rompiste la pierna no se habló de otra cosa durante un mes, ¡imagínate las habladurías que se hubieran organizado si te hubieses roto la cabeza!

—¡Edgar, por Dios! —exclamó Carol, horrorizada.

—¡Calla y deja que te lo cuente todo! —ordenó él, en un tono tan amenazador que no admitía réplica—. A bordo de un barco, en cambio —prosiguió con voz ronca—, todo es mucho más fácil. Los accidentes mortales son frecuentes en las largas travesías. A nadie le choca que una pasajera se caiga al mar... o que desaparezca misteriosamente al hacer escala en un puerto extranjero...

—¡Pero, Edgar!...

—¿Quieres callarte? Ése fue el motivo de este viaje, ya lo sabes. Tenía que contártelo, porque ya no podía esperar más. No sabes el peso que me he quitado de encima. Ahora, por lo menos, ya no me remorderá tanto la conciencia. No hay alivio comparable al que se experimenta después de una confesión. Y yo te confieso que quería librarme de ti limpiamente; sin despertar sospechas. ¿Quién sospecharía de un marido tan bueno, tan inocente y tan enamorado de su mujer que se gastó una pequeña fortuna en invitarla a un crucero por el Mediterráneo? Nadie. Hasta el propio Sherlock Holmes creería en un accidente. Ni tú misma te habrías dado cuenta: un

trapié en una de esas escalerillas tan peligrosas que suben a la cubierta de botes... un empujón al asomarte por la borda cualquier noche para ver los peces fosforescentes...

Carol abrió la boca, perpleja, como si fuera a emitir algún sonido. Pero Edgar se apresuró a hacerle esta advertencia:

—Si vas a gritar, es mejor que te tapes la boca.

Y el tono de su voz era tan seco, tan terminante, que ella se apresuró a tapársela con una mano. Luego, mientras Edgar proseguía, Carol rompió a llorar de pena y de miedo; pero sin ruido ni aspavientos.

—Mi coartada era perfecta —continuó él, que al observar el llanto de su mujer hizo un inciso para decir con más dulzura—: Llorar, sí. Ya puedes llorar, porque ya no tienes nada que temer. Yo mismo estoy asombrado de lo que me ha ocurrido. Es curioso. Porque ésas eran mis intenciones cuando embarcamos. Pero al llegar al Mediterráneo... El barco se llenó de sol... Y Sadport quedó muy lejos... lejísimos... Envuelto en niebla... Como un sueño. Como un mal sueño pasado y desagradable... Y tú, no sé por qué, empezaste a cambiar... O mejor dicho, sí sé por qué: porque estabas contenta... porque te sentías feliz... porque el sol te sacaba unos colores que yo nunca te había visto... Y porque veíamos juntos cosas interesantes.

—Edgar... —murmuró Carol, mirándole entre sus lágrimas y empezando a sonreír.

—Sí, Carol... No puedes imaginarte cómo te favorecía ver Nápoles, y Génova... Los ojos se te llenaban de colores y te ponías guapísima.

—Edgar... —repitió ella, sonriendo francamente y parpadeando para aclararse los ojos.

—Puede que no me explique bien —se disculpó él—, porque en el fondo no soy más que un tendero. Pero ¿sabes lo que te digo?: que muchas veces la maldad no está en nosotros mismos, sino en el ambiente que nos rodea. Cambiar de aires sirve también para cambiar de sentimientos.

—Desde luego —admitió ella, añadiendo después con tristeza—: Pero mañana, cuando lleguemos a Sadport...

—¿Y quién te ha dicho a ti que mañana llegaremos a Sadport? —cortó Edgar, avanzando hacia ella.

—¿No? —balbució Carol, asustándose otra vez.

—¡Claro que no! —confirmó él, acercándose cada vez más.

—Pues... ¿qué piensas hacer?

Edgar rodeó a su mujer con sus brazos largos y fuertes, mientras decía:

—Lo hice ya hace unos días.

—¿Qué... qué... hiciste?

—Puse un radiograma al señor Foster, el agente de fincas de Sadport, ordenándole que vendiera la tienda al precio que fuese.

—¡No! —se asombró Carol.

—Sí, vidita —dijo él, abrazándola cariñosamente—. Y como espero que cuando desembarquemos ya la habrá vendido, no tendremos necesidad de volver a Sadport.

—Pero entonces... —se preocupó Carol—, ¿qué vamos a hacer? ¿Adónde iremos?

—Hacia el Sur —contestó él, muy decidido—. Hacia algún sitio donde haya sol... Si estás de acuerdo, claro.

—¡Naturalmente! —dijo Carol, entusiasmada—. ¿Y qué haremos en el Sur? —preguntó después—. ¿Abrir otra tienda?

—¡No, por Dios! ¡Nada de tiendas! —rechazó él esa idea con repugnancia—. Tengo un plan estupendo.

—¿Qué plan? —quiso saber Carol.

—¡Abrir una agencia de viajes!

A ella le pareció tan maravilloso aquel plan, que no encontró palabras para expresar su conformidad. En vista de lo cual optó por echarse a llorar de alegría, apoyando la cabeza en el hombro de su marido. Y aunque la sirena del barco lanzó entonces un lamento sobrecogedor, a ninguno de los dos le pareció fúnebre aquel sonido.

CENICIENTA «YE-YÉ»

HE AQUÍ otra nueva versión del viejo cuento:

La habitación de Cristina era modesta. Ella misma había decorado las paredes con retratos de cantantes «ye-yés», recortados de revistas especializadas en este injerto (o engendro) que le ha salido al árbol de la música. La pieza más valiosa del mobiliario era un tocadiscos comprado a plazos, y aún no terminado de pagar, que ocupaba una mesa junto a la cama.

Aquella noche, a las diez en punto, el tocadiscos recorría por cuarta vez un microsurco grabado recientemente por una pandilla de ruidosos melenudos.

Tumbada sobre la cama, vestida pero descalza, Cristina lanzaba al techo el humo de otro cigarrillo. Había fumado mucho a lo largo de todo aquel día que pasó metida en su cuarto, sin ganas de salir ni siquiera para comer. Una preocupación creciente iba profundizando las pequeñas arrugas de su fruncido entrecejo. Y aunque esas arruguillas no conseguían afearla, ya que «Cris» era una chica muy mona, quitaban a sus facciones su encanto fresco y juvenil. Porque «Cris» sólo tenía dieciocho años; y ya se sabe que las preocupaciones, en el cutis femenino, producen el mismo efecto que la aplicación de una crema envejecedora.

Cristina seguía fumando y oyendo el disco cuando alguien llamó a la puerta de su cuarto. Pero como ella no hizo caso, los golpes se repitieron. Y por último, la puerta se abrió.

—Cris —dijo Alberto, su hermano pequeño, asomando la cabeza por la abertura.

—¡Déjame en paz! —le rechazó ella.

—Está la cena.

—Vete y cierra la puerta.

—Dice mamá que vayas a cenar —insistió Alberto.

—¡Y yo te digo que te largues! —insistió también Cris.

—Bueno, rica. Por mí, muérete si quieres.

Y el chico se fue, cerrando de un portazo.

Al acabar el disco, el aparato se detuvo automáticamente. Cristina se sentó al borde de la cama para ponerlo otra vez en marcha, pero renunció al ver que se abría de nuevo la puerta y entraba su madre.

—Cris, por favor —dijo aquella mujercita vestida de negro, con el pelo ya canoso y aspecto insignificante—. Ya estamos en la mesa, y se te va a enfriar la sopa.

—No quiero sopa —gruñó la chica, aplastando el cigarrillo en un cenicero.

—Pues es de puerros... ¿De puerros o de apio? —añadió después, dudando—. Bueno, de algo así. No estoy muy segura, pero sé que te gusta. Y algo tienes que comer. Porque hoy no has tomado nada en todo el día.

—No tengo hambre, mamá.

—Pero ¿qué es lo que te pasa? —se preocupó la madre—. ¿No te encuentras bien? Un poco de empacho, supongo. Algo que te sentaría mal... ¿Qué hemos comido últimamente?

—No me acuerdo —se encogió de hombros Cris.

—Deja que yo haga memoria... —dijo la madre, sentándose a pensar en la cama de su hija—. Pues no: tampoco me acuerdo yo. Pero en casa no ha podido ser, porque todos comemos lo mismo y estaríamos tan pachuchos como tú. Tuvo que ser algo que comiste fuera de casa. Quizás anteanoche, cuando volviste tan tarde...

—No era tan tarde —saltó Cris, poniéndose a la defensiva—. Aún no habían dado las doce...

—Habían dado y requetedado —insistió la mamá—. Pero como no quiero que digáis que soy una madre chapada a la antigua, hice la vista gorda. ¿No sería aquella noche cuando algo te sentó mal?

—Puede ser —dijo la muchacha, sin que su madre advirtiera que su rostro se ensombrecía al pensar en aquella noche.

—No te quepa duda —continuó la señora—. Seguro que estuviste en uno de sus guateques, donde bailáis dando brincos como los monos y bebéis tantas porquerías...

—¡Basta, mamá, por favor! —interrumpió Cris—. Vas a conseguir que, además del apetito, pierda la paciencia, y empiece a gritar.

—¿A gritar? ¿Por qué? ¿Es que te duele algo?

—¡Sí, la cabeza! ¡Y me dolerá mucho más si seguís viniendo a decirme cosas y no me dejáis en paz! ¿Es que no me puede doler un día la cabeza sin tanta historia?

—Un día, sí —admitió su madre—. Pero tú ya llevas dos, y empiezo a preocuparme.

—Pues no te preocupes —dijo Cris, echando a andar el tocadiscos y poniendo una vez más el frenético ritmo de los melenudos—. Me tomaré una aspirina antes de acostarme, y mañana estaré bien.

—Estarías mejor mucho antes si pararas esa música infernal. ¿Cómo no va a dolerte la cabeza, si suena como si te estuvieran aporreando el cráneo con un martillo?

—Pues me duele más con tus consejos. Porque la música sólo la tengo que escuchar; y contigo, en cambio, tengo que discutir.

—Está bien, no discutiremos —se resignó la señora, dolida—. Haz lo que quieras, como siempre. Hace tiempo que renuncié a luchar con tu hermano y contigo. Lo que no me explico es cómo una mujer tan tranquila y anticuada como yo, ha podido tener dos hijos tan rebeldes y «ye-yés» como vosotros. Si vuestro padre levantara la cabeza... En fin, me voy.

—Adiós, mamá —la despidió Cris, con un suspiro de alivio.

—Buenas noches, hija —dijo la buena señora, saliendo del cuarto y cerrando la

puerta—. Que descanses.

«¡Que descanse! —pensó la chica, sentándose en su cama y encendiendo otro cigarrillo—. ¡Qué más quisiera yo! Para descansar hay que tener la conciencia tranquila. Y yo, desde anteanoche, no he podido dormir. ¡Si al menos supiera algo!... Pero esta incertidumbre es atroz. Podría salir, y preguntar... pero no me atrevo. Tengo miedo. Y los periódicos tampoco dicen nada. Miraré otra vez, por si acaso».

Fue a coger unos periódicos que había dejado encima de la cómoda, y se puso a examinarlos atentamente; casi sin parpadear.

«No creo que se me haya pasado —siguió pensando—. Los he leído bien. Todos los de hoy: de la mañana y de la noche. Sobre todo, la sección de sucesos... Pero nada. Hablan mucho de ese empleado que se tiró al agua, porque no le llegaba el sueldo a fin de mes. ¡Pues anda; que como todos los empleados que tienen ese problema hicieran lo mismo, iba a subir el nivel del mar...! Hay también algunos accidentes de circulación, pero poco importantes. Ningún detalle más de lo que a mí me interesa. Sólo las cuatro líneas que publicaron ayer, dando la noticia sin ningún comentario».

Dejó los periódicos furiosa, y fue a parar el tocadiscos que había empezado a crisarle los nervios.

«¿No es para volverse loca? —pensó con repentina angustia—. ¡Tener que estar aquí encerrada!... Y muerta de miedo, esperando... Esperando que alguien pueda averiguar algo... Ya sé que es difícil, porque nadie lo vio. Pero la policía es muy sagaz, y siempre encuentra una pista. Y yo fui tonta, tan torpe... ¡Si hubiera tenido menos miedo!... No debí dejar aquello allí. Pero ya es tarde. Nada puedo hacer para evitarlo. Habrán encontrado la pista, y estarán haciendo averiguaciones. Y tarde o temprano... Lo único que puedo hacer, es seguir aguantando esta espera desesperante. Esperar que en cualquier momento llamen a la puerta. Y entonces...»

Entonces, precisamente, sonaron unos golpecitos en la puerta de la habitación. Y Cristina se llevó un susto tan grande, que a punto estuvo de lanzar un grito.

—¿Quién es? —balbució.

—Yo, hermanita —dijo Alberto, abriendo la puerta y entrando en el cuarto.

—¡Estúpido!... ¡Qué susto me has dado!

—Pues no sé por qué, porque he llamado muy finamente.

—¿Qué quieres ahora? —gruñó Cris, enfadada.

—Preguntan por ti —informó su hermano.

—¿Quién? —se alarmó de nuevo ella.

—Un hombre. Por teléfono.

—¿Ha dicho quién es?

—Sí. Le pregunté de parte de quién.

—¿Y por qué no me lo dices de una vez? —saltó ella, impaciente.

—Porque es un tipo que me cae gordo —explicó Alberto—, y no sé cómo le aguantáis en tu pandilla: el cursi de Nacho, que pregunta si ya estás mejor. Como cuando llamó ayer no quisiste ponerte, y tuve que decirle que estabas enferma...

—Dile que sigo igual —decidió Cris—. No tengo ganas de hablar con nadie.

—Bueno —accedió el muchacho—. Pero es el último recado que te doy. Yo no soy tu «botones», rica.

Alberto se fue, y Cristina se tumbó de nuevo en la cama a pensar:

«Que se vaya al diablo Nacho. Y toda la pandilla. Para lo que sirven los amigos... En un caso así, no puedo confiar en ninguno de ellos. Ni en nadie. Ni siquiera en mamá. ¡La pobre mamá!... Con lo despistada que es... Si se lo contara, en vez de consolarme ella a mí, tendría que consolarla yo a ella. Si viviera papá... Él sí me habría ayudado. Porque papá era un hombre estupendo».

Cerró un momento los ojos mientras seguía pensando:

«Hoy tampoco podré dormir. Aunque estoy tan cansada, que a lo mejor el cansancio puede con mis nervios. Pero no podrá. Necesitaría pastillas de esas que toman las personas mayores. Pero yo no tengo. Y debo aguantarlo todo, sin nada; sin nadie. Es necesario que me tranquilice. ¿Por qué no pensar que a lo mejor las averiguaciones no llegan hasta mí? No es fácil, desde luego, pero tampoco la policía es infalible. Sería maravilloso que no me encontraran nunca. Entonces podría dormir... y volver a vivir...»

Pero la puerta se abrió bruscamente, y su madre entró muy sofocada.

—¡Cristina, hijita!...

—¿Qué pasa?

—¡Eso quisiera yo saber! Ahí fuera hay un señor que quiere hablar contigo. Dice que es de la policía, fíjate qué raro. ¿Conoces tú a alguien que trabaje en la policía?

—No.

—Ya me parecía a mí —se tranquilizó la señora—. Debe de tratarse de un error. Pero tendrás que salir a decírselo tú misma, porque él insiste en verte. Supongo que en cuanto sepa que no le conoces a él, ni a ninguno de sus compañeros, se marchará.

—¡Ojalá! —dijo Cris muy nerviosa, poniéndose las zapatillas.

—¿Por qué dices eso? —se extrañó su madre—. No me asustes, hija. Porque tú no habrás hecho nada malo, ¿verdad?

—Puedes estar tranquila.

—Menos mal —suspiró la señora—. Eso mismo me ha dicho ese señor: que se trata de un simple trámite. Pero el susto me lo ha dado. ¿Qué clase de trámite será?

—¿Cómo quieres que lo sepa sin haber hablado con él?

—Tienes razón. Vamos a ver qué quiere y saldremos de dudas. Le he pasado a la salita.

—Vamos —dijo la chica, dirigiéndose a la puerta—. Y no sabes cómo siento

darte este disgusto.

—Anda, date prisa —apremió la madre—. No le hagas esperar...

De pie, en el centro de la salita, esperaba el policía. Era un hombre alto y corpulento, y maduro, vestido de gris y con un paquete debajo del brazo. Cuando entraron las dos mujeres, se volvió hacia ellas. Como la salita era pequeña, y sus muebles tampoco eran muy grandes, el hombre parecía más alto y más impresionante de lo que era en realidad.

—Ésta es mi hija Cristina —presentó la madre.

—Mucho gusto, señorita —saludó él—. Yo soy el Inspector Sanz, de la Brigada de Investigación Criminal.

—¿Ha dicho «criminal»? —se asustó la señora—. ¡Alabado sea Dios!

—Tranquilícese —dijo el policía—. La brigada se llama así, pero su radio de acción es muy amplio. Si no le importa, me gustaría hablar a solas con su hija.

—¿A solas? —se inquietó la madre.

—Ya lo has oído, mamá. Será mejor que te vayas.

—Y le repito que no se alarme —insistió el inspector—. Sólo le haré unas cuantas preguntas.

—Bueno, como usted mande —dijo la señora, dirigiéndose a la puerta—. Iré a ocuparme de que cene tu hermano. Porque también a mí se me han quitado las ganas de cenar. Con su permiso.

Y salió de la salita. Cristina, nerviosa y de pie, no sabía qué hacer ni hacia dónde mirar.

—Siéntese, haga el favor —dijo el policía.

—Gracias —rechazó ella—. Estoy bien así.

—Perdone que insista, pero necesito que se siente.

—¿Por qué?

—Para hacer una pequeña prueba.

—Bueno —accedió ella, sentándose en una silla—. ¿De qué prueba se trata?

—De ésta —dijo el inspector, desenvolviendo el paquete que traía.

Y cuando terminó de quitar el papel, mostró a Cristina un zapato. Era un zapato de mujer, negro, con el tacón ancho y no muy alto.

—¿Quiere hacer el favor de probarse este zapato? —rogó a la chica.

—¿Este... zapato? —repitió Cris, cogiéndolo con un gesto de exagerada extrañeza—. No acabo de entender...

—Lo entenderá cuando le explique que estamos buscando a la dueña de este zapato, para aclarar un homicidio.

—¿Homicidio? —palideció ella—. ¿Qué homicidio?

—La muerte de un muchacho llamado Rafael Campos, ocurrida el miércoles pasado a las once y media de la noche —dijo el inspector—. Vamos, pruébeselo.

—No —se negó la chica, rompiendo a llorar—. No hace falta que me lo pruebe... ¡Es mío!... ¡Es mío, sí!...

—Bien —el policía se sentó en otra silla, junto a ella—. Eso simplifica las cosas, Cristina. Y puedes simplificarlas más aún, contándomelo todo. Pero primero desahógate. Lloro todo lo que quieras. Te aliviaré. Y perdona que te tutee, pero es que no me pega llamarte de usted. Porque yo tengo una hija de tu misma edad. Y otra mayor aún. De manera que puedes hablarme con toda franqueza. Como si yo fuera tu padre. Y tómate todo el tiempo que necesites. Tú no podrás descansar hasta que no me lo cuentes todo, y yo no tengo prisa. Cuando quieras, empieza.

—Fue horrible —empezó por fin Cristina, después de lloriquear otro poco—. ¡Pobre Rafa!... ¡Pobrecillo!... Y pensar que por mi culpa... ¡Porque yo tuve la culpa! Si no hubiera sido por mí... ¡Deténgame! ¡Lléveme a la cárcel!...

—Vamos, no te precipites —trató de calmarla el inspector—. Eso lo decidiré al final, después de haberte oído. Pero para llegar al final, conviene empezar por el principio. ¿Conocías mucho a Rafael Campos?

—No mucho —dijo ella, sacando un pañuelo para secarse las lágrimas—. En realidad no era un chico de los nuestros. De mi pandilla, quiero decir. Aunque él estaba deseando que le admitiéramos. Pero a Nacho no le era simpático. Ni a Fina tampoco.

—¿Quién es Nacho?

—El novio de Fina.

—Enterado —dijo el policía—. Ya no hace falta que te pregunte quién es Fina, porque me dirás seguramente que es la novia de Nacho. De manera que sigue. A tu aire.

—Es que en mi pandilla, lo que Nacho dice es lo que se hace. Lo admiramos horrores, porque es formidable. Uno de esos chicos que lo hacen todo bien: bailar, conducir, divertirse... Con él nos lo pasamos de maravilla en el «Infierno».

—¿En dónde? —preguntó el inspector, extrañado.

—El «Infierno» —aclaró Cris— es el club donde nos reunimos casi todas las tardes. Y al que iba también algunas veces el pobre Rafa.

—¿Y qué clase de club es ése?

—Uno de esos sótanos mal iluminados y con mesitas incómodas, en el que un conjunto de guitarras eléctricas mete ruido moderno. Allí los de la pandilla tenemos reservado un rincón, en el que nos reunimos a discutir todos los problemas del mundo actual.

—¡Nada menos! —comentó el inspector con ligero tono de burla—. Me gustaría oír alguna de esas discusiones.

—Pues son muy interesantes —aseguró Cris—. A veces, por ejemplo, se discute sobre un intérprete de canciones modernas.

»—Pues yo —dice Fina— tengo su último disco, y reconozco que canta de maravilla. Pero al natural, decepciona. Tiene una pinta que tira de espaldas.

»—Será un poco diferente —opino yo—. Porque hay cada cantante «ye-yé», que ya, ya.

»—¿Sabéis lo que me han dicho? —interviene un chico con jersey—: que van a venir a España los «Rolling Stones».

»—No, hombre —le corrige Nacho—: los que van a venir el mes que viene, son los «Animales».

»—¿Sí? —se interesa Fina—. ¿Y adónde vendrán?

»—Ni idea —se encoge de hombros Nacho—. Pero con lo malos que son, supongo que al Parque Zoológico.

»—¿Cómo? —se escandaliza el chico del jersey—. ¿No te gustan los «Animales»?

»—Los que ladran como ellos, no —sentencia Nacho.

»Y así seguimos, hablando y discutiendo, de todo lo divino y lo humano. En plena discusión, a lo mejor, aparecía Rafael y se acercaba a nuestro grupo tímidamente. Porque Rafa era muy tímido. Y yo tardé algún tiempo en darme cuenta de que él iba solamente para verme a mí.

»—Hola, chicos —decía, haciéndose el simpático—. ¿Qué hay, Fina?

»—Hola, Rafa —le saludaba la pandilla, sin demasiada cordialidad.

»—¿Está libre esta mesa? —preguntaba él, señalando una vacía cercana a nuestro rincón oficial.

»—Sí —informaba el del jersey—. Acaba de irse un matrimonio anciano, que entró creyendo que esto era un café y pidió de merendar. El camarero por poco se mata de risa.

»—¿Ha venido Cris? —preguntaba Rafa en seguida, si no me veía sentada con el grupo.

»—En la pista la tienes, bailando con Nacho —decía Fina—. Me lo ha pedido prestado, para desentumecerse. Como éste no huele el *surf*, ni el *hully-gully*...

»—No es que no los huela —se defendía «éste», que era el del jersey—. Es que yo, cuando quiero saltar y hacer flexiones, me voy al gimnasio. Y cuando quiero bailar, me gusta tener algo donde agarrarme.

»—¡Qué anticuado estás, majo! —se reía Fina—. Te pareces a nuestros padres, que nunca pasaron de bailar el «blue» *cheeck to cheeck*.

»—Pues no te burles —se defendía el del jersey—, porque puede que gracias a esa proximidad, con el correspondiente frotamiento de mejillas, estemos nosotros aquí. Antes, bailar era excitante; ahora, sólo extenuante.

»Volvía yo entonces de la pista, después de haber tenido el honor de bailar con Nacho, y Rafa se levantaba de su mesa para precipitarse a saludarme:

»—Hola, Cris —me decía, emocionado.

»—Hola, Rafa —le contestaba yo, indiferente.

»—¿Quieres sentarte conmigo? —me invitaba.

»—No, gracias. Estoy sentada al lado de Nacho.

»—Bueno —se resignaba él—. ¿Querrás al menos bailar conmigo?

»—¡Uf! —volvía a rechazarle yo—. ¿Después del trote que acabo de darme con Nacho? Ahora lo que me apetece es descansar tomándome una copa. Perdona.

»Y me iba a sentar al lado de Nacho, dejando plantado al pobre Rafael.

Cristina hizo una pausa para secarse un poco de humedad que aún quedaba en sus párpados, mientras el inspector comentaba:

—Por lo que me cuentas, el Nacho ese os trae a todas de coronilla. Es, como si dijéramos, el que se lleva las gatitas al agua.

—Eso no —protestó Cris—. Ya le dije que Nacho es el novio de Fina. Pero como es tan simpático, eclipsa a todos los chicos que se acercan a nuestra panda.

—Y el pobre Rafael era de los eclipsados. Porque tú no le hacías ni pizca de caso.

—Tanto como ni pizca, no. Cuando me di cuenta de que iba al club sólo por verme, hablé con él más veces. Y bailamos. Y hasta me cayó mejor. Porque ya sabe usted que una mujer admirada siempre admira un poco a su admirador.

—No lo sabía —dijo el policía—, pero siempre se aprende algo.

—Claro que tampoco quise que Rafa se ilusionara demasiado —continuó Chris—, porque el pobre no podía entrar en la pandilla.

—¿Por qué no?

—Todos los chicos de la pandilla tienen coche. Y dinero para invitarnos a todas partes. Rafa, en cambio, no tenía ni un céntimo. No le era posible seguir nuestro tren de vida.

—Que es por lo visto un tren rápido —añadió el inspector—. Tan rápido que a veces corre sin parar, hasta que acaba estrellándose.

—¡Sí! —admitió la chica, rompiendo a llorar de nuevo—. Ya le he dicho que me detenga; que yo tengo la culpa. Me burlaba de él viéndole cómo rebuscaba en todos sus bolsillos para invitarme a una copa... Le pinché sin darme cuenta para que hiciera lo que hizo...

—Cálmate y sigue. Por orden —aconsejó el policía—. ¿Hasta qué punto le pinchaste?

—Hasta que llegó al «Infierno» —concretó ella—. Muy elegante.

—¿Cuándo?

—Anteayer. El miércoles por la tarde. Yo había estado bailando con uno de los chicos de la pandilla. Cuando volví a sentarme junto a Nacho, observé que en la mesa contigua había un tipo elegantísimo. Un tipo que fumaba tabaco rubio y tenía delante una botella de *whisky*.

»—¡Pero Rafa! —exclamé cuando le reconocí—. ¿Eres tú?

»—¡Pues claro! —me contestó con desparpajo—. ¿Por qué lo dices?

»—Por la pinta que traes —dije—. ¡Qué bárbaro! A primera vista, me había parecido un maniquí de la moda masculina.

»—Es que aún no sabes la noticia —sonrió él, enigmático—. Siéntate a tomar un trago y te lo contaré.

»—Está bien —accedí, sentándome a su mesa—. ¿Qué trago me ofreces?

»—*Whisky*.

»—¿Medio?

»—Todo el que quieras —dijo él, empujando hacia mí la botella—. Está a tu disposición.

»—¡Una botella entera! —me asombré, sirviéndome un largo chorro hasta casi llenar un vaso—. ¿De dónde las has sacado?

»—Me la trajo el camarero cuando se la pedí.

»—Pero ¡es fantástico! —seguí asombrándome—. Primero tu aspecto con esa chaqueta, luego el *whisky*... ¿A qué se deben estos lujos? ¿Es que te ha tocado el gordo?

»—En cierto modo sí. Porque mi padre es bastante gordo, y esta prosperidad se la debo a él.

»—¿Es que se ha muerto y le has heredado... y perdona la barbaridad?

»—No, mujer: es que ya me harté de ser el «ceniciento» de la casa, y le hablé claro.

»—¿Qué le dijiste?

»—Que o me subía el *standard* de vida a nivel europeo, o me marchaba a trabajar a Alemania.

»—¡Qué valor! —me admiré—. ¿De veras pensabas hacer un disparate así?

»—¡Ni hablar! Porque eso no es un disparate, sino dos: el primero, trabajar; y el segundo, en Alemania. Lo dije para coaccionarle al viejo, y conseguí que se asustara. Tanto se asustó, que me ha sometido a un Plan de Desarrollo intensivo. Y ya estoy a la altura de tus amigos.

»—Tanto como eso... —dudé—. Tampoco exageres.

»—No es ninguna exageración —aseguró él—. Al salir, verás otra prueba de que no soy un chico subdesarrollado.

»—¿Qué prueba?

»Rafa sacó un llavero del bolsillo, con el que se puso a hacer molinetes en la punta de un dedo mientras me decía:

»—El coche que tengo en la puerta. Éstas son las llaves.

»—¿Que tienes coche? —volví a admirarme—. ¿De quién es?

»—Como si fuera mío. Papá me ha dicho que puedo usarlo cuando se me antoje.

Y se me va antojar todos los días.

»—¡Es formidable, Rafa! —me entusiasmé—. ¡Parece increíble!

»—Pues para que te lo creas, te invito a cenar esta noche —me ofreció él, rellenándome de *whisky* el vaso—. Y no a un sitio cualquiera; sino al más caro. Al «Mesón de Alí-Babá», por ejemplo; que se llama así porque los precios son un robo de tal calibre, que los camareros deben de ser los cuarenta ladrones.

»—¿De veras serías capaz de invitarme al Mesón de Alí-Babá? —abrí mucho los ojos, incrédula.

»—Pues claro, pequeña. Eso está hecho. Ahora ya puedo darme el gustazo de pulir un verde en una cena, como Nacho y los demás. ¿Aceptas?

»—Bueno. Pero a base de no volver muy tarde. Tendría que estar en casa antes de las doce.

»—Cuando tú mandes, monada —accedió Rafa—. Ahora nos tomamos un par de tragos más, y al coche. ¿De acuerdo?

»—De acuerdo. Empezaremos a celebrar desde ahora mismo tu prosperidad. Vamos a brindar.

»—Brindemos.

»Y levantamos nuestros vasos.

»—Por el éxito de tu Plan de Desarrollo —dije yo.

»—Por lo que nos vamos a divertir juntos...

Cristina estaba evocando esta escena con tanta exactitud, que no pudo seguir: su voz acabó por quebrarse al recordar todos los detalles. Y mientras ella echaba mano al pañuelo para contener una nueva tanda de lágrimas, el policía dijo:

—Pero el pobre Rafa no podía imaginarse cómo iba a terminar la diversión. Lo que sí se imaginaba, pues él lo sabía mejor que nadie, es que en ningún caso acabaría bien. Porque todo lo que te contó, era mentira. Un cuento, que podría llamarse también «Rafael, en el país de las maravillas». ¿Cómo no lo comprendiste? No, claro. Tú no podías comprenderlo, porque en el fondo eres una niña. Y a las niñas les gusta que les cuenten cuentos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Cris, levantando hasta el inspector sus ojos húmedos—. ¿A qué cuento se refiere?

—Al que te contó él. ¿Crees de veras que un padre normal se asusta cuando un hijo menor de edad le amenaza con irse a trabajar a Alemania? ¿Te parece lógico que un señor con toda la barba, como es el padre de Rafael, reaccione ante el desplante de un mocoso llenándole la cartera de billetes y poniéndole el coche a su disposición?... ¡Vamos, niña! Se nota que tu madre es viuda, y que tú eras demasiado pequeña cuando perdiste a tu papá.

—Si —reconoció Cris—. Pero ¿por qué iba yo a pensar que era mentira lo que me dijo Rafa? A mí me pareció muy natural.

—Lo natural hubiera sido —opinó el inspector— que, en vez de darle dinero y coche, le hubiese dado un par de tortas.

—¿Usted cree? Pues el padre de Nacho...

—¡Deja a Nacho en paz! —cortó el policía, irritado—. Yo estoy hablando de cómo reaccionan los padres normales, y puede que el de Nacho no lo sea. Aunque no le conozco. Pero sí he conocido al padre de Rafael, y sé cómo hubiera reaccionado si su hijo llega a decirle esas insolencias, y como Rafael también lo sabía, prefirió no decirle nada.

—¿No? —se extrañó Cris—. Entonces, ¿por qué me contó todo eso?

—Le pareció mejor contarte un cuento bonito que una verdad bastante fea. Porque la verdad es que el dinero se lo quitó a su padre de la mesa de su despacho, y el coche lo sacó del garaje sin su permiso.

—¿Es posible?

—Sí, pequeña, sí —confirmó el inspector—. Ese pobre muchacho quería impresionarte, porque tú le habías impresionado mucho a él. Estaba loco por ti. Y cuando ya no pudo aguantar tus desprecios, tiró por la calle de en medio. No le importó robarle a su padre ni jugarse la vida en el coche, con tal de ponerse a la altura que tú le exigías. Hizo todos esos disparates por ti, y tienes cierta razón al decir que tuviste la culpa. Lo que no acabo de entender es una cosa: admito que te creyeras el cuento de la generosidad paterna, pero no me explico que no te dieras cuenta de que Rafael casi no sabía conducir. Había tomado unas cuantas lecciones, pero aún no tenía el «carnet».

—Sí noté que conducía bastante mal —recordó la chica—, pero lo atribuí a las copas que se había tomado. Además, como era de noche y había poco tráfico... Cuando salimos a la carretera para ir al mesón, le dije en broma que si el coche era inglés y tenía la tendencia a circular por la izquierda. Porque íbamos casi siempre a contramano. A pesar de todo, llegamos bien. Fue luego, luego, después de la cena, cuando volvíamos...

—Cuéntamelo despacio —dijo el inspector—; con todos los detalles que puedas recordar. Es importante.

—Me acuerdo de todo perfectamente, porque yo había bebido mucho menos que él. Estaba contenta, pero nada más.

»—Cuidado, Rafa —le repetí varias veces—. La carretera es únicamente el espacio que hay entre las dos filas de árboles.

»—Ya lo sé —me contestaba él con voz pastosa—. Lo malo es que por aquí hay pocos árboles, y no se ve demasiado bien.

»—¿Por qué no enciendes los faros? —sugerí.

»—Porque no sé dónde diablos está el interruptor.

»—En ese caso, creo que deberías ir más despacio.

»—¿Más aún? —se extrañó Rafa, sin quitar el pie del acelerador—. Pero ¡si estamos casi parados! Lo que pasa es que cuando uno se siente feliz, los kilómetros se hacen más cortos. Y las horas también. ¿Quién diría que ya son casi las once y media?

»—Lo dice el reloj del coche. Y me prometiste que estaría en mi casa antes de las doce.

»—Y estarás, descuida. Yo cumplo todo lo que prometo.

»—Pero con todo lo que has bebido, antes y después de la cena... —dije mirándole, preocupada.

»—Yo aguanto mucho —fanfarroneó él—. ¡Una barbaridad! A mí no hay quien me tumbe, preciosa. ¡Soy más macho!...

»—¿Has dicho Nacho?

»—No: dije macho, que es distinto. Completamente distinto. Porque ¿sabes lo que te digo?: que a mí ese Nacho me parece algo feminoide.

»—No sabes lo que dices —me enfadé—. Estás borracho.

»—¿Borracho yo?... ¡Qué risa!... Pero si lo veo todo clarísimo... ¡Mira ese animal que acaba de cruzar la carretera! ¡Era un lobo!

»—No, hombre: era un perro, y gracias.

»—¿Y quién nos asegura que no fuese un lobo disfrazado de perro? Porque los lobos tienen fama de ser muy astutos.

»—¿Dijiste en el mesón que le dieran de beber al coche? —le pregunté bromeando, pero cada vez más preocupada.

»—No, pero hubiera tenido gracia —rio él—. ¡Mesonero! ¡Que le den de beber al coche! ¡Como si fuera un caballo!... ¿Por qué lo dices?

»—Porque me da la sensación de que va haciendo esos.

»—No las hace él, sino yo. Intencionadamente, ¿sabes? Porque así, en las rectas, me voy entrenando, para cuando lleguen las curvas, ¿comprendes?

»—Pues ahí parece que viene una... ¡Ten cuidado!

»—¿Una curva? —se asustó él—. ¿Dónde está?... ¡No veo, Cris!... ¡No veo nada!... ¿Y el freno?... ¿Dónde está el freno?...

Cristina se tapó la cara con las manos, y se puso a llorar otra vez.

—El pobre Rafael no era un chico con suerte —dijo el inspector, suspirando—. Decididamente, no. Porque hace falta tener mala pata para salirse de la carretera, y rodar más de cien metros por un sembrado... para ir a chocar contra un árbol. Contra el único árbol que había por allí.

—Yo no sé lo que ocurrió —dijo la chica, entre hipos, sin quitarse las manos de la cara—. De pronto el coche empezó a dar saltos en la oscuridad, hasta que se detuvo de golpe. De un golpe espantoso...

—Y tanto. El árbol era bastante gordo, y casi lo arrancó de cuajo.

—Yo perdí el conocimiento...

—Fue milagroso que no perdieras también la vida, como él —añadió el inspector—. ¿Cómo pudiste salir de aquel montón de chatarra?

—Por un hueco, entre cristales rotos —explicó ella con voz entrecortada—. Debía de ser una ventanilla... Pero estaba tan oscuro... No se veía nada... Llamé a Rafa en la oscuridad, pero no me contestó... Y tuve miedo... Un miedo como nadie se puede imaginar... Cuando logré salir, estaba como loca... No sé ni cómo pude echar a correr... Porque eso fue lo que hice: corrí por aquella tierra blanda, hacia la carretera... Me di cuenta entonces de que uno de mis zapatos se había quedado en el coche, y me quité también el otro para correr mejor.

—Pero ¿cómo no pediste auxilio?

—Tuve demasiado miedo —confesó Cris—. Además, no pasaba nadie por aquella maldita carretera... ¿Qué podía hacer yo?... ¿Qué podía hacer?...

Y lloró con más fuerza, sin que el inspector la interrumpiera.

Llorando estaba todavía cuando se abrió la puerta de la salita y entró su madre.

—¿Aún siguen hablando? —dijo la señora que, al observar el llanto de su hija, añadió—: ¡Pero, niña!... ¿Qué le pasa a mi niña?... ¿Por qué llora?... ¿Qué le ha dicho usted a mi niña?

—Le he dado una mala noticia —explicó el policía.

—¿Mala noticia? —se alarmó la mamá—. ¿Qué ha ocurrido?

—Un amigo de Cristina ha muerto de una manera estúpida —amplió él su explicación—. Por presumir. Por jugar al hombrecito. Da rabia que pueda haber una juventud tan inconsciente que, por querer vivir demasiado de prisa, pierda la vida estúpidamente. Da verdadera rabia, créame.

Y levantándose de la silla, mientras la chica continuaba llorando, el policía añadió:

—Por hoy, hemos terminado. Pero su hija, tendrá que venir mañana a declarar.

—¿Declarar? ¿Por qué? —preguntó la madre muy asustada—. Pero ¿qué ha hecho ella?

—A mí me parece que nada —dijo el inspector—, y espero que opine lo mismo quien tenga que juzgar su conducta. Pero deseo sinceramente que le sirva de algo esta lección inolvidable. A ella, y a toda su pandilla de imprudentes como ella. Hasta mañana, Cristina.

DEMASIADA IMAGINACIÓN

ERAN LAS CUATRO de una fea tarde otoñal. Paul Dubois, en la pequeña habitación que él llamaba su «estudio», escribía.

Algo pomposo resultaba llamar estudio a ese cuartito rectangular, con poco más de cuatro metros en su lado más ancho, pero ya se sabe que los escritores suelen tener bastante imaginación. Y Paul Dubois era escritor, aunque en sus cuarenta y siete años de vida no hubiese obtenido ningún éxito literario resonante.

Absorto en su tarea creadora, Paul no se percató de que la puerta se abría sigilosamente. Y tuvo un gran sobresalto cuando su mujer, que entró sin hacer ruido con una taza en la mano, le dijo:

—La tila, Paul.

—¿No te he dicho mil veces que no entres así, como si fueras un fantasma? —se enfadó él.

—Lo hago por no molestarte —se excusó ella.

—Pues así me molestas más, porque me asustas. Prefiero que llames a la puerta, para prevenirme de tu llegada.

—No sabe una cómo acertar.

—Acertarías siempre si hicieras lo que te digo.

—Perdóname.

—¡Siempre igual! —estalló Paul—. Perdóname, perdóname, pero sigues haciendo lo mismo. Y sabes que me pone muy nervioso.

—No es que te ponga yo —se atrevió a corregir ella—, sino que ya lo estás tú. Porque trabajas demasiado. Y todo por culpa de ese dichoso Premio Goncourt.

—Claro. Falta sólo una semana para que se cierre el plazo de admisión, y aún no he terminado la novela.

—Pues ¿sabes lo que te digo? Que fue una desgracia que quedaras finalista el año pasado.

—¿Por qué? —se extrañó él.

—Porque eso te picó el amor propio. Y desde entonces no paras de escribir, para ver si este año consigues ganarlo.

—¿Y qué? Es una ambición muy natural, creo yo.

—Pero te está costando la salud.

—No digas bobadas, Monique.

—Es la verdad —insistió ella—. Últimamente tienes los nervios desatados. Y no me extraña: entre las colaboraciones para el periódico y la novela, casi no comes y apenas duermes.

—¡Qué tonterías! —rechazó él—. Estoy perfectamente bien.

—Prométeme que cuando la termines, te tomarás unos días de vacaciones. Por lo

menos un par de semanitas.

—Te lo prometo. Pero ahora déjame en paz. Tengo que seguir trabajando.

—Está bien, hombre —dijo Monique, acercándole la taza—. Pero tómate la tila, porque estás como una pila eléctrica.

Y mientras Paul bebía, su mujer le observaba con ojos llenos de cariño. Monique era una mujercita dulce, piernicorta y un poco nalguda. Sin ser guapa, tenía una naricilla respingona que daba cierta gracia a todo su rostro. Y sin ser demasiado inteligente, vivía consagrada a cuidar de su casa y su marido con una meticulosidad que muchas veces resultaba empalagosa. Algo más joven que Paul, parecía sin embargo mayor que él. Porque ya se sabe que nada aja tanto a una mujer como su dedicación absoluta a la vida doméstica. Y sabido es también que no hay amas de casa capaces de rebasar la cuarentena, conservando la lozanía de sus tejidos celulares.

Cuando el escritor había bebido algunos sorbos de la infusión, llegó hasta el estudio el sonido del timbre de la puerta.

—¿Has oído? —se sobresaltó de nuevo él—. Han llamado.

—¿Lo ves? —le hizo notar su esposa—. Hasta el timbre de la puerta te hace dar un respingo.

—No he dado ningún respingo.

—Sí, lo diste. Y sin ningún motivo, porque suena todas las tardes a las cuatro en punto. Cuando llega tu secretaria. Voy a abrir, porque llueve mucho y se estará poniendo como una sopa. Termina de tomarte la tila antes que se enfríe.

Salió Monique mientras Paul quedaba pensativo bebiendo a sorbos la infusión. Un viento racheado, procedente del mar, arrojaba contra los cristales de la ventana ráfagas de lluvia. Poco después se oyeron unos golpecitos en la puerta del estudio.

—¡Adelante! —dijo Paul.

Y entró Jeannette, su secretaria.

«Cada día se está poniendo más guapa esta chica», pensó el escritor, mirándola complacido.

—Buenas tardes, monsieur —saludó ella, avanzando hacia la mesita de la máquina de escribir.

—Buenas tardes, Jeannette —replicó él, admirando el *sweater* ceñido de la muchacha y su faldita negra—. ¿Se ha mojado mucho?

—Lo corriente —dijo ella, mientras quitaba la funda a la máquina—. Aquí, ya se sabe.

—Sí. Aquí, ya se sabe —repitió Paul, mientras pensaba—: «El azul pálido del *sweater*, va muy bien con su melena rubia. Y esas botitas blancas para la lluvia son muy graciosas. Claro que a los veinte años y con ese tipo, cualquier cosa que se ponga...»

—Dicen que este otoño va a ser muy húmedo —comentó Jeannette, sentándose

ante la máquina y metiendo un papel en el rodillo.

—Esa estupidez la dicen siempre.

—¿Estupidez? —le miró ella, con una pequeña sorpresa en sus claros ojos—. ¿Por qué?

—Porque todos los otoños son muy húmedos en Normandía —dijo Paul—. Y los inviernos. Y todo el año. Y es estúpido decir cosas que todo el mundo sabe, ¿no le parece?

—Sí, claro —estuvo de acuerdo Jeannette—. La gente no tiene mucha imaginación.

—Pero usted sí, ¿verdad?

—¡Oh, sí, monsieur! Yo muchísima. Incluso demasiada. Siempre me estoy imaginando cosas.

—Entonces, no vuelva a decir que este otoño va a ser muy húmedo.

—Bien, monsieur —prometió la chica, colocándose en posición frente a la máquina—. ¿Va a empezar a dictarme?

—Sí —dijo el escritor, reuniendo todas las cuartillas escritas a mano que tenía desparramadas sobre la mesa—. Hoy dictaré más de prisa que de costumbre. He tomado algunas notas, pero las iré modificando sobre la marcha. Quiero que el dictado sea espontáneo, porque es el capítulo final de la novela. Cuando el protagonista cuenta sus pensamientos. Necesito que el capítulo tenga frescura y espontaneidad, como si de veras fuese una improvisación del personaje. ¿Comprende?

—Sí, sí.

—De manera que, aunque se equivoque, no me interrumpa. Luego haré las correcciones. ¿Está claro?

—Sí, monsieur.

—Pues empiece. Ponga arriba, con mayúsculas: «Capítulo final».

Jeannette obedeció. Y como todas las tardes, desde hacía varios meses, empezó a oírse el tecleo de la máquina. Un ruido molesto, fuerte y monocorde, porque la máquina de escribir era grandota y de un modelo anticuado.

—«Aquel día —empezó a dictar Paul consultando sus notas—, como todos los demás, estaba lloviendo. Y la noche anterior, como todas las anteriores él había dormido mal. Pasó toda la mañana encerrado en su cuarto, pensando. Y sus pensamientos fueron así»... Dos puntos y aparte.

—... y aparte —repitió Jeannette, cuando llegó a los dos puntos.

—«Creo que después de darle muchas vueltas al asunto, he llegado a una conclusión definitiva. Una conclusión que me desagrada profundamente, dado mi carácter de hombre tímido y bastante pusilánime. Pero no hay más que un camino que pueda llevarme a la felicidad: el crimen».

—Perdón, monsieur —vaciló Jeannette, levantando la vista del teclado—: ¿ha dicho usted... el crimen?

—Sí —confirmó Paul—. Punto y seguido... «Me doy cuenta de que no me va a ser fácil cometerlo, porque estoy muy lejos de ser un asesino. Matar me produce una enorme repugnancia física. Desde que era niño. Recuerdo que en cierta ocasión, yendo a la escuela en bicicleta, atropellé a un sapo que se había quedado dormido al borde de la carretera. El sapo, al pasarle por encima la rueda delantera, reventó como una bolsita de goma llena de inmundicias. Y yo, al ver aquello, tuve que apearme a vomitar en la cuneta. También ahora, siempre que entro de noche en la cocina a beber un vaso de agua, avanzo hasta el grifo con sumo cuidado para no pisar a ninguna cucaracha. Porque me consta que, al oír el chasquido de su viscoso cuerpecillo al ser aplastado por la suela de mi zapato, vomitaría del mismo modo que vomité al reventar el sapo»... Punto y aparte. «Es fácil imaginar, por lo tanto, a la vista de mis reacciones ante la muerte de estas víctimas insignificantes, el horror que experimento ante la idea de tener que matar a una persona. A una persona en la que concurren dos circunstancias que harán más penoso aún mi trabajo criminal: la primera, que se trata de una mujer; y la segunda, más desagradable aún, que esa mujer es la mía».

Monique abrió en aquel momento la puerta del estudio.

—¿Qué quieres? —preguntó Paul, interrumpiendo el dictado y volviéndose hacia la puerta.

—Decirle a Jeannette que he puesto su impermeable en la cocina, para que se seque.

—Muchas gracias, madame —dijo la chica.

—Y su paraguas también —añadió Monique—. Allí los encontrará cuando salga.

—Muy agradecida.

—¿Cómo sigue su madre, Jeannette? —siguió preguntando la señora.

—Algo mejor, madame, pero aún no se ha levantado. Y se pasa el día riñéndome, porque dice que no la ayudo cuando ella está mala. Me reprocha que me paso el día leyendo y soñando.

—Pues eso no está bien, muchacha —le reprendió maternalmente Monique—. Debe usted ayudarla. Una madre, si se para usted a pensarlo detenidamente, siempre es una madre.

—Bueno, cariño —intervino Paul—. ¿Quieres hacer el favor de marcharte? Sabes que detesto las interrupciones cuando estoy trabajando.

—Sólo quería decirle eso a Jeannette...

—Pues ya que se lo has dicho, vete —insistió él.

—Ya me voy —le tranquilizó Monique, que señaló dirigiéndose a Jeannette—. No se case usted con un escritor, hijita. ¡Son terribles!

—A mí —opinó la chica mirando a Paul—, me parecen maravillosos.

—Lo que escriben, sí —concedió la esposa—. Pero en la intimidad resultan insufribles.

Y antes que su marido volviera a echarla, se apresuró a salir y a cerrar la puerta.

—¿Dónde estábamos? —preguntó el escritor, hojeando sus notas.

—En —dijo la secretaria leyendo la última frase que él había dictado— «esa mujer es la mía».

—Punto y aparte —continuó dictando Paul—: «Pero ella se lo ha buscado con su actitud. En la última conversación que tuvimos, me cerró el paso tercamente hacia cualquier otra fórmula de arreglo menos sangrienta».

«—Si quieres obtener el divorcio —me dijo una y otra vez—, tendrás que pasar por encima de mi cadáver... ¿No es ésta una forma clara de incitarme a cometer el crimen? Dada mi aversión instintiva hacia cualquier derramamiento de sangre, por ínfimo que éste sea como en los casos del sapo y las cucarachas, no es probable que yo hubiese llegado a pensar *motu proprio* en la solución mortal. Cuando alguien medita soluciones a un problema, su subconsciente le hace rehuir todas aquellas que no podrá llevar a cabo porque repugnan a su manera de ser. Por eso a mí no se me había ocurrido matar a mi esposa, hasta que ella misma no me dio la idea repitiéndome esta frase: «Tendrás que pasar por encima de mi cadáver... Tendrás que pasar por encima de mi cadáver...»

Paul se levantó con sus notas en la mano y fue hacia la ventana, pensativo. Rachas de viento procedentes del mar estremecían la cortina de lluvia y la estrellaban contra los cristales. Jeannette continuó tecleando, y al terminar lo anunció repitiendo en voz alta la última palabra del párrafo dictado:

—... cadáver —dijo en un susurro, levantando hacia su jefe unos ojos que parecían un poco asustados.

—... cadáver —repitió también Paul, para coger el hilo del relato que estaba dictando—. «Esta idea que ella misma me dio, y que yo al principio rechacé, ha prevalecido por encima de todos mis razonamientos. Incluso ha logrado vencer el asco que el verbo matar provoca en mi subconsciente. Estoy decidido. Ella no se equivocó al señalarme el único camino que tengo para ser feliz. Creo que por vez primera desde que contrajimos matrimonio, estamos de acuerdo en algo. Y no deja de ser gracioso, macabramente gracioso, que estemos de acuerdo en esto: en que yo no tengo más remedio que matarla a ella. Tomada esta decisión, se me plantea ahora un nuevo problema: cómo lo haré. Porque para poder pasar por encima de un cadáver, lo primero que se necesita es «fabricar» el cadáver. Y para «fabricarlo» debo tener en cuenta dos detalles fundamentales: el primero, que el sistema de «fabricación» sea lo bastante sencillo como para que un inexperto como yo, con tan escasas aptitudes y tan abundantes limitaciones para el asesinato, pueda ponerlo en práctica. Y el segundo detalle, adoptar las precauciones necesarias para que, una vez «fabricado» el

cadáver, la justicia no sospeche nunca que el «fabricante» fui yo. Porque yo, para estos menesteres, carezco de las virtudes fundamentales: sangre fría y habilidad. No tengo la práctica del señor Landrú ni los conocimientos científicos del doctor Petiot. No soy más que un pobre periodista provinciano...»

A Jeannette, que parecía un poco nerviosa, se le enredaron los macillos de varias teclas.

—Pero, monsieur... —exclamó, mientras los desenredaba apresuradamente.

—¿Qué pasa? —dijo Paul volviéndose desde la ventana, molesto por la interrupción.

—No, nada —se disculpó la muchacha—. Es que dicta tan de prisa...

—¡Siga, no se preocupe! Luego corregiré —le apremió él. Y volvió a coger el tono monótono y lento que empleaba para dictar—: «No soy más que un pobre periodista provinciano, que ocupa en la redacción del periódico el último puesto. Y aunque mi trabajo consiste en redactar la sección de sucesos, ese material no es la fuente de inspiración más adecuada para mis fines. Los hechos sangrientos que la prensa publica diariamente, son siempre elementales de planteamiento y ejecución. Abundan los asesinos de mujeres, pero todos ellos actúan con brutalidad y falta de tacto. La cuchillada y la rotura de cráneo mediante golpe propinado con objeto de contundencia variable, constituyen los métodos favoritos de esos ingenuos. Ingenuos, sí, porque por actuar tan precipitadamente y empleando unas armas tan rudimentarias, caen en manos de la policía *ipso facto*. No sólo no me sirven los ejemplos que a diario redacto en el periódico, sino que llegan incluso a herir mis sentimientos patrióticos. Porque como súbdito francés, me avergüenza observar la decadencia de mi país en esta especialidad. Es bochornoso que Francia, en cuya historia criminal aparecen nombres tan célebres como los ya citados de Landrú y Petiot, mate hoy a sus mujeres con procedimientos tan burdos como son el navajazo en el vientre y el estacazo en la cabeza. Este bajísimo nivel de nuestro crimen cotidiano hace que mi trabajo periodístico no me proporcione ninguna idea aprovechable para llevar a cabo mi proyecto. Tengo que recurrir a mi propia fantasía, para trazar un plan de absoluta perfección. Porque perfecto ha de ser si deseo que resulte (¡y vaya si lo deseo!), ya que mi futura víctima es sumamente astuta. Hay mujeres de las que cualquier hombre puede deshacerse con facilidad; eliminarlas es, como si dijéramos, «coser y matar». Pero la mía, no».

Jeannette había empezado a sudar bajo su ceñido *sweater*. En el estudio hacía calor, o al menos ésa era la sensación que ella iba teniendo a medida que avanzaba el dictado. Paul seguía dictando sin alterar el ritmo de las palabras ni el tono de su voz, con la seguridad del que tiene mucha práctica en esta clase de trabajo.

—«Mi mujer —prosiguió levantando la vista de sus notas, como si las frases que se disponía a dictar no las hubiera escrito y las fuese improvisando— es de una

astucia diabólica. Creo que equivocó su camino al seguir la carrera matrimonial: posee cualidades excepcionales para ser no una simple esposa, sino una gran actriz. A sus notables aptitudes histriónicas se debe el milagro de que nadie haya descubierto aún el infierno en que vivimos desde que nos casamos. Porque ella, ante los demás, representa un papel que nada tiene que ver con su auténtica personalidad. Se muestra afable, cariñosa y dulce, como la más encantadora de las mujercitas domésticas. Nunca discute conmigo cuando hay alguien delante, y finge en público una adoración por mí que está muy lejos de sentir. Pero a fuerza de derrochar hipocresía, ha logrado que todo el mundo la considere el prototipo de la esposa ideal; y lo que es más grave aún, ¡que todo el mundo me envidie por haber tenido la suerte de casarme con ella! Porque la muy bruja...»

—Perdone, monsieur —se atrevió a interrumpir Jeannette, levantando hacia Paul unos ojos bastante asombrados—: ¿ha dicho usted... bruja?

—¡Sí, bruja! ¡Continúe sin interrumpir, diablo! «Porque la muy bruja ha tenido buen cuidado de no salirse ni un momento de su papel. Pero cuando nos quedamos solos, cuando tiene la certeza de que nadie puede oírnos, se quita la máscara de la dulzura y muestra la cara espantosa de su carácter verdadero. Nuestra intimidad es como un infiernillo portátil, cuyas llamas enciende esa hija de Satanás cuando está segura de poder abrasarme sin testigos. Pero basta que alguien pueda vernos, oírnos y juzgarnos, para que ella apague el infiernillo y se ponga su careta. Vuelve a ser entonces la mujer buena y sumisa que vive pendiente de mí, que me adora como a un ídolo y me cuida como a un niño...»

Sonaron en aquel momento unos golpecitos, que al principio se confundieron con el recio teclear de la vieja máquina.

—¡Adelante! —dijo Paul, cuando se dio cuenta de que estaban llamando a la puerta.

Y entró Monique muy sonriente, con una bandeja en la que humeaban dos tazas.

—¿Ves como esta vez he llamado? —dijo al entrar—. Para que luego no digas que entro como un fantasma y te interrumpo sin avisarte.

—¿Qué quieres ahora? —suspiró Paul.

—Te traigo un poco de café con leche. Y para Jeannette también. El tuyo menos cargado, por tus nervios. Tome, señorita —añadió, ofreciendo una de las tazas a la muchacha.

—Muchas gracias, madame. No hacía falta que se molestara...

—No es molestia —dijo Monique, acercando la otra taza a su marido—. Con esta humedad, conviene tomar algo caliente. A ti también te entonará, monstruo de la Naturaleza. ¿No era así como llamaban a un escritor español muy antiguo, que escribía casi tanto como tú? Ya te puse azúcar. Tómalo antes que se enfríe. Y así, mientras lo tomas, descansas un poco. Porque no has parado en toda la tarde. Desde

que llegó Jeannette, os he estado oyendo.

—¿Qué es lo que has oído? —preguntó Paul, levantando los ojos del café con leche.

—Lo único que se oye en toda la casa —explicó ella—: el tecleo de esa máquina, que mete más ruido que una ametralladora: ¡Tac, tac, tac, tac...! Y así, hasta las tantas. ¿A usted no le da dolor de cabeza? —añadió llena de compasión y simpatía, poniendo una mano en el hombro de la secretaria.

—Ya estoy acostumbrada —sonrió la chica.

—Pero deberías comprar otra máquina más silenciosa —recomendó Monique a Paul—. ¿No hay unas eléctricas, que no suenan en absoluto? Con una de éstas, Jeannette oiría mejor todo lo que dictas, sin ese repiqueteo infernal.

—Es que también yo estoy acostumbrado a ese repiqueteo —se justificó el escritor—, y me gusta. Me ayuda a pensar, ¿comprendes?

—Bueno, allá tú —se encogió de hombros su mujer mientras se dirigía a la puerta—. Los literatos sois más raros... Aproveche para tomarse un descansito, Jeannette, y bébase el café antes que ese tirano la obligue a volver al teclado.

Y salió del estudio, dedicándoles una afectuosa sonrisa.

—Beba tranquila —concedió Paul a su secretaria, al cerrarse la puerta—. Si mi esposa empieza a oír el tecleo inmediatamente, volverá a entrar para acusarme de que la tiranizo.

—¡Oh, no, monsieur! —le tranquilizó Jeannette—. A mí me gusta trabajar. Y este trabajo me resulta muy interesante.

—¿Cree usted de veras que este capítulo tiene interés? —preguntó Paul, mientras ambos bebían en sus tazas respectivas.

—Por supuesto —opinó la chica—. Muchísimo.

—Pretendo que el proceso mental del protagonista resulte sincero. Por eso quiero emplear un lenguaje directo y espontáneo, como si cada pensamiento que se le va ocurriendo fuera la consecuencia del anterior. Una asociación de ideas perfectamente natural, ¿comprende?

—Sí, sí.

—Aspiro, en fin, a que el relato de este proceso mental, tan decisivo para el protagonista, tenga la emoción de la sinceridad.

—Para mí —opinó la secretaria mirando con admiración a su jefe—, resulta muy emocionante.

—¿De veras, Jeannette? —dijo Paul con cierta ansiedad, escrutando el rostro de la muchacha—. ¿No lo dice por cumplir?

—Puede creerme, monsieur —afirmó ella poniéndose muy seria—. Nunca he visto, en ninguna novela, un capítulo tan apasionante como éste.

—Gracias —murmuró él, conmovido por la magnitud del piropo—. ¿Podemos

continuar?

—Cuando quiera —dijo ella, dejando la taza junto a la máquina y poniéndose en posición de escribir.

—¿Dónde nos quedamos?

—«... y me cuida como a un niño» —leyó Jeannette en el rodillo.

—Punto y aparte —ordenó Paul—. Y abra otra vez las comillas, porque el protagonista continúa pensando: «La ciudad entera me lincharía si alguien llegara a tener la más leve sospecha de que yo fui capaz de hacer daño a una mujer tan angelical. Y eso es precisamente lo que esa zorra ha querido conseguir con su conducta hipócrita: rodearse de un muro protector compuesto por toda la opinión pública. Desde el alcalde al mendigo, desde el cura de la parroquia a la dueña del prostíbulo, no hay ni un solo vecino que no adore a mi mujer. ¿Quién se atreve en estas condiciones a ponerle la mano encima? Muchas veces, en nuestras terribles escenas privadas, sentí tremendos deseos de abalanzarme sobre ella y golpearla sin piedad. Pero me contuve al imaginar el escándalo que se habría originado después, cuando el vecindario viese los chichones de mis golpes o los hematomas de mis tortazos. Eso sería desastroso para mí. No puedo permitirme el lujo de un desahogo que deteriore su integridad física, porque ella lo emplearía en contra mía para hundirme. Cuando yo tome la iniciativa de atacarla, ha de ser con todas las garantías de que no sobrevivirá a mi ataque. No tengo más opción que darle un solo golpe, con el cual calle para siempre. Si fallo y no muere en el acto, ella hará que me maten a mí. Por eso tengo que concentrar toda mi inteligencia en esta jugada única: porque si cometo el más leve error, estoy perdido».

Paul volvió a la ventana. Dictaba ahora sin interrupción, sin hacer pausas apreciables entre las frases. Parecía que se iba metiendo en un remolino de inspiración y se dejaba arrastrar por él. Miró por los cristales mojados mientras seguía dictando:

—«Y el caso es que, si yo fuera un asesino de verdad, debería estar encantado. Porque vivimos en el escenario ideal para cometer un crimen: nuestra casa está aislada, en las afueras de la ciudad; al final de un callejón sin salida. Nuestro único vecino es el ideal para encubrir a un asesino, porque es sordo, ruidoso e indiferente a cuanto ocurre en su vecindad. Por mucho que gritara la víctima, él no la oiría. Y con el alboroto que está armando siempre, colaboraría sin darse cuenta a que los gritos no los oyera nadie. Porque nuestro único vecino es el mar. Un mar gruñón y siempre furioso, que mete ruido sin cesar dando puñetazos a los acantilados de la costa. Un mar al que parece habersele quedado pequeño el espacio que ocupa, y pugna por ampliarlo empujando con todas sus fuerzas la tierra que le rodea. Un mar, en fin, que ahogaría en su estrépito los gemidos preagónicos más estridentes... Y para cuando la agonía hubiese terminado, nuestra casa tiene otra ventaja también; un sitio adecuado

para esconder el cadáver. El más adecuado de todos los sitios que puedan imaginarse, porque es triste como un cementerio. Me refiero al pequeño jardín que hay en la parte posterior de la casa, y al que se sale por la puerta de la cocina. Ese jardincillo húmedo y sombrío, donde crecen unas cuantas... unas cuantas...»

Paul se volvió a Jeannette para preguntar:

—¿Cómo se llaman esas flores?

—Hortensias —contestó ella.

—¿Hortensias? —repitió él—. No, mujer. Hortensias son las que hay en nuestro jardín.

—Por eso. Yo creí que monsieur...

—Yo me refiero a esas otras, que se llevan en otoño a los cementerios.

—¿Crisantemos?

—Eso es: «... donde crecen unos cuantos crisantemos. ¡Ni el asesino más exigente podría pedir un escenario más idóneo para montar una obra maestra de su especialidad! Yo podría decir, copiando un dicho español: «¡Así se las ponían a Fernando Séptimo!»... Sin embargo, como soy un novel, temo que no me atreveré a utilizar todos los recursos escenográficos que el Destino (no me atrevo a decir la Providencia) ha puesto al alcance de mi mano homicida. No me imagino cavando una fosa en el macizo de los crisantemos, para enterrar a mi víctima. Ni me considero capacitado tampoco para provocar su muerte mediante un golpe mortal directo. Llamo «golpe directo» a clavar un puñal en su carne, por ejemplo, y sentir cómo la hoja se va hundiendo en la masa de músculos y nervios; o a descargar sobre su cráneo todo el peso de una barra metálica, y ver cómo se desparrama su masa encefálica lo mismo que el contenido de un huevo al aplastarlo. Cualquiera de estas sensaciones experimentadas directamente me provocaría un choque psíquico capaz de volverme loco. Y teniendo en cuenta que yo no deseo pasarme el resto de mis días en un manicomio, sino aprovechar mi crimen para vivir plenamente libre y feliz, debo cometerlo de un modo que esté de acuerdo con mis limitadas facultades, y que no ponga en peligro mi libertad, ni mi salud mental. Pienso, por lo tanto, que el único sistema a mi alcance es el del golpe indirecto. Llamo «golpe indirecto» al simple empujón, por ejemplo, que hace caer a la persona empujada debajo de un autobús o al fondo de un barranco... En el «golpe indirecto» la psiques del asesino sufre un choque de violencia mucho menor, ya que su subconsciente comparte la culpabilidad del asesinato con el vehículo o el abismo que lo consuman. Y aparte de no sentir un gran peso en la conciencia después de cometido el delito, este sistema tiene otra ventaja también: la de poder atribuir la muerte de la víctima a un accidente. Porque un simple empujón, dado con habilidad y con guantes, no deja rastro ni huellas digitales. Creo que este sistema, pensándolo bien, es el que más conviene a un hombre como yo. Al fin y al cabo, no hace falta tener mucho empuje para dar un

empujón...»

—Un momento, monsieur —rogó Jeannette bastante sofocada, dejando de teclear.

—¿Qué pasa? —gruñó Paul.

—Se me ha acabado el papel —explicó la muchacha, mientras sacaba del rodillo el folio ya escrito, y metía otro nuevo.

—¿Qué le parece? —preguntó el escritor, acercándose a ella.

—¿El qué? —dijo la muchacha, concentrando su atención en el cambio del papel.

—Todo lo que le estoy dictando. ¿Cree usted que este capítulo final resulta interesante?

—¡Oh, sí, monsieur! —opinó Jeannette, un poco apurada—. Mucho. Demasiado quizá...

—¿Demasiado? —había algo de extrañeza en la voz de Paul—. ¿Por qué?

—Por todo —dijo ella vagamente—: por la situación... por los personajes... A mí me parecen tan reales, como si los estuviera viendo.

—Muchas gracias, Jeannette. Espero que todos los miembros del tribunal piensen lo mismo.

—¿De qué tribunal? —se sobresaltó la chica.

—Del que concede el premio. Por desgracia, no todos los jurados tienen la misma sensibilidad que usted... En fin, vamos a continuar.

—Sí, monsieur.

—Ponga puntos suspensivos, y aparte. Abra de nuevo las comillas. El protagonista sigue pensando: «Tampoco es tan difícil que se presenten oportunidades para propinar este golpe indirecto. ¿Qué matrimonio no sale alguna vez de paseo, y cruza paseando algún sitio propicio? La calzada de una calle céntrica, por la que pasan muy cerca del bordillo vehículos de todas clases a gran velocidad... La excursión campestre, en la que se recorren vericuetos que bordean precipicios... o acantilados... ¡Acantilados!... Como los que hay cerca de nuestra casa, contra los cuales el mar bate con furia... ¡Claro!... ¿Cómo no se me ocurrió antes?... El mar puede no ser únicamente un vecino ruidoso, sino un colaborador eficaz... un cómplice que no hablará jamás, y que lavará abundantemente cualquier huella de mi intervención en el cuerpo de la víctima... ¡Una luz se ha encendido de pronto en mi cerebro!... ¡El mar!... ¡Ésa es la solución de mi problema!: repetir una vez más ese paseo que dimos tantas veces por los alrededores del faro, donde las olas han cubierto las rocas de un musgo tan resbaladizo...»

Monique abrió en aquel momento la puerta. No del todo, sino lo suficiente para asomar la cabeza dentro del estudio.

—¿Has terminado ya, Paul? —preguntó sonriendo.

—¿Terminado? —se sobresaltó él—. ¿A qué te refieres?

—Al café con leche. ¿Puedo llevarme las tazas?

—¡No! —gruñó Paul—. Yo aún no terminé. De manera que déjame en paz.

—Bueno, hombre.

—¡Y has vuelto a interrumpirme sin llamar! —añadió el escritor, furioso.

—No creí que hiciera falta —se excusó su mujer—. Como ha sido una interrupción tan pequeña...

—¿Cómo pequeña? ¿Por qué va a ser pequeña?

—Porque no he entrado del todo. He asomado la cabeza nada más. De todas formas, perdona —concluyó retirando la cabeza y cerrando la puerta.

—Es inaguantable —siguió gruñendo Paul—. Así no hay quien trabaje... ¿Dónde estábamos?

Y Jeannette, con ligero temblor en la voz, leyó:

—«... donde las olas han cubierto las rocas de un musgo tan resbaladizo...»

—«... que es muy fácil caer» —dictó él para terminar la frase—. Punto y aparte. Abra las comillas: «Facilitar esa caída está al alcance de mis facultades. Y la facilitaré. En el primer paseo que demos cualquier día de éstos. Porque ya no puedo más... Y no puedo más, porque amo a otra mujer. Desde hace casi un año, estoy loco por ella. Y aunque parezca mentira, aún no sé si ella me corresponde...»

—Monsieur... —murmuró Jeannette.

—¡He dicho que siga sin parar! —ordenó Paul, encolerizado—. ¡No me corte el hilo!... «Y no sabré si ella me ama, hasta que resuelva el problema que tengo pendiente. Porque sólo entonces, cuando yo sea libre, podré hablarle de mi amor. Sé que ahora sería inútil. Ella conoce mi situación, y me rechazaría si yo le confesara mis verdaderos sentimientos... Por eso me callo, aunque a veces no pueda impedir que mis ojos hablen con demasiada elocuencia. Por eso me limito a verla desde lejos... aunque a veces sienta deseos de acercarme y decirle toda la verdad.»

Y al llegar a este punto, Paul dejó de dictar. Luego, mientras Jeannette terminaba de escribir el párrafo, fue rompiendo todas las notas que había consultado mientras dictaba y tiró los pedazos a la papelerera de mimbre que había junto a su mesa.

—«... y decirle toda la verdad» —repitió la secretaria cuando terminó de teclear.

—Punto —dijo Paul, volviéndose a mirarla.

Ella puso el punto, pero él rectificó:

—O mejor, puntos suspensivos. Eso es todo.

—¿No va a dictarme más? —preguntó Jeannette, después de añadir dos nuevos puntos al primero que había puesto.

—No —dijo él—. Aquí acaban todas las notas que he tomado.

—Entonces —le miró ella con sus ojos grandes y claros—, ¿seguiremos mañana?

—Necesitaré un par de días para buscar un buen final —calculó Paul, pensativo—. ¿Qué día es mañana?

—Viernes, monsieur.

—Será mejor que vuelva el lunes. Sí. Quizá de aquí al lunes... Porque aún no sé cómo voy a terminar. Pero espero que en este fin de semana se me ocurrirá la última página.

—Aquí tiene todo lo que me ha dictado esta tarde —dijo Jeannette, agrupando los folios escritos—. Si quiere corregirlo...

—Sí. Puede que al releerlo, se me ocurran esos párrafos que faltan. Porque usted —añadió Paul, mientras ella cubría la máquina con su funda de hule— ya se habrá imaginado cómo acaba la novela, ¿verdad?

—¿Yo? —contestó ella, rehuyendo la mirada del escritor—. No, monsieur. Yo no.

—Vamos, Jeannette —sonrió él—. Con la imaginación que usted tiene...

—Prefiero no imaginarme nada.

—Tiene razón —estuvo de acuerdo Paul—. Si el lector logra adivinar el final, la lectura ya no resulta tan emocionante. Tengo algunas ideas, pero necesito madurarlas un poco. Y espero encontrar esa sorpresa que mantenga la emoción hasta la última línea.

—Bien, monsieur... ¿Puedo irme ya?

—Sí, Jeannette. ¡Qué prisa le ha entrado de pronto!

—Es que ya sabe usted que mi madre está enferma...

—Pues váyase, ande —autorizó Paul—. Y no vuelva hasta el lunes.

—Adiós, monsieur —se despidió ella, dirigiéndose a la puerta.

—Adiós, guapa —la piropeó él, admirando su silueta juvenil mientras se alejaba.

* * *

«Pero el lunes, no fui —escribió Jeannette en su «diario» algún tiempo después—. Mi madre, afortunadamente, se puso peor. Y digo afortunadamente, aunque parezca una salvajada, porque gracias a su enfermedad tuve un pretexto para no acudir a mi trabajo durante más de un mes.

»Aquel fin de semana, después que mi jefe me dictó el capítulo final de su novela (a falta de los últimos párrafos), tuve pesadillas espantosas. Porque yo he leído muchas novelas, pero ninguna me impresionó tanto como aquélla. Y no quería saber cómo iba a terminar. Porque me imaginaba unos finales... Y aunque yo trataba de desecharlos, mi imaginación daba vueltas... y más vueltas...

»Pero mi madre se puso bien, y con su curación se me acabó la disculpa para no trabajar. Ella misma estuvo presionándome durante los últimos días de su convalecencia, para que me reincorporara a mi puesto. Porque mamá no sabe nada de mis preocupaciones. ¿Cómo podía decirle a ella todas las cosas que he estado imaginando? ¿Cómo iba a confesarle el miedo que yo sentía de lo que hubiera podido ocurrir en casa de mi jefe durante las semanas que falté? A una pobre mujer que acaba de sufrir un infarto de miocardio, del que ha salido con el corazón muy

debilitado, no se le pueden confesar esas cosas. Es probable que le diese un nuevo ataque, que podría ser mortal.

»En vista de que ya no podía seguir demorando mi reincorporación al trabajo, hoy he ido a casa de mi jefe. Como si nada hubiera ocurrido.

»Pero cuando llegué comprendí que algo ocurrió, porque vi que entraban en la casa muchos visitantes. Y los Dubois nunca reciben a nadie. En la puerta me crucé con el doctor Marchand y con el juez Pinceau...

»¡Dios mío! —pensé asustada—. ¿Qué habrá pasado?... Pero debo calmarme. Como si yo no supiera nada. Porque en realidad nada sé. Todo me lo he imaginado. ¿Por qué siento miedo entonces? Es una tontería. Vamos, calma. Al fin y al cabo, yo no tengo ninguna culpa de lo que haya podido ocurrir.

»Armándome de valor, llamé al timbre de la puerta. Luego me di cuenta de que estaba abierta, y la empujé para entrar.

»En el vestíbulo había un grupo de gente, y al verlo me detuve desconcertada. En el grupo estaba Paul, al que todos los visitantes estrechaban la mano.

»Pero en cuanto Paul reparó en mí, se separó del grupo para venir a mi encuentro.

»—¡Pase, Jeannette! —me dijo con una enigmática sonrisa. Y añadió dirigiéndose a los reunidos—: ¡Aquí tienen ustedes a Jeannette! ¡Como si dijéramos, a mi cómplice!

»—¿Qué? —balbucí, desconcertada—. ¿Cómo ha dicho?

»—Cómplice no es la palabra exacta —rectificó él—, pero sí mi colaboradora.

»—No sé por qué dice usted eso —me puse seria yo.

»—Pero ¿es que no sabe la noticia? —se asombró Paul.

»—Yo no sé nada —dije precipitadamente—. Nada en absoluto.

»—¡Pero si ha salido en todos los periódicos de la mañana! —replicó él—. Todo el mundo lo sabe.

»—¿El qué? —me atreví a preguntar.

»—¡Que he ganado con mi novela el Premio Goncourt! Encontré un final de mucho efecto, que entusiasmó al jurado... ¡Monique! —llamó a su mujer, que atendía a los numerosos visitantes—. ¡Mira quién está aquí!

»—¡Querida Jeannette! —vino a saludarme Monique, con una cara radiante—. ¿Ha visto usted? ¡Al fin lo consiguió! ¿No es maravilloso? ¡Al fin se reconoce el gran talento de mi marido! —Y volviéndose a Paul, añadió muy cariñosa—: Porque yo estaba segura de que eras un genio. Siempre estuve segura, ya lo sabes.

»—Sí, cariño —dijo él, conmovido—. Y a ti te debo este triunfo. Porque si no hubiera sido por ti, que me cuidaste tanto, que tuviste siempre tanta paciencia conmigo... Sobre todo últimamente, cuando yo estaba tan nervioso temiendo que no terminaría el libro a tiempo, fuiste un verdadero ángel.

»—Es lo natural —se quitó importancia ella—. Y seguiré cuidándote siempre. Ya

estoy preparando las maletas —añadió dirigiéndose a mí—, porque mañana nos vamos a París. Para que Paul recoja el premio y se tome unas buenas vacaciones. Porque bien merecidas las tiene, ¿no le parece?

»Pero yo no contesté, porque había empezado a reírme. No lo pude remediar, y la intensidad de mi risa fue aumentando hasta convertirse en una carcajada.

»—Fíjate, Paul —dijo Monique, señalándome—. ¿Por qué se ríe tanto?

»—¿Por qué va a reírse, mujer? Porque está contenta de mi éxito. Como toda la gente que ha venido a felicitarme.

»—¡Claro! —comprendió Monique—. ¡Hoy todos estamos muy contentos de tu éxito! ¡Contentísimos!

»Y tanto ella como su marido, se unieron a mis carcajadas rompiendo a reír también.»

VAMOS A PESCAR MANOLOS

CÓMODAMENTE SENTADA en el sofá, sin preocuparse de que en esa postura su «minifalda» cubría escasamente la mitad de sus muslos, Beatriz hablaba por teléfono.

Me apresuro a aclarar que Beatriz no era una fresca, como alguna lectora púdica habrá deducido de su postura. La despreocupación de Beatriz obedecía a que estaba sola, en el cuarto de estar del piso donde vivía con sus padres, y nadie podía verla ni oír-la.

—Pues sí —dijo a su interlocutor telefónico—: lo he pasado muy bien, Manolo. Ya sabes que contigo me divierto horrores. Pero eso de que vayamos siempre en manada... Si manada te parece una ordinariez, llámala pandilla. O grupo. O como quieras. Pero no deja de ser una lata que vayamos siempre juntos a todas partes... ¿Cómo que por qué? Porque alguna vez me gustaría que estuviéramos solos los dos... Pues para hablar de nuestras cosas, caramba... Sí, hombre: estoy de acuerdo en que con el grupo se pasa bárbaro. Pero como somos novios... Bueno, bueno: no te enfades, Manolo. Yo sólo lo dije por si a ti te apetecía. Pero si no te apetece, nada, monada... ¿A qué hora quedamos mañana?... Correcto: a la una y media entonces. ¿Dónde?... ¡Vaya! ¿En «El Pajarraco»? No. No lo he dicho como si me fastidiara. Pero mirándolo bien, ya es mucho «Pajarraco», ¿no te parece?... Porque siempre nos citamos allí. Y ya estoy de «Pajarraco» hasta la cresta... Pues por ahora lo tomo, pero a lo mejor algún día lo dejo... Está bien, Manolo. Como tú quieras, macho. Hasta mañana.

Y Beatriz colgó, disgustada. Luego buscó un paquete de cigarrillos que había dejado junto al teléfono, para lo cual tuvo que quitarse de los ojos el largo flequillo de su peinado «ye-yé». Porque la chica además de ser muy guapa, era muy moderna. Y en cuanto encontró el tabaco, se puso a fumar. El haber despejado de pelos su campo visual le sirvió también para ver a su madre, que entró poco después en el cuarto de estar.

—Hola, hija —saludó doña Alicia, que era tan guapa como su niña con unos cuantos años más—. ¿Fumando otra vez?

—Sólo un cigarrillo.

—¡Claro que sólo uno! —gruñó la señora—. Lo único que te faltaba es que los fumaras de dos en dos.

—Es el primero que fumo desde que llegué de la calle —mintió Beatriz.

—Perdona, pero es el cuarto. Te voy siguiendo la pista, y ya he contado tres colillas en los distintos ceniceros de la casa.

—¿Y qué? —dijo la chica, desafiante.

—Que si a los veinte años te fumas un paquete diario —razonó la mamá—, cuando seas algo mayor te veo fumando puros, como tu padre.

—Es que el tabaco me calma los nervios.

—¿Y por qué estás tan nerviosa, quisiera yo saber?

—Tengo mis problemas —se justificó Beatriz.

—Compártelos conmigo, que para eso soy tu madre, y ahórrate el tabaco.

—Tú no los comprenderías, mamá.

—Si los problemas son de álgebra, no —admitió la señora, sentándose en el sofá—. Pero si son los que puede tener una chica de tu edad, creo que sí.

—Tampoco. Porque tú perteneces a otra generación.

—¡Toma, claro! Si perteneciéramos a la misma, yo tendría que haber sido de una precocidad increíble para ser tu madre.

—Pues por eso no me entenderás —insistió Beatriz.

—Si tienes en cuenta que entre nuestras generaciones hay sólo una diferencia de veintipocos años —hizo notar doña Alicia—, no te parecerá tan difícil que pueda comprenderte.

—Imposible, mamá —dijo la chica con suficiencia, apartándose otro mechón del flequillo que se le estaba metiendo por la comisura de los párpados—. Esos años que a ti te parecen tan pocos, son un abismo insalvable.

—¡Vamos, niña! —se enfadó «la generación anterior»—. No seas majadera, y dime qué es lo que te pasa de una endemoniada vez. ¡Cualquiera diría que soy una abuelita de los tiempos de Maricastaña!

—Eso no, porque estás muy bien conservada para tu edad.

—Muchas gracias, rica. ¿Quieres soltar de una vez ese problema que tienes?

—Es de tipo sexual —dijo la chica muy seria.

—¿Qué? —se escandalizó su madre—. ¡Beatriz, por Dios!... Pero ¿qué dices?

—No te asustes, mamá. Lo llamo así porque me parece más directo y menos cursi que llamarlo un problema sentimental.

—Si es sentimental nada más, me tranquilizas. Te has enamorado, ¿verdad?

—Pues sí —se apartó el flequillo Beatriz, sorprendida—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque no estoy tan «gagá» como tú supones, y me doy cuenta de las cosas.

—Bueno: en realidad no sé si será enamoramiento —se autoanalizó la chica—. Lo que sí puedo decirte es que siento por él una atracción bárbara. ¡Pero bárbara!

—A eso siempre se le ha llamado amor en toda tierra de garbanzos —dijo la mamá—. Aunque vosotros estéis tratando por todos los medios de quitarle toda la poesía que siempre tuvo, seguirá siendo el sentimiento más hermoso que puede experimentarse en este mundo.

—¡Caramba, madre! —se burló la hija—. ¡Menuda frase te salió!

—En alguna parte la habré leído —dijo doña Alicia con modestia—. ¿Y quién es el afortunado?

—¿Te refieres al tipo que me está haciendo la pascua?

—Lámalo como quieras.

—Cuando me hace rabiar, suelo llamarle cosas peores; pero él se llama Manolo.

—¿Manolo? ¡Mira qué casualidad! —exclamó la señora—: como tu padre.

—Papá se llama don Manuel.

—Porque ya es notario, mira qué gracia. Pero cuando yo le conocí, era tan Manolo como el tuyo.

—Como el mío es mucho decir —suspiró Beatriz—. Porque aún no me pertenece.

—¿Que no te pertenece en qué sentido? —quiso aclarar doña Alicia, suspicaz.

—No tengo la seguridad de que corresponda plenamente a la atracción que siento por él.

—Vamos a ver si nos entendemos, hijita: ¿quieres decir que no se te ha declarado todavía?

—Eso sí, mamá: somos novios hace un mes.

—¿Que sois novios? —se asombró la señora.

—Sí. Pero eso no prueba nada —explicó Beatriz con cierta condescendencia por el despiste materno—. Ser novia de un chico en estos tiempos, no significa que vaya una a casarse con él.

—¿Ah, no? —siguió asombrándose doña Alicia.

—En la mayoría de los casos, son noviazgos sin ningún compromiso. Por simple afinidad; por simpatía mutua, ¿comprendes?

—Pues no, la verdad.

—Vienen a ser como flirteos un poco más serios —definió la chica—. Pero nada más.

—Pues no le veo la gracia.

—Yo se la veía antes, cuando no me había enamorado como una burra. Porque los novios que tuve antes...

Nuevo gesto de asombro en el rostro de doña Alicia, mientras exclamaba:

—Pero ¿has tenido novios antes?

—Dos o tres, del estilo que te he explicado —concretó Beatriz, sin darle importancia—. Sin ninguna trascendencia. Simplemente chicos que me gustaban para salir. Pero Manolo —añadió cambiando a un tono más serio— me gusta para casarme.

—¿Y él qué dice?

—Pues eso es lo malo: que no dice nada.

—Pero ¿te quiere?

—Yo creo que sí.

—¿Cómo que lo crees? —volvió a sorprenderse la mamá—. ¿Es que él no te lo ha dicho?

—Me lo dijo una vez, cuando nos hicimos novios. Pero no hemos vuelto a hablar

de eso. Sería una cursilada.

—¿Cursilada?... ¿Por qué?

—Las parejas de ahora no se pasan el día haciendo manitas, mirándose a los ojos y diciéndose que se aman. Eso es cursi y anticuado.

—Todo lo cursi y anticuado que quieras —discutió doña Alicia—, pero al menos sabe una a qué atenerse. Mira, en cambio, lo que te pasa, por perder el tiempo dando brincos en los bailes «ye-yés» y hablando de filosofía existencialista: que no sabes si él te quiere o no.

—¿Y qué puedo hacer? —dijo la muchacha, preocupada—. Tampoco puedo preguntárselo yo.

—¿Por qué no? ¿Crees que se daría cuenta de que quieres pescarle?

—Mamá, por favor —protestó Beatriz—. ¡Qué verbo tan feo!

—Pero muy gráfico, y es el que siempre se ha aplicado en estos casos —insistió su madre—. Porque esta clase de pesca, hija mía, se ha practicado desde los tiempos en que Eva se las compuso para que Adán se comiera la famosa manzanita.

—No es verdad —rechazó la hija.

—¿Cómo que no?

—Tú, por ejemplo, no tuviste este problema.

—¿Y tú qué sabes?

—No hay más que veros a papá y a ti.

—¿Y qué es lo que nos has visto, si puede saberse? —quiso aclarar doña Alicia.

—Dais la impresión de haber nacido el uno para el otro.

—¿Tú crees?

—Desde luego —afirmó Beatriz rotundamente—. Se os ve tan tranquilos, tan felices como si siempre hubierais estado de acuerdo en todo.

—Pues no te fíes de las apariencias, rica.

—Yo jamás os he oído discutir —dijo Beatriz—. Y el pobre papá es un hombre tan pacífico...

—Ahora, sí —admitió la señora—. Porque la paz viene siempre después de la guerra.

—¿Qué quieres decir?

—Que no todo el monte fue siempre orégano.

—Si no te explicas mejor...

Y doña Alicia aclaró:

—Que el don Manuel que ves ahora, tan sentado y tranquilote, fue un Manolo muy difícil de pescar.

—¿Es posible? —enarcó tanto las cejas Beatriz, que casi se le enredaron con el flequillo.

—Sí, monina, sí. Me costó un trabajo tremendo.

—No puedo creerlo. El buenazo de papá...

—Buenazo, sí —admitió a medias doña Alicia—. Esa sensación te da cuando le ves ahora en casa, como un burgués inofensivo. Los hijos siempre veis a vuestros padres cuando ya doblaron el Cabo de las Tormentas, y no os paráis a pensar que ellos fueron un día tan jóvenes como vosotros, y que también tuvieron problemas muy parecidos a los vuestros. Viendo ahora a tu papá, que es notario y se llama don Manuel, tú no puedes imaginarte que para mí fue un Manolo, igual al tuyo, que me trajo por la calle de la Amargura.

—Parece mentira que un hombre tan serio...

—Serio ahora —puntualizó la mamá—, con sus sienes que empiezan a blanquear y su coronilla que empieza a calvear. Pero hace veintitrés años, cuando yo le conocí, era un frívolo de aúpa.

—¡No me digas! —exclamó Beatriz, manteniendo las cejas enarcadas.

—Te lo tengo que decir, para que puedas aprender. Porque yo también sudé lo mío para pescar a este notario, que entonces sólo era un abogadete que acababa de terminar la carrera. Y que me traía frita, hija. Lo que se dice frita. Hasta que me decidí dar la batalla.

—¿Qué batalla?

—La de engancharle bien en el anzuelo, para que se casara conmigo.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Fue arriesgado y emocionante —empezó a contar doña Alicia, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá y entornando los ojos—. A mí tu padre me gustaba a rabiar pero él no me hacía ningún caso. Éramos buenos amigos nada más, y habíamos salido juntos algunas veces. Pero sólo en plan amistoso. Y aunque yo le ponía ojitos insinuantes, y me sentaba en la última fila de butacas cuando íbamos al cine, el tío no picaba. Así las cosas, llegó el verano. Y como entonces todo el mundo veraneaba en San Sebastián, porque el turismo no había implantado aún la moda de ir a achicharrarse al Mediterráneo, en San Sebastián volvimos a encontrarnos. Pero Manolo seguía tan indiferente y mariposón como de costumbre. Hablaba con muchas chicas, pero sin dedicarse a ninguna en particular. Hasta que un día de agosto, o mejor dicho una noche, se me presentó la oportunidad de poner en práctica mi plan.

—¿Qué plan? —preguntó Beatriz, muy interesada.

—Uno que fui elaborando cuidadosamente, para que Manolo cayera en mis redes. Aquella noche se celebró un baile de gala en el Club de Tenis, a beneficio de algo. No recuerdo de qué, porque en las fiestas benéficas lo que menos importa son los pobres beneficiados. Lo importante, sobre todo en los sitios veraniegos donde no abundan las diversiones, es la fiesta en sí y no sus fines caritativos. A veces, aunque los muy hipócritas no lo confiesen, los veraneantes se alegran de que ocurra alguna desgracia gorda que les sirva de pretexto para organizar una cachupinada por todo lo alto: una

inundación que ha dejado sin hogar a un puñado de familias; un pesquero hundido por la galerna, con la consiguiente secuela de viudas y huérfanos... Y en seguida se alquila un local con orquesta, se venden unas invitaciones incrementadas con un donativo para las víctimas justificativas de la fiesta, ¡y a bailar alegremente hasta el amanecer!

—En ese aspecto —observó Beatriz—, las costumbres no han variado desde tus tiempos a los míos. También ahora la caridad sigue siendo un pretexto estupendo para que las almas caritativas se lo pasen de rechupete.

—Ya te irás dando cuenta de que las generaciones varían muy poco de madres a hijas —dijo doña Alicia antes de continuar su relato—. Aquella noche de agosto, en el Club de Tennis, bailamos benéficamente hasta las cuatro de la madrugada. Mi pareja no fue siempre el Manolo que yo quería pescar, porque él mariposeaba de chica en chica lo mismo que un abejorro de flor en flor; pero me las ingeníé para coincidir con él a la salida.

»—¿Me llevas a casa? —le propuse.

»—Bueno —aceptó él sin demasiado entusiasmo—. Si no vives muy lejos...

»Cuando vi su coche, comprendí que para llevarme me hubiera puesto esa condición de la proximidad. Porque el pobre coche era un cascajo de tal calibre, que bastaba con mirarle para comprender su incapacidad de cubrir una distancia ligeramente larga. Parecía hasta tal punto una reliquia del pasado, digna de figurar en un museo, que al montar en él lo elogíé como si fuera una antigüedad:

»—Lo encuentro precioso —dije—. ¿De qué siglo es?

»A él no le hizo ninguna gracia mi comentario, porque en aquellos tiempos tenía mucho mérito ser dueño de un automóvil. Todo conjunto de hierros ensamblados sobre cuatro ruedas, capaz de recorrer con más o menos regularidad un trayecto más o menos largo, recibía el nombre de «coche» y alcanzaba en el mercado un precio exorbitante. Porque entonces la industria automovilística nacional no había pasado del «Biscúter», que no era todavía un coche de verdad, sino una especie de zapato con un poco de motor en el empeine.

»—¿Dónde vives? —me preguntó Manolo, después de conseguir que las piezas reunidas debajo del «capot» se pusieran de acuerdo para que el trasto anduviese.

»—Todavía, en el barrio de Miraconcha —contesté.

»—¿Por qué dices todavía? —le extrañó a él—. ¿Es que piensas mudarte?

»—De casa, no —aclaré—. Pero de mundo, puede que sí.

»Manolo no lo entendió y tuve que ampliar mi aclaración:

»—Desde hace algún tiempo no soy muy feliz en este mundo, y puede que me vaya al otro.

»—¿A cuál?

»—Al que hay después de la muerte, tonto.

»—¡Caramba!... ¿Y por qué?

»—Sería mejor que preguntaras por quién —le corregí, haciéndome la interesante.

»—¿Tiene alguien la culpa de tu infelicidad? —fue interesándose él.

»—Sí —suspiré, mirándole intensamente.

»—¿Quién?

»—Tú.

»—¿Cómo? —exclamó Manolo, volviendo la cara hacia mí.

»Y tanto tiempo la volvió, que casi nos salimos de la calzada y nos estrellamos contra un tamarindo de la acera. Yo permanecí indiferente ante el peligro, porque no podía asustarme un simple choque si acariciaba la idea de quitarme la vida.

»—No digas bobadas —rechazó él cuando, gracias a un brusco volantazo, pudo evitar que nos diéramos un tamarindazo.

»—No son bobadas, amor mío —insistí muy seria—. ¿Es que no te has dado cuenta de que estoy loca por ti?

Beatriz clavó en su madre unos ojos enormes, redondeados por la perplejidad.

—¡Pero, mami! —interrumpió sin poder contenerse—. ¿De veras le dijiste eso?

—Sí, hijita —confirmó doña Alicia—. Era la primera fase de mi plan.

—Entonces, ¿fuiste tú la que se declaró?

—¡Qué remedio! En la estrategia amorosa, lo mismo que en la militar, la táctica adecuada es emprender la ofensiva cuando se quiere conquistar una posición.

—¿Y cómo reaccionó él? —quiso saber Beatriz.

—¿El enemigo? —continuó doña Alicia empleando términos militares—. Al principio creyó que yo había bebido demasiado durante la fiesta. Dejé que se lo creyera, hasta que puse en práctica la segunda fase del plan. Fase que consistía en que me llevara a dar un paseo en el coche antes de dejarme en casa.

»—Pero es tardísimo —objetó él, consultando su reloj—. Son las cuatro y cuarto de la madrugada.

»—Es tarde con relación a ayer —razoné yo—, pero temprano con relación a hoy. Y prefiero que me dé un poco el aire para despejarme.

»—Está bien —accedió tu futuro padre—. Pero prométeme que no dirás más tonterías.

»Se lo prometí para tranquilizarle, y le propuse que fuéramos a dar una vuelta por el puerto.

»—Huele mucho a pescado —dijo él arrugando la nariz.

»—Mejor —insistí yo—. Si de veras crees que he bebido mucho, un olor desagradable y fuerte me despejará más de prisa.

»No quiso seguir discutiendo, y condujo su cacharro hasta el puertecillo pesquero que hay en la parte antigua de San Sebastián, al pie del Monte Urgull. Olía a pescado,

naturalmente, que es a lo que suele oler en esos sitios; porque lo raro sería que un puerto pesquero, oliese a vaca. Algunos pescadores se dirigían por el muelle hacia sus embarcaciones, para zarpar al amanecer. El olor lógico y previsto por Manolo era bastante nauseabundo. El cachito de mar aprisionado en el puerto estaba completamente inmóvil, y sus aguas parecían tan espesas y negras como el alquitrán. En el cielo se preparaba un día nublado, pero no lluvioso. Algunos barcos tenían faroles encendidos, a cuya luz brillaban como peces los adoquines del muelle, húmedos y resbaladizos.

»Manolo detuvo el motor, que le agradeció la parada con unos conmovedores resoplidos de fatiga.

»—Hemos llegado —me dijo, satisfecho de la proeza que acaba de realizar su coche—. ¿Te encuentras mejor?

»—A tu lado —respondí—, siempre me encuentro bien.

»—Gracias, guapa. Eres muy amable.

»—No es amabilidad —negué arrimándome a él y mirándole con los ojos entornados—, sino la pura verdad. Ni yo misma sé lo que me ha ocurrido.

»—Yo sí lo sé —sonrió él, dándome unos irritantes cachetitos paternales—: que un gamberro reforzó el «cup» de la fiesta con tres litros de coñac, y has agarrado una chufa de bigote.

—Puedes imaginarte, hija mía, el rudo golpe que sufrió mi sensibilidad al oír aquello.

—¿Lo de chufa? —preguntó Beatriz.

—Lo de chufa —corroboró su madre—. Ver que tu príncipe azul vapulea los sentimientos más románticos de tu joven corazón y atribuye el origen de tu amor purísimo a una «chufa de bigote» es como para desanimar a cualquiera. Pero como yo sabía que para ganar una guerra es necesario saber perder alguna batalla, me mantuve en pie después de aquella bofetada moral e inicié la tercera fase de mi plan estratégico.

»—Está bien —dije echándole dramatismo a mi voz—. Si de veras es eso lo que piensas, adiós.

»Y abrí la portezuela del coche.

»—¿Adónde vas? —me preguntó él.

»—¿Qué más te da? —contesté mientras me apeaba—. Puesto que no te importo en absoluto...

»Me puse delante del coche, y empecé a andar en línea recta hacia el final del muelle. Manolo debió de creer que mi intención era dar un paseo para que se me despejara «la chufa». Y como los faroles de los barcos atracados daban poca luz al muelle, encendió los faros del coche para iluminarme el camino.

»Seguí avanzando sin volverme, en el centro de los dos haces luminosos, hasta

que llegué al borde del agua. Manolo supuso que al llegar allí, yo daría media vuelta para regresar. Era lógico, ¿verdad?

—Desde luego —estuvo de acuerdo Beatriz.

—Pues ¡imagínate la sorpresa que se llevaría cuando vio que en vez de girar para volver al coche, me inclinaba para tirarme al agua!

—¿Es posible? —se sorprendió también su hija.

—Y tanto —confirmó doña Alicia—. Era el remate previsto de la tercera fase: arrojarme al mar de cabeza, para poner fin a mi triste vida de mujer enamorada y desdeñada.

—¡Pero, mamá! —exclamó Beatriz, perpleja—. ¿De veras querías suicidarte?

—De veras, no: de mentirijillas. Pero para hacer picar a un Manolo tan alérgico al anzuelo, las pequeñas mentiras que le eché como carnada tenían que parecer verdades como puños. Y por eso no vacilé en echar a perder mi mejor traje de noche. Porque puedes imaginarte cómo se quedó el *lamé* del corpiño, el «organdí» de las mangas y el «guipur» de la falda, cuando salí de aquellas aguas sucias, saladas y aceitosas.

—¿Y cómo saliste?

—Pareces tonta, hija. Pues como estaba previsto en mi plan: Manolo me sacó.

—¡Ah!, ¿sí?

—¡Claro! También a él se le hizo puré su *smoking* nuevo, que había estrenado en la fiesta de aquella noche. Pero no tuvo más remedio que correr a chapuzarse cuando yo me chapucé, para salvarme. Aunque él nunca supo que su salvamento fue puramente teórico, porque yo nado como un pez y no corrí peligro en ningún momento. Incluso le ayudé a que me salvara sin que se diera cuenta; porque las oposiciones a notarías que Manolo estaba preparando en aquella época, no exigen a los opositores conocer la técnica del salvamento de náufragos. Y si yo no llego a poner algo de mi parte, puede que con sus chapoteos nos hubiésemos ahogado los dos.

—¡No salgo de mi asombro! —volvió a exclamar Beatriz, mirando a su madre con admiración.

—Pues ya puedes salir —dijo doña Alicia—, porque eso fue todo lo que pasó.

—¿Cómo es posible que un hombre como papá, tan formal y bonachón, te obligara a hacer una comedia tan peligrosa?

—Él no me obligó. Pero si yo no llego a hacerla por mi cuenta y riesgo, no le hubiera pescado.

—Y para pescarle —resumió la chica—, como se dice vulgarmente, te jugaste el tipo.

—¡Y de qué manera! —admitió la madre—. Pero era necesario. Porque, como se dice vulgarmente también, no se pescan truchas a bragas enjutas. Y tu padre no era un trucho fácil.

—¿Qué ocurrió después?

—Lo que yo había previsto —sonrió doña Alicia—: que todo fue como una seda. Tu padre se quedó emocionadísimo Y orgullosísimo también de haber provocado una pasión tan fulminante. A sus ojos dejé de ser una chica como las demás, para convertirme en la heroína que estuvo a punto de morir por él. Y tanta admiración llegó a sentir por mí, que nos casamos a los dos meses. Él se dio importancia diciendo que se casaba para evitar que yo volviera a suicidarme por su culpa, pero a mí no me importó. ¿Qué importa lo que pueda decir un pez cuando tú ya lo tienes en el bote?

—Pero —comentó Beatriz, pensativa—, ¿tú crees que esos procedimientos son también aplicables en estos tiempos?

—¡Pues claro que sí, hijita! —afirmó rotundamente la mamá—. Podrá variar el cebo y el anzuelo, según la época y las circunstancias. Pero lo que nunca cambiará, es ese deporte en sí.

—¿Qué deporte?

—La pesca del Manolo. De manera que si te parece, estudiaremos tu caso con más detenimiento.

—Mi caso es completamente distinto —mover la cabeza Beatriz, deprimida—. Sigo creyendo que nuestras generaciones son diferentes.

—Claro —reconoció su madre—. Pero también los procedimientos lo son. Tu abuela Damiana, por ejemplo, no siguió con su Manolo la misma táctica que yo.

—Pero ¿cómo? —se asombró la chica—. Entonces, ¿también la abuelita...?

—¡Pues claro, rica! Y la bisabuelita. Y la tatarabuelita. Esto viene ocurriendo, poco más o menos, desde que empezó la Historia Universal. Y si no pregúntaselo a tu padre, que se la sabe al dedillo desde el primer rey goda al último Borbón.

Cuando doña Alicia decía esto, entraba en el cuarto don Manuel. El padre de Beatriz era un hombre canoso y serio, como todos los notarios, que se pasaba el día cambiándose dos pares de gafas (según quisiera ver de cerca, o de lejos).

—¿Qué es lo que quieres que me pregunte? —dijo poniéndose las gafas de lejos para ver a su mujer.

—Estábamos discutiendo una cuestión histórica —contestó ella.

—¿De qué siglo? —quiso concretar don Manuel.

—De todos. Pero no creo que haga falta preguntarte nada, porque me parece que Beatriz ya está bastante convencida. ¿Verdad, niña?

—Pues sí —dijo la niña—. Pensándolo bien, después de todo lo que me has contado...

—¿Qué es lo que te contó? —dijo su padre.

—Estuvimos recordando cosas del pasado —explicó doña Alicia—, y empezando a hacer un plan para el futuro.

—¿Plan? —repitió el notario—. ¿Qué clase de plan?

—Por favor, mamá —intervino Beatriz—: preferiría no hablar de esto delante de papá.

—No te preocupes —dijo la señora, levantándose—. Le dejaremos aquí leyendo su periodiquito, y nos iremos a tu cuarto para seguir hablando. Estas cosas conviene estudiarlas y planearlas bien, para que no fallen.

—Pero ¿qué es lo que estáis planeando? —preguntó don Manuel sin demasiado interés, cambiándose de gafas para leer el periódico.

—Cosas de mujeres que tú no entenderías —dijo doña Alicia, dirigiéndose a la puerta—. Ven, Beatriz.

—Voy, mamá —la siguió su hija.

—¿Adónde vais? —preguntó el notario, dirigiéndose al sofá que ellas habían dejado libre, para ocuparlo él.

—¿Que adónde vamos? —dijo doña Alicia desde la puerta—. ¡Vamos a pescar Manolos!

—¿Manolos? —murmuró don Manuel—. No sé qué habrá querido decir. Alguna tontería seguramente. Las pobrecitas mujeres son tan ingenuas, tan inocentonas...

Y encogiéndose de hombros, empezó a leer el periódico.

MARGARITA GUTIÉRREZ

LA ATMÓSFERA DEL CAMARÍN era sofocante. Como la de todos los camarines en general. Porque los arquitectos, cuando construyen un teatro, olvidan siempre que este espectáculo se hace a base de artistas. Y los artistas son seres más o menos humanos que, antes de salir al escenario, necesitan un sitio para realizar algunos preparativos: desnudarse, vestirse, lavarse, teñirse, pintarse, e incluso etcétera.

Para estos menesteres y algunos más, se crearon los camarines en la arquitectura teatral; aunque los señores arquitectos —sistemáticamente y sin que puedan comprenderse las razones del lapso— se obstinan en omitirlos al trazar sus planos. Sólo cuando la construcción del teatro está ya muy avanzada, se dan cuenta de este olvido garrafal. Y como no es cosa de derribar todo lo ya construido para subsanar el error, meten los camarines donde pueden. Que suelen ser los huecos más inverosímiles.

A esto se debe que si pretendemos saludar en un entreacto al actor amigo que nos regaló la butaca para ver la función, nos hagan bajar por escalerillas angostas y corredores tortuosos. Hasta unas catacumbas increíbles en las que no parece que puedan encontrarse artistas actuales preparándose para salir a escena después del descanso, sino antiguos cristianos preparándose para subir al cielo después del martirio.

A nadie debe extrañarle, por lo tanto, que la atmósfera del camarín ocupado por Margarita Gutiérrez fuera sofocante. A pesar de que Margarita Gutiérrez era la primera *vedette* del espectáculo, y aquel teatro el más moderno de la capital. Pero tampoco allí el arquitecto se había acordado de incluir los camarines en los planos, y a última hora tuvo que meterlos en el túnel de una vieja alcantarilla que apareció por chiripa al excavar los cimientos del edificio. Y aunque el pedazo de alcantarilla destinado a la *vedette* era el mayor de aquel túnel siniestro, estaba tan mal ventilado como todos los demás.

Dentro de aquel camarín reinaba el desorden que rodea siempre a las grandes figuras del llamado «género frívolo»: vestidos aparatosos y deslumbrantes, a base de plumas y lentejuelas, cubrían las paredes y los muebles. Incluso encima del tocador, entre los botes y frascos de afeites y maquillajes, podía verse un zapato de raso, tres medias de seda y unas bragas de *lamé*.

Acababa de caer el telón que ponía fin a la primera parte del espectáculo. Hasta el túnel de los camarines llegaban, como el rumor de un oleaje lejano, los aplausos que habían estallado en la sala.

Dentro del camarín de la *vedette*, doña Pura preparaba los vestidos que Margarita luciría en la segunda parte. Y la pobre mujer, que además de sus añitos también tenía sus kilitos, sudaba lo suyo.

Poco después se abrió la puerta con una brusquedad insólita. Y la señorita Gutiérrez, primerísima figura de la compañía, entró echando lumbre por los ojos. Bastará decir para definirla que era «escultural», como la adjetivaban los carteles colocados a la puerta del teatro, pero mucho menos fría que cualquier escultura.

—¡Sabotaje! —exclamó al entrar, cerrando después la puerta con un airoso puntapié—. ¡Ya no me cabe duda! ¡Eso es sabotaje! ¡Y un sabotaje descarado, porque me quieren hundir! ¡Me quieren hundir, mamá!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó doña Pura, iniciando la laboriosa operación de enderezarse después de haberse agachado a coger unos zapatos.

—Pues que en el final del primer acto —explicó Margarita yendo a sentarse en la banqueta frente al tocador—, la orquesta no me ha seguido. ¡Figúrate! Yo me fui por un lado, y ella por otro.

—Bueno —dijo doña Pura, terminando de alcanzar la línea vertical—: eso no es la primera vez que pasa, hija.

—¿No? ¿Qué quieres decir?

—Que tú nunca te has llevado bien con ninguna orquesta. Ni con la música en general.

—Supongo —gruñó Margarita— que no estarás dándoles la razón a los críticos, que dicen que tengo menos oído que un percebe.

—No. Lo que yo digo es que tienes un oído muy independiente, y a veces te vas por los cerros de Úbeda.

—Es natural —recalcó la *vedette*, quitándose ante el espejo un moño postizo en el que iban clavadas varias plumas de avestruz—. Yo me voy por donde quiero, porque para eso soy la primerísima figura. Y la obligación de los demás es seguirme a donde yo vaya. Incluso a los cerros de Úbeda. ¿Está claro?

—Sí, hijita —acató la mamá.

—Y el maestro me va a oír —continuó desahogándose la Gutiérrez—. Porque le ordené que viniera a verme en cuanto acabara el primer acto. ¡Mira que hacerme quedar mal hoy precisamente! ¡Hoy, que ha venido Armando a ver la función! En el palco número tres está él. ¡El amor de mi vida! ¿Qué habrá pensado de las pifias que he cometido por culpa de la orquesta? Se la va a cargar ese maestrillo, que no sabe dirigir como es debido. Para algo soy yo la que paga la compañía.

—¿Tú? —dijo doña Pura, con cierta duda.

—Bueno: yo directamente, no. Pero el que paga es el señor Carrasco, que viene a ser igual. Porque todo el mundo sabe lo amiga que he sido del señor Carrasco, hasta que conocí a Armando. De manera que aquí se hace mí santa voluntad.

—Será mejor que digas tu voluntad a secas —aconsejó doña Pura—. Porque de santa no tiene nada.

—¿Sabes, mamá, que últimamente te estás volviendo bastante respondona? —

dijo la *vedette* en tono agresivo—. Te aconsejo que tengas cuidado, no sea que me harte y te mande a ti también a los cerros de Úbeda.

Unos golpes en la puerta pidiendo permiso para entrar, precedieron a la entrada del maestro que dirigía la orquesta. Se notaba que era músico en su melena, ya poco frondosa y muy canosa, pero tan alborotada como la de los grandes compositores clásicos. (Y modernos, ahora que me acuerdo, porque melenudos son también «los Beatles» y todos los que hoy componen música.)

—Buenas noches —saludó el maestro desabridamente, acercándose al tocador de Margarita—. ¿Quería usted verme?

—Sí —contestó ella—, porque ahora va usted a oírme.

—¡Por favor! —suplicó él, tapándose las orejas con las manos—. ¿Ahora también? ¿No le parece que ya la oigo bastante durante las dos funciones diarias? Si lo que quiere es seguir torturándome...

—Lo siento —dijo la *vedette*—, pero tengo que hablar con usted.

—¡Ah, bueno! —dijo el músico, aliviado—. Si sólo quiere hablar... Temí que quisiera cantar.

Margarita Gutiérrez no hizo caso de esta impertinencia, y arremetió contra él con voz aguda:

—¿Quiere explicarme lo que ha pasado hoy con el «merengue» final del primer acto? ¡Un «merengue» que siempre me sale redondo, y en el que siempre he tenido tanto éxito!

—Va usted a permitirme que le diga, como músico y con perdón del autor, que ese «merengue» es una porquería. Pero si encima usted se equivoca y lo aplasta...

—¿Cómo? —se indignó la *vedette*—. ¿Que yo aplasto el «merengue»?

—De tal forma —concretó aún más el maestro—, que lo deja completamente deformado. Porque en la partitura se llama «Merengue en mi menor», y usted lo ataca en «sol mayor».

—Eso de que lo ataco no será una indirecta, ¿verdad?

—Pues sí —se envalentonó él—: porque lo ataca y lo destruye. No se puede iniciar en «sol mayor» un «merengue» que está escrito en «mi menor». ¿Lo ha comprendido?

—No —dijo ella, que estaba tan pez en técnica musical como puede estarlo una merluza.

—Pues está más claro que el «sol mayor» —remachó el maestro—. Para una persona que tenga dos dedos de tímpano, naturalmente.

—¿Insinúa usted que mi hija no tiene oído? —intervino doña Pura, ofendida, considerándolo un deber del puesto de madre que ocupaba.

—Puede que lo tenga guardado en un cajón —admitió el músico—. Pero nunca se lo pone para salir al escenario.

—¡Eso es una grosería que no le pienso tolerar! —le amenazó la *vedette*.

—Eso es una realidad que tiene usted que aceptar —replicó él, muy tranquilo.

—¡Será mejor que mida sus palabras, maestro! —subió el tono Margarita, furibunda.

—Sería mucho mejor que usted midiera sus notas, discípula —fue enfadándose el músico también—. Aunque no sé por qué la llamo discípula, porque aún no he logrado que aprenda nada. Y va a permitirme que me retire, porque usted y yo no tenemos nada que hablar.

Y el maestro se dirigió a la puerta, añadiendo todavía:

—Me basta con aguantarla cuando tiene que cantar.

—¡No me aguantará mucho tiempo —le anunció la *vedette*—, porque hablaré con el señor Carrasco para que me busque un maestro menos chinche!

—Temo que no lo va a encontrar —dijo el músico abriendo la puerta—. Aunque, en realidad, para una cantante como usted y para una música como la de esta revista, le serviría igual un maestro de obras.

Sin esperar la réplica de Margarita, salió muy digno del camarín.

—Pero ¿tú has oído, mamá? —estalló la artista—. ¡Semejante musiquillo!... ¡Decir que yo aplasto el «merengue»!... ¡Huy, madre!... ¡Qué nervios me ha puesto!... ¡Dame algún cacharro que pueda romper!... ¡Pronto, que voy a estallar!... ¡Date prisa! ¡Algo que no valga mucho, para que luego no me dé pena haberlo roto!

De una reserva de recipientes inservibles que guardaba para estos ataques nerviosos, doña Pura eligió un gran frasco de colonia vacío y se lo dio a la *vedette*.

Cuando el frasco fue estrellado contra el suelo, doña Pura recogió los picos de la estrella de cristales que alcanzaron a todos los rincones del camarín.

—¿Estás ya más tranquila, hija?

—No del todo. Me haría falta romper una cacharrería completa. ¡Precisamente hoy, cuando Armando viene al teatro, la obra está saliendo desastrosa!

—No te preocupes —trató de consolarla doña Pura—. Según los críticos la obra fue un desastre completo desde que salió de la pluma del autor.

—Pero tiene números muy majos. Y aparte del «merengue», que hoy salió hecho una plasta, en el pasodoble del fútbol nadie ha dado pie con bola.

—Es raro —se hizo la graciosa doña Pura—. Porque siendo el balón la base del numerito, lo natural es que siempre salga redondo.

—Pues hoy el bailarín se equivocó tres veces.

—¿Qué bailarín?

—Mario Contreras —explicó la *vedette*—. Ese que, para abreviar, llamamos en la compañía Mari-Con. Como está liado con el apuntador, y desde ayer hacemos la obra sin concha, cuando sale al escenario y no ve a su novio se pone nervioso. Tendré que hablar con el señor Carrasco, para que le eche también.

—Si el señor Carrasco te hiciera caso —comentó doña Pura—, y echara a todos los que tú propones, hace tiempo que estarías haciendo la obra tú sola.

—¿Y qué? —se encogió de hombros Margarita—. Al fin y al cabo yo no necesito a nadie, porque el público sólo viene a verme a mí.

—Tienes razón. También yo estoy convencida de que no necesitas a nadie —dijo la señora gorda—. Y por eso me voy a marchar.

—¿Cómo? —exclamó la artista, perpleja—. ¿Qué quieres decir?

—Que desde mañana te vas a quedar huérfana. Porque sintiéndolo mucho, voy a dejar de ser tu madre.

—¡Vaya por Dios! —dijo la señorita Gutiérrez, contrariada.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? —se dolió doña Pura.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que rompa a llorar, para que se me chafe el maquillaje y no pueda salir a escena cuando empiece el segundo acto?

—Tanto como eso, no. Pero al menos podrías emocionarte un poco. Madre, al fin y al cabo, sólo tienes una. Aunque sea tan postiza como yo.

—Pues sí voy a sentirlo —confesó Margarita después de pensarlo un momento—. La verdad es que me has sido muy útil desde que te tomé de madre para todo.

—Gracias, hija. También yo te echaré de menos después de haber trabajado contigo durante tres años. ¿Te acuerdas de cuando debuté en el papel de mamá tuya?

—¡Ya lo creo! —recordó la escultural—. Fue poco antes de que yo conociera al señor Carrasco. Me di cuenta de que en esta profesión, para abrirse camino, una chica no puede ir sola. Del mismo modo que un torero necesita el apoyo de un apoderado, una *vedette* tiene que apoyarse en una madre. Sin madre, se queda una en corista para toda la vida. Y como yo perdí a la mía siendo muy niña, tuve que contratar una artificial. Lo que yo no sabía entonces, es que el truco de la mamá artificial no se me había ocurrido a mí.

—¡Claro que no, rica! —se echó a reír doña Pura—. Es tan viejo como el argumento de una revista musical. Casi todas las *vedettes* que hoy están en candelero, y muchas otras que aspiran a estarlo, han recurrido a él. Algunas, como tú, porque eran huérfanas de verdad y no tenían otro remedio. Pero la mayoría porque las madres verdaderas no suelen reunir las condiciones adecuadas para ocupar la plaza.

—¿Tan difícil es ser «mamá de *vedette*»?

—Difícilísimo. Es un oficio para el que se requieren aptitudes y experiencia. Por eso las chicas ambiciosas prefieren dejar en casa a sus madres fetén y contratar los servicios de una «mamá profesional». Resulta más caro, evidentemente, pero es también mucho más eficaz. Y si no, que te lo digan a ti. ¿Qué eras tú antes de que yo te amadrinara? Una vicetiple ambiciosilla que sólo sabía levantar las piernas, pero que no levantaba cabeza. Una de las anónimas «20 bellezas, 20» que vivía en pensiones y cenaba bocadillos, porque no podía pagarse un buen hotel ni una comida

caliente.

—Bueno, mujer —trató de cortar Margarita—. No sé a qué viene sacar a relucir ahora toda mi historia.

—Para que recuerdes lo que hice por ti y no me digas adiós tan fríamente —insistió doña Pura—. Porque en cuanto yo te amadriné, empezaste a subir como la espuma. En cuanto el señor Carrasco observó que llegabas al teatro con tu mamá, se fijó en ti. A los hombres les gustan las dificultades, y nada los atrae tanto como una cachorra defendida por la leona de su madre. A partir de aquel momento, mi trabajo fue coser y alcahuetear.

—¡Por favor, mamá! —protestó la *vedette*—. Hablas de una manera...

—Para que te des cuenta de todo lo que te ayudé y me agradezcas los servicios prestados. Pero tú eres como todas las hijas transitorias que he tenido en mi carrera de madre profesional: en cuanto llegáis a *vedettes*, se os suben a la cabeza esas plumas y sombreros aparatosos que os ponéis para salir a escena. Y empezáis a consideraros unas diosas, olvidando a todas las personas que os ayudaron a subir.

—No te hagas la mártir —se defendió Margarita—, porque tu ayuda no fue desinteresada. Te he pagado el veinte por ciento de mis ingresos, y una dieta mensual para gastos de representación.

—Nada del otro jueves.

—¿Cómo que no? ¡Menudo pellizco le pegabas a mi sueldo!

—Eso es lo que cobramos habitualmente las de mi oficio —puntualizó la señora gorda—. Aunque no existe un sindicato de madres falsas para artistas, tenemos una reglamentación laboral oficiosa. Y hasta un montepío particular, para hacer frente a la vejez y a la ingratitud de nuestras «hijas». Porque todas nuestras hijas, como ya te he dicho, nos salen ranas.

—Yo te he pagado todo lo que me pediste —protestó la Gutiérrez—. De manera que no puedes llamarme ingrata.

—Todavía no, pero lo serás en cuanto te afiances en la posición a la que has llegado —suspiró doña Pura—. Siempre ocurre igual. A una madre contratada se la quiere mientras se la necesita; pero luego, cuando se llega a la cumbre se la echa y se la olvida. Por eso yo, que ya tengo experiencia en estas cosas, me voy antes de que me echés tú.

—Haz lo que quieras —se encogió de hombros la Gutiérrez—. Si ya lo has decidido, supongo que sería inútil intentar hacerte cambiar de opinión.

—Completamente inútil —confirmó doña Pura—, porque nuestro convenio ya no tendría utilidad para ninguna de las dos: ni tú podrías sacarme más provecho a mí, ni yo podría seguir aguantándote a ti.

—¿Tan inaguantable soy? —se dolió Margarita.

—Empezaste a serlo en cuanto te concedieron el título de *vedette*. Pero no creas

que eres una excepción. A todas las chicas que luchan desde abajo para llegar arriba, les ocurre lo mismo: en cuanto alcanzan la cumbre, no las soportan ni sus madres verdaderas. Se vuelven caprichosas, histéricas, dominantes, estúpidas... En resumen: les salen a relucir los defectos de su mala educación inicial, que permanecieron escondidos mientras dedicaban todo su tiempo y su esfuerzo a la lucha por el triunfo. Y eso mismo te ha pasado a ti.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

—¡Claro que no hay de qué! —se enfurruñó Margarita—. No pensarás que voy a agradecerte en serio todas las impertinencias que me has dicho.

—Aunque sólo haya sido para ti una madre temporal, creo que tengo derecho a decirte unas cuantas verdades antes de marcharme.

—Y ¿adónde piensas ir? —curioseó la *vedette*.

—Ya tengo colocación.

—¿Es posible?

—¡Pues claro, monina! Muchachas ambiciosas sois muchas, pero «mamás» expertas somos pocas. Y estamos muy solicitadas. He encontrado una «hija» que me conviene mucho: me paga mejor que tú, y reúne condiciones para triunfar muy parecidas a las tuyas.

—¿Sí? ¿Y qué condiciones son esas?

—Es guapa, no es virgen y tampoco es actriz —concretó doña Pura—. El único defecto que tiene, es que ha dado clases de música y sabe cantar. Pero confío en que se le olvidará en cuanto estrene unas cuantas revistas a base de «mambos» y «merengues».

—Deseo que seas feliz en tu nueva colocación, y que tu nueva «hija» tenga éxito.

—Eso no es verdad que lo desees, pero es bonito que lo digas.

—Te juro que lo digo sinceramente —aseguró Margarita—. Desde que me enamoré de Armando, me gusta que todo el mundo sienta la misma felicidad que yo. El amor me ha transformado. ¿Me creerías si te dijera que ya no siento envidia cuando triunfa otra *vedette*?

—No —confesó doña Pura.

—Pues puedes creerme. Ayer, sin ir más lejos, leí las críticas que ponían por las nubes el espectáculo de Diana López.

—¿Ese que se llama «La Belle Époque»?

—Sí. No dudo que estará muy bien, porque Diana ya había debutado en esa época y se la conoce al dedillo. Pero no me molestó que todos los periódicos elogiaran su actuación. Incluso me alegré de que esa vieja gloria gane algún dinero, para que no se muera de hambre en los pocos años de vejez que le quedan.

—Pues si es verdad que te alegraste, no cabe duda de que el amor te ha

trastornado.

—Me ha hecho mejor —se analizó Margarita—: más bondadosa, más caritativa, más humana...

—Me alegro —dijo su ex mamá—; porque así me iré con la conciencia más tranquila, sabiendo que te dejo en buenas manos.

—¡En las mejores manos del mundo! —se entusiasmó la *vedette*—. En unas manos cuyas caricias me vuelven loca, y que deseo con todo mi corazón que no me suelten jamás.

—¡Qué poética te has vuelto, concho! —se asombró la gorda—. ¿Tanta importancia tiene para ti ese pollastre?

—Armando no es ningún pollastre —le defendió la Gutiérrez—: es, para que lo sepas, el hombre de mi vida.

Llamaron en aquel momento a la puerta del camarín.

—Ahí debe de estar —dijo doña Pura.

—¿Quién?

—El hombre de tu vida.

—Si fuera él —rogó Margarita—, haz el favor de dejarnos solos.

—Pierde cuidado —prometió doña Pura yendo a abrir—. Ya sabes que vuestras escenas amorosas no las soporto. Me empalagan hasta darme náuseas.

Y abrió la puerta.

—¡Margarita! —dijo un joven alto y bien vestido, precipitándose en el interior del camarín.

—¡Armando! —replicó la artista, levantándose y yendo a su encuentro.

Se abrazaron mientras doña Pura salía al pasillo murmurando una excusa que la pareja no escuchó.

—¿Cómo has tardado tanto en entrar a verme? —le reprochó ella, apretando aún más el abrazo.

—Tuve una pequeña bronca con un espectador del palco de al lado —explicó él sonriendo, para quitarle importancia al incidente—. No me explico por qué en este país, donde abundan las prohibiciones, no se prohíbe la entrada en los teatros a los imbéciles.

—Pero ¿qué pasó?

—Que ese cretino, al terminar el primer acto, hizo en voz alta unos comentarios groseros e impertinentes.

—¿Qué es lo que dijo? —quiso saber la *vedette*.

—Que la obra es un asco, pero que tú estabas muy buena.

—Hiciste bien en enfadarte —le dio la razón ella—. Es una grosería imperdonable hablar tan mal de la obra.

—Y de ti.

—¿Dijo algo malo de mí?

—Que estás muy buena —repitió Armando—. Si te parece poco...

—Me parece poco, en efecto, porque pudo decir que estoy estupenda.

—Exactamente —estuvo de acuerdo él—: estupenda como actriz, como cantante y como bailarina. Y éstas son las razones más importantes de tu éxito en el escenario.

—¿Tú crees? —preguntó Margarita con cierto escepticismo.

—¡Pues claro! —aseguró su novio—. Eres una artista de pies a cabeza, y lo demás no cuenta.

—Tanto como eso... —se ofendió un poquito ella, pensando que entre sus pies y su cabeza había cosas que también contaban.

—Los encantos de una intérprete —sentenció Armando— no deben influir a la hora de enjuiciar su arte. Eso fue lo que le dije a ese imbécil. ¿Y sabes cómo reaccionó?

—Supongo que te mandaría a freír espárragos.

—Pues sí —se asombró él—. ¿Cómo lo sabes?

—Conozco a mi público —dijo Margarita suspirando.

—No creas que todo tu público es tan ordinario y falto de sensibilidad. Hay una minoría que sabe admirar tus cualidades interpretativas.

—Gracias, Armandito —se emocionó ella—. Pero mucho me temo que esa minoría está compuesta por un solo admirador: tú.

—Estás muy equivocada —protestó él—: Me consta que no soy el único que piensa así.

—¿No? —continuó el escepticismo de ella—. ¿Podrías citarme a alguien que comparta tu opinión?

—¡Ya lo creo! —respondió Armando con vehemencia—. Sin ir más lejos, mi padre.

—¿Cómo? —le miró Margarita, sorprendida—. ¿Has dicho tu padre?

—Sí —confirmó su novio—: don Eduardo del Val, fundador del Banco Del Val; promotor de grandes empresas y también autor de mis días.

—Pero ¿tu padre me ha visto trabajar?

—Te está viendo hoy.

—¿Sí? —volvió a emocionarse la artista—. ¿Entonces, ese señor que está contigo en el palco...?

—Es él.

—¡Mi madre!

—No: mi padre.

—Pero yo exclamo «¡mi madre!», porque estoy desolada. ¡Con lo mal que hoy está saliendo la función!

—¿Mal? —se extrañó Armando—. ¡Pero si a mí me está pareciendo una

maravilla!

—A ti claro, porque te ciega el cariño que me tienes —dijo Margarita agradecida, dándole en la cara unos afectuosos cachetitos—. Pero tu padre, que tendrá los ojos bien abiertos, ¡cualquiera sabe lo que estará pensando!

—Lo sé yo, porque él mismo me lo ha dicho.

—¿Sí? —se echó a temblar ella.

—Piensa que tienes unas facultades exuberantes.

—¿En qué sentido? —quiso aclarar la Gutiérrez, suspicaz—. Porque eso mismo lo escribió de mí un crítico, y se refería a mi busto.

—¡Por favor, Margarita! —protestó Armando—. Papá es un hombre serio y emplea las palabras sin segunda intención. Cuando elogia la exuberancia de tus facultades, él se refiere a tus dotes, y no a tus... bueno, ya me comprendes.

—Eso me tranquiliza bastante. Pero a poco estómago que tenga, el «merengue» no se lo habrá tragado.

—Pues creo que se lo tragó, porque no me hizo ningún comentario. Ten en cuenta que papá no entiende mucho de música moderna. Como el último espectáculo musical que vio fue el de *La Traviata*...

La Gutiérrez pensó que *La Traviata* debía de ser una *vedette* ya vieja y retirada, porque ella nunca la había oído nombrar. Pero no quiso pedir ninguna aclaración, por miedo a que su novio la llamara inculta.

—¿Tampoco se dio cuenta tu padre del cachondeo que hubo en el número del fútbol?

—Tampoco —siguió tranquilizándola su novio—. Estaba tan interesado observándote, que todo lo demás le tenía sin cuidado.

—Y aparte de ese piropo a mis facultades, ¿no te dijo nada más de mí?

—Me dijo algo muy significativo —se le iluminó la cara a Armando—, y que puede ser de gran trascendencia para nuestro porvenir.

—Suéltalo de una vez —se impacientó Margarita.

—Que al verte comprendía mi pasión por ti, y que me felicitaba porque tú me correspondieras. ¿Te das cuenta, amor mío? ¡Eso significa que mi padre aprueba nuestras relaciones!

—Es una buena noticia, desde luego —reconoció ella.

—Tan buena —continuó él entusiasmado—, que aproveché la ocasión para contárselo todo.

—¿Todo? —se asustó ella—. ¿Quieres decir que le has contado todas las veces que me acosté contigo?

—Eso no, mujer. Sólo los planes que hemos hecho para el futuro: que en cuanto yo apruebe las oposiciones, tú dejarás el teatro y nos casaremos.

—¡Caramba! —aumentó el susto de ella—. ¿Se lo dijiste así, de sopetón?

—Me pareció el mejor sistema. Puesto que papá sabe que nos queremos y ha venido a conocerte, ya no es necesario andar con tapujos.

—De todas formas, debiste prepararle poco a poco —insistió ella.

—¿Por qué?

—Soltárselo así, a bocajarro, como un escopetazo... Puede que no le haya sentado bien.

—El escopetazo le hubiera sentado mal si mi padre fuese un conejo —razonó Armando—. Pero como es un hombre fuerte, inteligente y comprensivo, no le hizo ningún daño. Al contrario: me agradeció que le hablara con sinceridad.

—¿Y qué le pareció nuestro proyecto? —quiso saber Margarita, cuyo rostro dejaba traslucir bastante ansiedad.

—No le dio tiempo a decírmelo, porque en aquel momento empezó el descanso y tuve la bronca con el espectador del palco contiguo. Y cuando terminé de discutir, vine a verte.

—¿Y tu padre?

—En el palco se ha quedado. Me encargó que te anunciara que te quiere conocer. ¿Verdad que es un buen síntoma?

—Sí, claro.

—Vendremos a buscarte cuando acabe la función, y te lo presentaré.

—¡Qué emoción, chico!... Mira que si le caigo mal...

—Creo que si le sigues cayendo como le caíste desde que te vio aparecer en el escenario, te admitirá encantado como nuera.

—¡Dios te oiga, amor mío! —le abrazó ella—. Me preocupa tanto que puedan separarnos...

—¿Quién nos va a separar, tontina? —correspondió Armando al abrazo—. Mi padre sabe lo mucho que te quiero.

—Pero una cosa es que lo sepa y otra que permita que te cases conmigo.

—¿Y por qué no lo va a permitir? Estamos en el siglo veinte, y él es un hombre de ideas modernas. Ya pasaron los tiempos de las familias rancias, que se oponían a las bodas de sus hijos por prejuicios de clase. Aparte de que mi familia no tiene nada de rancia.

—¿No?

—¡Quia! Todo nuestro dinero es muy fresco: lo hizo papá, que empezó su carrera de «botones» en un banco.

—Pero ya sabes que en cuanto alguien llega a ser importante, se hincha como la rana de la fábula.

—Puedo asegurarte que mi padre no se ha hinchado en absoluto —la tranquilizó Armando—. Incluso admira a la gente que, partiendo de cero, lucha hasta conquistar una posición en la vida.

—Eso me puede favorecer —dijo Margarita, esperanzada—. Porque yo también me hice a mí misma.

—Y puedes sentirte orgullosa, porque te hiciste preciosa —la piropeó su novio—. Ese es otro tanto a tu favor que pesará en el ánimo de mi padre a la hora de decidir. De manera que no te preocupes, porque todo saldrá bien.

La puerta del camarín se abrió en aquel momento.

—Siento interrumpir —dijo doña Pura entrando—, pero la orquesta ya ha iniciado la obertura del segundo acto. Y aún tienes que mudarte de vestido, hija.

—Ya me voy —se despidió Armando—. Hasta luego, vida mía.

—Adiós, cariño —le ofreció una mejilla Margarita para que él se la besara.

—¡Vamos a empezar! —gritaba un hombre por el pasillo, mientras iba llamando a todas las puertas de los camarines.

—Saluda a tu padre de mi parte —dijo la *vedette* a su novio cuando él salía—. Y procuraré esmerarme en honor suyo, para que le guste la función.

—Lo importante es que le guste la *vedette* —sonrió Armando desde la puerta—, y eso me parece que ya lo has conseguido. Hasta después.

Y emprendió el regreso hacia su palco por aquellas catacumbas, cruzándose en el camino con un conjunto de cristianas en «bikini» que se dirigía al escenario, a enfrentarse con los leones del público.

—¡Vamos, ayúdame a vestirme! —dijo Margarita muy nerviosa a su «mamá»—. Y procura que no falte ni un detalle, porque hoy quiero lucirme más que nunca. ¡Tengo que actuar para un solo espectador, del que depende toda mi felicidad!

—¿Quién? ¿Armando?

—No, mujer: ¡mi futuro suegro!

* * *

Terminó la segunda parte del espectáculo, por la que desfilaron los tópicos típicos de todas las revistas musicales: el actor gracioso salió disfrazado de mujer, la *vedette* cantó unas canciones cuyas letras fueron ahogadas por el estrépito de la orquesta, y las vicetiples dieron unos cuantos paseítos por las tablas; paseítos que, por cierto, los programas llamaban pomposamente «coreografía».

Hubo como de costumbre un vistoso número final, en el que toda la compañía gritó de lo lindo entrapajada con sus mejores galas. Y Margarita Gutiérrez regresó al camarín, en el que doña Pura representaba por última vez su papel de madre.

—¡Qué exitazo, mami! —comentó la artista, satisfecha—. ¡En esta segunda parte he echado toda la carne en el asador, y el público se ha vuelto loco! El «mambo» de las frutas tropicales, en el que yo salgo vestida de papaya y el galán de mamey, he tenido que repetirlo. ¡Figúrate!

—¡No me digas! —se sorprendió la gorda—. ¿Ese «mambito» de nada?

—¡Ese mismo, que siempre pasó sin pena ni gloria! Pero estimulada por la presencia de Armando y su papá, me crecí. Y reforcé el ritmo con unos meneos adicionales que me valieron una ovación delirante. Creo que mañana tendré agujetas en la cintura, pero las doy por bien empleadas. El padre de Armando se habrá dado cuenta de que valgo y del éxito que tengo.

—¿Qué traje vas a ponerte para la entrevista? —preguntó doña Pura, abriendo un armario.

—El rojo de las mangas jamón, que me favorece horrores.

—Si me permites una sugerencia, opino que sería más propio uno más discreto. El rojo es demasiado escandaloso.

—Pero ¡si con él estoy despampanante! —protestó Margarita.

—A los padres de familia —rebatió la señora gorda—, no suele gustarles que sus nueras despampanen demasiado. Las prefieren recatadas y modosas. De manera que no pienses en despampanar, y ponte un trajecito sin escote. A ser posible negro, que resulta más austero.

—Puede que tengas razón —aceptó la Gutiérrez, empezando a desnudarse para ponerse el pacato modelito que doña Pura había elegido—. A estas cosas del casorio, conviene echarles formalidad. Podría ocurrir que, por exceso de despampanamiento, se asustara mi futuro suegro y me rechazase. Aunque de lejos, en algunas miradas de reojo que he dirigido al palco, no me ha dado la impresión de que sea un hombre muy severo. Incluso, por su forma de reírse y aplaudir, me ha parecido bastante cachondo.

—No te fíes —aconsejó doña Pura—. Las reacciones que haya tenido como espectador, pueden ser muy distintas a las que tenga como padre de su hijo.

—Pues dice Armando que le he caído muy bien.

—Y no lo dudo. Porque tú, como mujer, le caes bien a cualquier hombre.

—Gracias, maja.

—Eso nadie lo duda. Pero una cosa es salir a un escenario frívolo, y otra muy distinta entrar en una familia seria. De manera que ándate con ojo en la entrevista, y mide tus palabras para no meter la pata.

—Descuida. Me morderé la lengua para no soltar ningún «jolín» —prometió la *vedette*.

—Si sólo soltaras «jelines» no tendría demasiada importancia. Lo malo es que sueltes otras exclamaciones más fuertes de tu repertorio, a las que eres tan aficionada. Como por ejemplo «¡concho!», «¡gilipuertas!», o «¡jodó petaca!».

—Tendré muchísimo cuidado, ya verás. Y ahora haz el favor de marcharte, porque quiero estar sola cuando vengan. Puesto que desde mañana ya no estarás conmigo, me ahorraré muchas explicaciones no presentándote esta noche como mi madre.

—Tienes razón. Pero Armando ya me conoce. Tendrás que decirle algo cuando yo

desaparezca, ¿no te parece?

—Ya lo pensaré —aplazó Margarita su decisión en ese asunto—. A él solo quizá pueda decirle la verdad. Pero prefiero no iniciar mis relaciones con su padre contándole una mentira.

—De acuerdo —dijo doña Pura, recogiendo su bolso e iniciando el mutis—. También a mí me conviene ir pronto a casa, para preparar mi equipaje. Hasta luego, hijita. Ya me contarás. Que tengas buena suerte.

—Muchas gracias. Si todo sale bien, te daré una buena gratificación de despedida.

—Te lo agradeceré —dijo doña Pura yendo a la puerta—. Aunque mi nueva «hija» me pagará mejor, mis ingresos sufrirán alguna merma hasta que logre situarla.

Y salió del camarín.

Margarita Gutiérrez tuvo el tiempo justo para terminar de arreglarse y retocarse antes que sonaran unos golpecitos en la puerta.

—¡Adelante! —invitó, echándose una última ojeada ante el espejo.

Y entró un señor bastante alto, algo grueso quizá, pero aún de buen ver, con las sienes canosas y el perfil distinguido.

—¿La señorita Gutiérrez? —preguntó a Margarita, que avanzaba hacia él.

—Sí.

—Soy Eduardo del Val.

—Encantada de conocerle —dijo ella tendiéndole la mano y mirando hacia la puerta, que el visitante había cerrado después de entrar—. Pero... ¿y Armando?

—Se fue al acabar la función.

—¿Sí? —se desconcertó un poco Margarita—. Pues me dijo que entraría con usted.

—Ésa era su intención, pero yo le sugerí que se fuera.

—¡Ah!, ¿sí?...

—Me pareció más conveniente para todos que habláramos a solas usted y yo —dijo el señor Del Val, que tenía una voz suave y agradable—. Sospecho que en presencia de Armando no podríamos hacerlo con tanta libertad. ¿No opina usted lo mismo?

—¿Yo? Pues no sé. Puede ser. Si usted cree que así es mejor...

—Estoy seguro. ¿Puedo sentarme?

—¡Claro, no faltaba más! —se apresuró a ofrecerle un asiento Margarita; para lo cual tuvo que quitar del sofá el «mini-traje» que lucía en el número final de la obra, y un casquete con enorme penacho en la coronilla—. Perdone este desorden, pero ya sabe usted que en el teatro...

—No se preocupe, me hago cargo —sonrió condescendiente el padre de Armando mientras se sentaba—. Sé que la vida teatral es algo desordenada, pero apasionante. También yo, en mi juventud, hice mis pinitos en las tablas.

Al oír aquello, a Margarita le vino a la boca un «¡jolín!» como la copa de un pinito. Pero pudo tragárselo a tiempo y sustituirlo por un «¡caray!». Y como la *vedette* consideró que con esta confesión del visitante quedaba roto el hielo, añadió al «¡caray!» este comentario:

—¿De modo que puedo considerarle un colega?

—Tanto como eso, no —dijo con modestia el señor Del Val—. Porque fui un aficionado nada más. Trabajé en algunas funciones benéficas. Pero esa breve experiencia me permitió percatarme de las dificultades que encierra esta profesión y del mérito que tienen cuantos la ejercen. Por eso siento admiración por todos los artistas de teatro.

—Gracias en nombre de todos mis compañeros —dijo ella finamente.

—Puede dárme las también en el suyo propio, porque también la admiro a usted.

—Es usted muy amable.

—No es amabilidad —corrigió don Eduardo—, sino el resultado de una valoración objetiva de los numerosos talentos que concurren en su persona.

—¿Talentos yo? —rechazó la Gutiérrez, humilde—. ¡Vamos, ande! Lo que una tiene es voluntad, eso sí. Y una hace lo que puede.

—Que no es poco —agregó el padre de Armando, con énfasis muy halagador para la artista—. Porque usted, en esta obra, hace todo lo humanamente posible para que el interés no decaiga ni un solo instante: canta, baila, grita, salta, corre, llora, ríe, gruñe...

—Cuando gruño —aclaró ella—, es porque algo sale mal en escena. Entonces me pongo furiosa, y se me nota. Pero no crea que esos gruñidos están en mi papel.

—Pues tienen también su encanto. Porque dan a su polifacética actuación una dosis de furia española, cualidad indispensable en todo espectáculo nacional. Y permiten al espectador contemplar una faceta más de su extensa gama interpretativa. Si a todo esto añadimos la armonía de su silueta, enriquecida por una serie de encantos personales que saltan a la vista, comprenderá que haya empleado el plural al hablar de sus talentos. Y no le extrañará tampoco que yo sea uno más entre sus numerosos admiradores.

«¡Esto marcha! —pensó Margarita muy contenta, al terminar de recibir aquella rociada de piropos—. ¡Parece que al papi lo tengo en el bote!»

Pero disimuló su alegría interior, bajando los ojos al suelo y diciendo muy modosita:

—Me confunde usted, don Eduardo.

—No es eso lo que pretendo sino todo lo contrario: que no se confunda.

Y al decir esto, en la suave voz del señor Del Val hubo un punto de dureza. La *vedette* levantó los ojos del suelo para fijarlos en él.

—¿Ha dicho usted que no me confunda? —preguntó después de un titubeo, con

un ligero parpadeo.

—Sí. —Y la voz del padre de Armando recobró la suavidad mientras explicaba sonriendo—: En esta entrevista deben quedar perfectamente claras algunas cosas, sin confusiones de ninguna clase. Estará usted de acuerdo conmigo, ¿no?

—Sí, claro.

—Pues bien: la primera cosa que he querido aclarar, es lo que opino de usted. Y después de haberme oído, queda aclarado sin lugar a dudas que mi opinión es inmejorable. En todos los sentidos: en el artístico y en el personal. Admito que mis elementos de juicio no son muy abundantes, puesto que sólo he visto una actuación suya en el escenario y acabo de conocerla personalmente. Pero a mi edad y con mi experiencia de la vida, me bastan estas dos primeras impresiones para enjuiciarla. Me jacto de ser un buen psicólogo, y no necesito montones de pruebas para emitir una sentencia. Vista la interpretación que dio a su polifacético papel, y después de intercambiar algunas ideas con usted en este diálogo que estamos sosteniendo, mi veredicto definitivo puede resumirse en esta frase: es usted una mujer estupenda.

—¡Don Eduardo, por favor! —sonrió Margarita, halagada—. Va usted a conseguir que me ruborice.

—No creo que lo consiga —dijo él sonriendo también, y apresurándose a aclarar—: No porque usted haya perdido la facultad de ruborizarse, sino porque tiene que estar muy habituada a oír elogios tan entusiastas como el mío, expresados a veces con palabras mucho más elocuentes. ¿Me equivoco?

—Pues no —tuvo que admitir la *vedette*—. La verdad es que los hombres me dicen cada burrada...

—No apruebo que las digan —censuró educadamente el señor Del Val—, pero comprendo que las piensen. Porque le repito una vez más que todos sus talentos son dignos de admiración. Hasta el punto que puede usted inscribirme a mí también en el ejército de sus admiradores.

—Muchas gracias —dijo Margarita tan complacida, que hasta se atrevió a añadir con discreta coquetería—: Le inscribiré en ese ejército con el grado de coronel.

Don Eduardo agradeció este honor con un cortés movimiento de cabeza antes de continuar.

—Aclarado este primer punto con la demostración de que no existe por mi parte ninguna animosidad hacia usted, sino todo lo contrario, pasemos a aclarar el segundo: mis sentimientos hacia mi hijo. Esta aclaración no nos llevará mucho tiempo, puesto que usted ya debe de conocerlos. Armando es mi único hijo, y en él se concentra todo mi amor paternal. Y no sólo el paternal, sino prácticamente todo mi amor en general. Porque usted sabrá que soy viudo desde hace mucho tiempo.

—Sí, claro. Armando me ha contado que perdió a su mami siendo un chaval...

—En efecto: él tenía doce años cuando enviudé.

—Le acompaño en el sentimiento —se creyó en el deber de decir Margarita.

—No hace falta que se moleste en acompañarme, porque ya hace dos lustros que regresé de aquel dolor. Si lo he mencionado ahora, es para que usted se dé cuenta de que en mi hijo he concentrado desde entonces mi capacidad íntegra de cariño familiar. Esto le dará una idea de cómo le quiero y hasta qué punto deseo que sea feliz.

—También él a usted le quiere horrores —informó la artista, conmovida—. Le menciona constantemente en sus conversaciones conmigo: papá por aquí, papá por allá...

—No hace más que corresponder a mi preocupación por su felicidad. Porque habrá muy pocos padres que hayan vivido tan pendientes de sus hijos como yo de Armando. Y le aseguro, señorita, que no exagero ni pizca. Hay padres que conceden a sus hijos todo lo que éstos les piden, pero yo fui más lejos aún: yo trataba de adivinar las peticiones de Armando antes que me las hiciera, para satisfacerlas con anticipación. Le pondré un ejemplo: cuando rompió a hablar, la primera sílaba que dijo en su confusa media lengua fue «bí». Y en cuanto terminó de decirla, me apresuré a comprarle una bicicleta.

—¡Qué tío! —se le escapó a Margarita, que se apresuró a corregir—: O mejor dicho, ¡qué padre! Entonces, si en lugar de «bí» el nene le dice «ró», ¿le hubiese comprado un Rolls?

—Probablemente —admitió don Eduardo antes de proseguir—. Este esfuerzo de adivinación para anticiparme a satisfacer sus caprichos, lo seguí haciendo durante toda la vida de Armando. Hasta su mayoría de edad. Hasta que dejó de ser un chico para convertirse en un hombre.

—Pues ya es suerte tener un padre así —envidió Margarita—. ¡Menuda infancia se habrá tirado el muchacho!

—Pero a partir de aquel momento —continuó el señor Del Val—, cuando se hizo un hombre, dejé de mimarle. No de quererle, entiéndame. Sigue siendo el predilecto de mi corazón, y le deseo todas las felicidades que este mundo puede proporcionar a un ser humano. Pero es él quien debe elegir su propio destino, sin que yo deba inmiscuirme en su elección. Armando es ya libre de hacer lo que le plazca. La ley se lo autoriza. Es mayor de edad, y Dios me libre de coartar su libertad. No tengo madera de padre a la antigua usanza, de esos que ejercían su autoridad paternal más allá de los veintiún años. No soy uno de esos déspotas que anulaban con su intransigencia las iniciativas de unos hijos que eran ya señores con barba. Yo quiero, por el contrario, que Armando actúe en su vida con plena conciencia de sus responsabilidades; que cargue con todos los mochuelos que eche sobre sus hombros. De manera que si él está dispuesto a casarse con usted, yo no pienso oponerme.

—¡Gracias, don Eduardo! —se emocionó Margarita, que había escuchado aquel

discurso con ansiedad y preocupación—. ¡Es usted un solete!

—Más que solete —rectificó el señor Del Val—, soy neutral. ¿Armando afirma que para ser feliz necesita casarse con usted? Allá él: que se case, puesto que ya es mayorcito y dueño de su persona. No ignoro que el amor es ingrediente de suma importancia en la composición de la felicidad, aunque no todos los hombres lo necesitan en la misma dosis.

—Gracias otra vez, don Eduardo —repitió la *vedette*, conmovida.

—Soy yo quien debe darlas.

—¿A quién?

—A usted, Margarita.

—¿A mí? —se extrañó ella—. ¿Por qué?

—Por sus sacrificios —dijo el padre de Armando, mirándola con agradecimiento.

—¿Sacrificios?... ¿Qué sacrificios?

—Todos los que tendrá que hacer al casarse con mi hijo... Cállese, por favor —añadió cortando a la artista, que había abierto la boca—. No hace falta que hable, porque ya sé lo que me va a decir: que para usted no son sacrificios, porque está enamorada. Y el amor todo lo puede. Respuesta admirable, y sin embargo discutible. Aunque para discutirla, evidentemente, haya que ser menos joven que usted y tener tanta experiencia como yo. Porque sólo así se llega a comprender que el amor es potente, en efecto, pero que su fuerza decae con el tiempo. Y los sacrificios que pudo hacer sin dificultad en la plenitud de su potencia, resultan insoportables cuando se inicia su decadencia. Por eso le doy las gracias: porque usted está dispuesta a soportarlos ahora, animosa y generosamente, sin detenerse a pensar en lo dolorosos que le resultarán después. Y como no es frecuente encontrar en estos tiempos personas dispuestas a sacrificarse con tanta generosidad, su rasgo es muy de agradecer.

—Pero bueno —quiso aclarar Margarita, con claras muestras de desconcierto—: ¿a qué sacrificios se refiere usted?

—En primer lugar —inició la aclaración el señor Del Val—, al de su carrera artística, señorita. Es heroico que una figura recién llegada a la cumbre del arte escénico, cuando apenas ha tenido tiempo de paladear el dulzor del entusiasmo que despierta en las multitudes, se eclipse voluntariamente. Es casi digno de una mártir, creo yo, renunciar a recorrer las perspectivas triunfales que se abren ante una *vedette* de su categoría: la fama internacional, el lujo deslumbrador, la música de los adjetivos encomiásticos... Admirable señorita Gutiérrez, yo le juro que si en este momento tuviera el sombrero puesto, me descubriría ante usted. Porque hace falta ser muy valiente para rechazar el esplendor de una vidorra rutilante, a cambio de la oscuridad de una vidita gris.

—La vida de casada tiene también sus alicientes —se defendió Margarita—.

Vamos, creo yo.

—Desde luego —admitió don Eduardo—: el más importante de todos, el amor. Los demás dependen de las posibilidades económicas que tenga el matrimonio. Si una mujer se casa con un hombre rico, no cabe duda de que el número de alicientes será muy superior a si lo hace con un pobretón. Y quien dice un pobretón, dice un estudiante.

—Sí, claro. Pero en este aspecto no tendremos ningún problema, porque Armando no es un pobretón.

—¡Por supuesto que no! —exclamó el señor Del Val—. Pero sí es un estudiante. Aunque ya terminó la carrera de Derecho, tiene que seguir estudiando para preparar las oposiciones. Y ya sabe usted lo que les pasa a los estudiantes.

—¿Qué es lo que les pasa? —preguntó Margarita, extrañada.

—Que no suelen andar muy sobrados de dinero. Ni siquiera cuando son hijos de familias pudientes. Porque en eso coinciden todos los padres, por cuantiosas que sean sus fortunas.

—¿En qué?

—En dejar que sus hijos, cuando ya han estudiado una carrera y empiezan a abrirse camino, lo hagan solos y por sus propios medios. Se les puede mimar mientras son niños, pero no cuando ya son hombres. Sería un grave error educativo no dejarles que midan sus fuerzas con la vida, ¿no le parece?

—Sí, claro.

—Pues en esas condiciones está Armando actualmente.

—¿En cuáles?

—Es un estudiante en plena lucha por labrarse un porvenir. Y mucho me temo que su presupuesto estudiantil no alcance para proporcionar demasiadas comodidades a una joven esposa.

—Pero... —empezó a decir ella sin éxito, pues fue interrumpida por don Eduardo antes de que pudiera continuar.

—Ya sé lo que va usted a decirme, señorita: que eso no tiene importancia; que el amor compensa con creces de todas las dificultades materiales; que «contigo pan y cebolla», como dice el pueblo. (Dicho con el que por cierto no estoy de acuerdo, porque el pan y la cebolla combinan muy mal. Creo que el pueblo debería decir «contigo pan y tomate», porque aparte de que el precio de los tomates es tan bajo como el de las cebollas, los tomates forman con el pan una combinación mucho más agradable al paladar. Pero volvamos a la cuestión que nos interesa después de esta pequeña divagación.) Usted me dirá, en resumidas cuentas, que las privaciones no le asustan. Ni siquiera el sacrificio de tener que instalarse en una habitación con derecho a cocina. Porque yo calculo que ésa va ser la única vivienda que Armando podrá ofrecerle. Claro que hay habitaciones muy bonitas, con derecho a cocinas muy

monas...

—Espere un momento —le cortó la *vedette* con cierta energía, para que su interlocutor la dejara hablar—. Usted me perdonará, pero estoy tratando de poner en orden mis ideas.

—Hace usted muy bien. Creo que las mías se las estoy exponiendo muy ordenadamente.

—¡Y tanto! Primero me dijo que me admira, y después que no se opone a que me case con Armando.

—Así es —confirmó el señor Del Val.

—Pero luego me insinúa que, si me caso, voy a pasar más hambre que en la India —fue la conclusión que sacó Margarita, empezando a insolentarse.

—¡Por Dios, hija, no exagere! —exclamó Don Eduardo, echándose a reír para demostrar que le divertía la vehemencia de Margarita y no llegaba a ofenderle—. ¿Quién ha hablado de hambre? Como usted comprenderá, yo nunca permitiría que mi hijo llegara a ese extremo.

—Eso me tranquiliza.

—Lo que no puedo hacer de ningún modo —don Eduardo se puso serio—, es financiarle la destrucción de su futuro.

—¡Vaya! —siguió insolentándose la artista, hasta el punto que se puso en jarras para añadir—: ¿De modo que usted considera que lo destruirá si se casa conmigo?

—No es a usted a quien considero perjudicial —aclaró don Eduardo—, sino al hecho de que se case. Le aseguro para su tranquilidad que también me negaría a financiar la boda de mi hijo con cualquier otra mujer. Entienda bien que mi negativa no es un prejuicio contra usted, sino contra un viraje prematuro que torcería para siempre el rumbo de la vida de Armando. Mucho antes que pensar en casarse contando conmigo, debe pensar en ser alguien con su propio esfuerzo. Para lo cual el único medio de que dispone es concluir sus estudios y aprobar las oposiciones. Yo no puedo aumentarle la cantidad mensual que le he asignado en esta etapa indispensable para su formación, pero no puedo tampoco oponerme a que él la administre como se le antoje. Al fin y al cabo, Armando es mayor de edad, y muy dueño de hacer lo que me ha dicho.

—¿Y qué es lo que le dijo? —preguntó la *vedette*, interesada.

—Que será muy feliz compartiendo con usted su pequeña asignación estudiantil —explicó el señor Del Val—. También a él su gran amor le compensará de todas las estrecheces.

—¿Eso ha dicho? —se emocionó Margarita.

—Sí.

—¡Armando de mi alma! —fue la exclamación que ella no pudo contener, antes de reprocharle a don Eduardo—: Y después de oír esa declaración de su hijo, ¿será

usted capaz de impedir nuestra felicidad?

—Pero ¡si no la impido! —protestó el padre—. ¿Cuántas veces voy a tener que repetirle que yo la acepto, y que incluso me parece admirable? Porque Armando está tan entusiasmado con la idea, que lo tiene todo planeado. Y me contó también sus planes, que son francamente conmovedores. Supongo que usted ya los conocerá.

—¿Qué planes?

—Los de cómo vivirán cuando se casen.

—¿Y cómo viviremos?

—Según él, lo mismo que dos pajaritos en su nido de amor.

—¡Armando de mi corazón! —volvió a exclamar Margarita—. Nunca sospeché que fuera tan romántico.

—Y no lo es —dijo don Eduardo con orgullo—. Mi hijo, gracias a Dios, es enemigo del romanticismo y de todas esas paparruchas. Pese a su juventud, posee un cerebro asombrosamente práctico y organizado. Su equilibrio es perfecto.

—Pero eso de que vivamos como dos pajaritos —discutió ella—, resulta romántiquísimo.

—Eso —rebató él— no lo dijo Armando en sentido poético, sino realista. Porque después de hacer números con su reducido presupuesto mensual, llegó a la conclusión de que sólo podrá pagar una vivienda tan pequeña como un nido.

—¡Vamos! —rechazó la *vedette*—. No pretenderá usted insinuar que Armando ha hecho números.

—¡Pues claro que los ha hecho, hijita! —afirmó don Eduardo—. Y muy bien por cierto, sin olvidar ni una sola partida en las columnas de gastos e ingresos. No en balde es hijo de un banquero. Con decirle que hasta ha tenido en cuenta los aumentos y oscilaciones que pueden sufrir en lo futuro los precios de los artículos alimenticios...

—¡No! —abrió mucho los ojos la artista, incrédula.

—Puedo jurárselo —ofreció el señor Del Val—. Estará usted contenta, ¿verdad?

—¿Contenta?... ¿De qué?

—De saber que Armando es tan previsor —dijo don Eduardo, entusiasmado—. Esa previsión del coste que tendrá la vida de ustedes en común, además de conmovedora es también tranquilizadora.

—¿Usted cree? —dudó ella.

—¡Naturalmente! Cuando uno se dispone a vivir con cuatro perras gordas, tranquiliza saber que alguien se ocupará de que no se despilfarre ni una perra chica.

—Sí, desde luego —tuvo que admitir Margarita—. Pero no me parece que haga falta llevar las cuentas tan a rajatabla.

—¿Cómo que no? —dijo el banquero—. ¿Se figura usted que no llevándolas al céntimo, lograrían llegar al fin de cada mes? ¡Ni lo sueñe, monina! Sólo a base de

una economía férrea y austera puede conseguirse que vivan dos personas con cuatro mil pesetas mensuales.

—¿Qué?... —balbució la *vedette*, abriendo mucho la boca—. ¿Ha dicho... cuatro mil?

—Exacto —confirmó don Eduardo—: cuatro mil al mes, o sea mil a la semana. Le advierto que es bastante más de lo que suelen recibir otros estudiantes para sus gastos menudos.

—Pero —protestó Margarita—, ¿cómo vamos a vivir los dos con esa porquería?

—También yo lo consideraba difícilillo —reconoció el señor Del Val.

—¿Cómo difícilillo? Es usted un optimista, majo.

—Lo consideré casi imposible hasta que vi los números hechos por mi hijo. Después de estudiar el plan económico trazado por él, me he convencido de que es posible. Usted misma quedará boquiabierta cuando lo vea.

—Ya lo estoy.

—Se dará cuenta, lo mismo que yo, de que Armando es un genio de las finanzas. ¡Qué minuciosidad al consignar el empleo que darán a cada céntimo! ¡Qué concienzudo estrujamiento de cada peseta para sacarle el máximo jugo! Sólo así, naturalmente, logra mi hijo el éxito increíble de cerrar el balance mensual sin déficit. Claro que para llegar a este brillantísimo resultado, no puede cometerse ningún error: hay que seguir el presupuesto al pie de la cifra. En el capítulo alimenticio, por ejemplo, deberán comprarse los artículos de las calidades previstas y en las cantidades calculadas. Unos gramos de exceso en el peso bastarían para desnivelar la balanza de pagos.

—Me deja usted asombrada...

—Más se asombrará cuando examine el plan —dijo el padre de Armando, con entusiasmo creciente—. También en el capítulo de transportes se han previsto todas las contingencias: tomar un taxi en lugar de un autobús, por ejemplo, podría alterar el equilibrio en las columnas del «debe» y el «haber».

—¿Y dice usted que Armando ha hecho todos esos cálculos? —quiso estar bien segura Margarita, sorprendida por esta insólita faceta de su novio que ella no conocía.

—Todos esos y muchos más. ¿No le he repetido varias veces que el plan de Armando es perfecto? Y para lograr la perfección, tuvo que calcular otras muchas cosas: el consumo de gas, de agua caliente, de electricidad... Por cierto que el de electricidad es de suma importancia. Cómo él no podrá salir de noche, porque tendrá que quedarse estudiando...

—¡Pobrecillo! —exclamó Margarita, repentinamente compadecida—. ¡Cuánto ha tenido que cavilar, y cuántos sacrificios tendrá que hacer!

—Pero él opina, como usted, que el amor todo lo compensa.

—Y es cierto. Sin embargo —añadió emocionada—, se me hace un nudo en la

garganta al imaginarme lo que el pobre tendrá que luchar para poder sostenerme a mí y seguir estudiando al mismo tiempo.

—Será un esfuerzo heroico —dijo el señor Del Val con un suspiro—, pero así es la vida: al que algo quiere, algo le cuesta.

—Algo, sí —concedió ella—. Pero tanto...

—Quizá no duren mucho esas estrecheces iniciales de la etapa que podríamos llamar estudiantil.

—¿Cuánto cree usted que pueden durar?

—Depende del tiempo que tarde Armando en aprobar las oposiciones —dijo su padre—. Pero como él posee una inteligencia privilegiada, estoy seguro de que las aprobará en menos de cuatro años.

—¡Cuatro años! —repitió la Gutiérrez, bastante horrorizada.

—En el mejor de los casos, porque se trata de unas oposiciones durísimas. Claro que podría aprobarlas en dos nada más si dedicara el doble de horas a prepararlas. Pero como al casarse tendrá que dedicarle a usted la mitad de su horario...

—Pues ¿sabe lo que le digo? —comenzó Margarita, moviendo la cabeza tristemente—: que cuanto más lo pienso, más cuenta me doy del daño que haré a Armando casándome con él.

—¿Daño? —dijo don Eduardo con una extrañeza que, si era falsa, estaba muy bien imitada—. Pero ¡si está encantado con la idea!

—También yo. Pero el verdadero amor nunca es egoísta. Y los enamorados de verdad, antes que en ellos mismos, deben pensar en el porvenir de los seres que aman.

—Hermoso pensamiento, señorita.

—Es un pensamiento lleno de sentimiento, porque me sale del corazón —afirmó ella, poniendo a la expresión de su rostro un velillo de tristeza.

—Es cierto que el matrimonio será un *handicap* para la carrera de Armando —reconoció el señor Del Val—, pero creo que él resistirá el esfuerzo sobrehumano que tendrá que hacer para salvar ese obstáculo. Cuatro años, al fin y al cabo, pasan pronto. Y en cuanto pasen, vivirán ustedes un poco mejor. Sólo un poco, claro está, porque en el puesto inicial que ocupe Armando cuando apruebe las oposiciones, su sueldo no será muy alto.

—¿Cómo? —dijo Margarita, encarándose con don Eduardo—. ¿Es que tampoco entonces, cuando él haya aprobado, le dará usted dinero?

—Se lo daría con mucho gusto, pero él ya me ha anunciado que lo rechazará.

—¿Por qué? —se sorprendió la artista.

—Porque Armando es muy recto, y desea pagarme todo lo que gasté en su educación.

—¿Además? ¡Pues sólo faltaría eso! Que encima de tener lo justo para vivir

nosotros, se empeñara en pagarle a usted.

—Pues lo hará —insistió el banquero—, porque le repito que es muy recto.

—¡Eso no es ser recto, sino... —estalló la Gutiérrez. Pero puso sordina a su estallido antes de terminar—: ... sino santo!

—Tanto como eso...

—¡Sí, señor! —contestó ella, embalada—. ¡Un santo! Eso es lo que su hijo es en realidad: un santo que sólo piensa en hacer el bien a todos los que le rodean. Y a mí, si quiere que le diga la verdad, me está remordiéndome la conciencia.

—¿A usted? —enarcó las cejas don Eduardo—. ¿Por qué?

—Pues porque yo siempre fui a lo mío, sin pensar en lo suyo.

—¿En lo de quién? —dijo el banquero con un gesto de incompreensión.

—En lo de Armando; en su felicidad —aclaró ella, llevándose un pañuelo a los ojos que estaban empezando a humedecer—. El pobre está dispuesto a pasar por mi culpa por unas privaciones de órdago, y eso no lo puedo consentir. ¡No, señor! ¡Yo no puedo hacerle esa faena a un buenazo de ese calibre!

—Pero, Margarita...

—¡Yo debo ponerme a su altura, y corresponder a su abnegación no siendo tan egoísta!

—Vamos, vamos —trató de apaciguarla el señor Del Val, al observar con cierta alarma que la excitación de la artista iba en aumento—. Cálmese, por favor.

—¿Cómo quiere que me calme —rechazó ella— sabiendo que a mi querido Armando le voy a escachiflar la vida?

—¿Escachi... qué? —preguntó el banquero, que no había entendido aquel verbo poco habitual.

Y la Gutiérrez se lo tradujo:

—Escachiflar. Hacer polvo. Destruir... Pero por mucho que me duela —añadió al tiempo que se le formaba una lágrima en cada ojo—, comprendo que no debo escachiflársela. ¡Y no se la escachiflaré! ¡No, señor!

—¿Qué quiere usted decir? —trató don Eduardo de que ella concretara.

Margarita se las apañó para que las lágrimas pasaran directamente de sus ojos al pañuelo, evitando así el corrimiento del «rimmel» y la aparición de feos churretes en sus mejillas. Logrado este objetivo, respondió a la pregunta del señor Del Val con el adecuado dramatismo:

—Quiero decir, aunque al decirlo se me parta el alma, que no aceptaré el martirio de Armando.

—Tanto como martirio... —no quiso exagerar el padre del presunto mártir.

—Lo es en cierto modo —insistió ella—, puesto que todos esos sacrificios ponen en peligro su porvenir. Debo, por lo tanto, renunciar a ser la cruz con la que él tendría que cargar para subir ese Calvario.

—¡Caramba! —exclamó el señor Del Val, que esperaba de la *vedette* todo menos una cita bíblica—. Entonces eso significa...

—¡... que no me casaré con Armando! —concluyó la Gutiérrez, empezando a llorar con un llanto seco que no ponía en peligro su maquillaje—. Después de todo lo que usted me ha dicho...

—Yo no hice más que explicarle en qué situación se encuentra mi hijo realmente —advirtió don Eduardo, eludiendo con astucia toda responsabilidad en la decisión tomada por Margarita.

—Y se lo agradezco mucho —dijo ella, con la voz entrecortada por pequeños sollozos—. Porque como el amor es ciego, yo no veía el daño terrible que iba a hacerle. Pero ahora que lo he visto, ¿sabe lo que le digo? Pues esto sencillamente: ¡nanai!

—¿Nanai? —repitió el banquero que, como no era políglota, preguntó a continuación—: ¿Y eso qué significa?

—Que no será una carga para Armando. Porque el movimiento se demuestra andando, y el cariño renunciando.

—¡Hermosos gerundios, que resumen una noble actitud! —elogió don Eduardo, con un entusiasmo que tenía toda la pinta de ser sincero—. Permítame decirle, señorita, que su abnegación le honra.

—Me honrará todo lo que usted quiera —sollozó ella—, pero me hace puré.

—Quiera Dios que las consecuencias de su dolor no sean tan graves —deseó él—; porque nuestro patrimonio artístico sufriría una pérdida irreparable si se transformara en puré una figura tan escultural como la suya.

El afán que tenía don Eduardo de echarle pulcritud al lenguaje, hizo que su piropo resultara enrevesado y confuso. Pese a estos inconvenientes, Margarita captó su intención halagadora.

—Le agradezco que trate de consolarme —dijo suspirando—, pero toda su amabilidad no bastaría para llenar el vacío que dejará en mí la ausencia de Armando.

—Me hago cargo —suspiró él a su vez—. Debe de ser muy duro interrumpir con tanta brusquedad unas relaciones tan ardientes.

—¡Figúrese! —se secó los ojos ella, mientras trataba de explicar los sufrimientos que estaba experimentando—. Me he quedado tan helada como si de pronto me hubiesen cortado la calefacción.

—Sin embargo —observó don Eduardo contemplándola atentamente—, posee usted cualidades muy estimables para entrar de nuevo en calor.

—Si se refiere usted a mi arte...

—A su arte sobre todo, claro —confirmó el banquero—. Porque eso es lo principal para una buena artista.

—¿De veras le parezco buena?

La respuesta del señor Del Val sonó tan sincera como rotunda:

—¡Muy buena! Hasta el punto que pienso venir a ver de nuevo el espectáculo, con el fin de saborear matices y pormenores de su interpretación que pasan inadvertidos a primera vista: gestos, movimientos y frases que en usted adquieren encanto e intención poco comunes. ¡Ese «merengue» del primer acto, por ejemplo, es una pura delicia!

—¿Usted cree? —le miró Margarita, estupefacta—. ¡Pero si hoy el «merengue» me ha salido hecho una plasta!

—¡No diga eso, criatura! —rechazó don Eduardo, indignado—. Para mi gusto, le salió de chuparse los dedos. Y le advierto que soy muy exigente en materia musical. Me atrevo a asegurar que ese «merengue», gracias a usted, será muy pronto popular y tarareado en todo el país.

—Es usted muy amable —sonrió débilmente Margarita. Y su sonrisa, además de débil, era tristona—. Sus elogios me harían mucha ilusión en otras circunstancias. Pero en éstas...

—Vamos, vamos —la animó el señor Del Val, razonando en tono optimista—. ¿Qué tienen de malo estas circunstancias? Si las analiza objetivamente, verá que en el fondo son muy favorables a usted.

—¿Cómo? —saltó ella, asombrada—. ¿A mí, que he renunciado al amor de mi vida?

—El verdadero amor de su vida no es Armando, sino el Teatro —sentenció el banquero—. Ni es un solo hombre, sino el público. A cambio de perder dos manos que le acaricien, ganará millones de manos que la aplaudan. Su puesto no está junto al fogón de una oscura cocina, sino frente a la batería de un escenario deslumbrante.

—Pero sin Armando me voy a encontrar muy sola —se quejó ella—. Y no porque me falten admiradores, que conste, sino porque ninguno llegará a interesarme tanto como él.

—Yo creo, sin embargo, que puede encontrar fácilmente una solución práctica a ese problema.

—¿A cuál?

—Al de su soledad.

—No sé cómo —hizo Margarita un mohín desesperado.

—Buscando un hombre interesante —explicó él—. Sin olvidar al buscarlo que el adjetivo «interesante» se deriva de la palabra «interés»; y el interés nace del capital. Porque una artista ya consagrada como usted no debe buscar un amor que la aleje de su profesión, sino un protector que consolide su consagración.

—¿Qué entiende usted por protector? —quiso aclarar Margarita, poniéndose seria.

—Un caballero formal, cuya madurez y experiencia le permitan darle consejos

útiles para su carrera. Y que disponga de la fortuna necesaria para ayudarla a realizar sus proyectos artísticos.

—¿Qué proyectos artísticos? —preguntó la *vedette* con curiosidad profesional.

—Los que sin duda tendrá usted —dijo don Eduardo, seguro de no equivocarse—. Porque usted habrá pensado muchas veces en montar un gran espectáculo que sirva de marco adecuado a su espléndida figura.

—¡Hombre, claro! —admitió la Gutiérrez—. Ése es el sueño de toda *vedette*. Pero como es un sueño tan caro...

—Nunca es caro si el protector es bueno —sentenció el banquero, atusándose el plateado bigote con imperceptible coquetería—. Hay hombres de elevada posición económica que pueden permitirse el lujo de financiar un espectáculo, y que lo harían con mucho gusto.

—Sí; pero ¿en qué condiciones? —desconfió ella.

—Por amor al arte, naturalmente —dijo don Eduardo, tranquilizador—. Hay grandes capitalistas, entre los que me cuento con la debida modestia, que sienten muchas veces el loable impulso de ennoblecer su dinero patrocinando alguna noble y romántica empresa de alto nivel artístico. Y digo romántica, porque los beneficios que pretenden obtener de esta inversión no son económicos, sino sentimentales.

—¿Sentimentales? ¿En qué sentido?

—En el de experimentar la íntima satisfacción que produce el mecenazgo —siguió explicando el señor Del Val—. ¿Nunca oyó usted hablar de los Mecenas de las Bellas Artes?

—¡Ya lo creo! —saltó Margarita, con encantadora ingenuidad—. Muchas artistas guapas que yo conozco, tienen uno. Pero nadie les llama Mecenas, sino queridos.

—Bueno —disculpó él—: ya sabe que la *vox populi* gusta de poner apodosos vulgares a los títulos más nobles. La colaboración del Mecenas al desarrollo de las Bellas Artes es en general desinteresada. No puede evitarse, sin embargo, que alguna artista agradecida exprese su agradecimiento a su protector en forma sumamente afectuosa. Pero éste no es, ni mucho menos, el objetivo del mecenazgo.

—¡Ah!, ¿no?

—¡Ca! El Mecenas sólo pretende ayudar a las jóvenes inteligencias, para que triunfen y no se malogren. Y puede usted creerme, porque hablo con conocimiento de causa.

—¿Sí? —preguntó Margarita, que empezaba a encontrarle interesante—. ¿Es que ha sido usted Mecenas alguna vez?

—Todavía no, porque hasta ahora nunca se me presentó una ocasión que valiera la pena. Pero tengo ese proyecto desde hace mucho tiempo.

—¿Es posible?

—Lo es —confirmó don Eduardo—, y no debe extrañarle. Cuando se tiene tanto

dinero como yo, dicho sea con la debida humildad, le entran a uno ganas de hacer una buena obra.

—¿Una buena obra musical? —concretó ella.

—Una buena obra en general —dijo él—. Pero también podría ser musical, ¿por qué no? Después de verla actuar, creo que en el género que usted cultiva puede hacerse una gran labor en pro del arte.

—¡Pues claro que sí! —apoyó Margarita con vehemencia—. Lo que hace falta es un capitalista para montar los espectáculos como es debido. Porque con ropas y decorados de alquiler, como usted comprenderá, no hay quien haga arte chanchi: se hacen marranadas, y gracias.

—Lo comprendo. Y puesto que usted conoce tan a fondo este género teatral, que tantas posibilidades ofrece a un Mecenazgo para ejercer su mecenazgo, podríamos hablar más detenidamente del asunto; de la forma en que yo podría aportar mi granito de arena...

—Si sólo piensa invertir un granito de arena, no hace falta que hablemos —dijo Margarita, dispuesta a perder de golpe todo el interés que había ido demostrando.

—Al contrario —contradijo don Eduardo, sonriendo amablemente—. Creo que debemos hablar largo y tendido, porque me consta que usted tiene argumentos eficaces para acabar de decidirme. Y puede que a ese granito de arena yo añada muchos más, hasta formar un nada despreciable montoncito. Piénselo y contésteme: ¿volvemos a reunirnos para charlar?

—Bueno —accedió la Gutiérrez, después de pensarlo un poco.

—En ese caso —dijo don Eduardo levantándose—, fije usted misma el día y la hora.

—Pues no sé, la verdad —vaciló ella—. Me siento tan afectada todavía por todo lo que ha ocurrido hoy.

—Razón de más para que procure distraerse trabajando en los planes de su porvenir profesional.

—Déjeme algunos días, hasta que logre sobreponerme y tranquilizarme —le rogó Margarita, levantándose también para despedirle.

—Está bien —accedió él—, le dejaré dos: mañana y pasado. Pero el jueves tendrá usted que cenar conmigo.

—¿El jueves? —levantó una ceja la artista, extrañada—. ¿Y por qué el jueves precisamente?

—Porque el jueves vendré a ver de nuevo su admirable espectáculo, y pienso que podíamos aprovechar esa oportunidad para seguir estructurando nuestra posible colaboración artística. A no ser, claro está, que ya tenga usted algún compromiso para esa noche.

—No —negó ella con pesadumbre—. ¿Qué compromisos puedo tener con lo sola

que me acabo de quedar?

—Entonces, hecho —concluyó don Eduardo—: entraré a recogerla en cuanto acabe la función.

—Pero —vaciló Margarita—, ¿qué será del pobre Armando?

—No se preocupe por él —dijo don Eduardo, dedicando al recuerdo de su hijo una afectuosa sonrisa paternal.

—¿Cómo no voy a preocuparme? —se indignó ligeramente ella.

—Verá usted: ¿nunca le habló Armando de un largo viaje por Europa que tenía que hacer para perfeccionar sus estudios?

—Sí —recordó ella—. Pero siempre lo iba aplazando para más adelante...

—Pues ya no puede aplazarlo ni un día más —suspiró el señor Del Val, dirigiéndose a la puerta del camarín—. Mañana mismo saldrá para París, donde tiene que hacer un cursillo en la Sorbona. De París irá a Inglaterra, a la Universidad de Oxford. Luego dos meses en Suiza, otros dos en Roma... En total, estará fuera casi un año.

—¡Casi un año!... —repitió Margarita.

—Las oposiciones serán duras, y tiene que estar bien preparado —dijo don Eduardo, mientras abría la puerta del camarín—. ¡Así es la vida de los estudiantes conscientes! —añadió compadecido—. Tienen que sacrificarse y estudiar como bárbaros, para labrarse un porvenir.

—Sí, claro —suspiró también Margarita—. ¡Qué remedio! Todos tenemos que luchar de un modo u otro para salir adelante en la vida. ¿No le parece?

—Desde luego —dijo el señor Del Val, tomando la mano que ella le tendía—. ¿Hasta el jueves entonces, Margarita?

—Hasta el jueves entonces, don Eduardo.

Cuando el padre de Armando se marchó, Margarita fue a sentarse en la banqueta de su tocador.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo a su propia imagen reflejada en el espejo—: que el mundo es un asco. ¿Y a mí qué me cuentas? Hay que vivir, ¿no? ¡Pues cállate y déjame en paz!

Y arrancando de un paquete un gran pellizco de algodón, empezó a quitarse el maquillaje de la cara.

*Empezado en Cascaes (otoño de 1966)
Terminado en Biarritz (invierno de 1967)*



De Álvaro de Laiglesia (1922 - 1981), se dice que, a pesar de haber vendido centenares de miles de libros editados por Planeta, es un periodista y escritor humorístico hoy casi olvidado. Cierto. Pero añadimos por nuestra parte que es también uno de los clásicos del humor español del siglo xx, como lo son Ramón Gómez de la Serna, Enrique Jardiel Poncela, Wenceslao Fernández Flórez, Julio Camba y Noel Clarasó, compañeros suyos condenados igualmente, en mayor o menor grado, a la desaparición de su memoria por una única causa: la desinformación cultural española en lo que al más elevado de los géneros literarios se refiere.

Fue bautizado con los nombres de Álvaro María Eugenio Alejandro Sebastián, y debió disfrutar de un ambiente familiar culto y de posición desahogada, pues sus progenitores poseían un chalé («Villa Sorolla») en el Monte Igueldo de San Sebastián, donde pasaban los veranos. Su padre había compartido tiradas de pichón con el rey Alfonso XIII y su abuelo fue fundador del Banco Español de Crédito y gobernador del Hipotecario.

La familia, instalada en Madrid, debió pasar estrecheces económicas pues la primera infancia de nuestro autor transcurrió en medio de una serie de cambios de domicilio, cada vez a peor: Hermanos Bécquer, Hermosilla, Marqués del Riscal, Castellana, Miguel Ángel, Velázquez y Chamartín. Estudió en el elegante colegio del Pilar, pero sólo consiguió aprobar el ingreso y los dos primeros cursos de bachillerato. Sus padres lo matricularon entonces en la Academia Goya, donde aprobaría hasta el cuarto de bachiller.

Entonces estalló la guerra civil. Los vientos de guerra que soplaban en el verano del 36 impulsaron a su familia a dejar Madrid. Se organizaron dos expediciones: la primera, compuesta por él, su madre y sus dos hermanas, salió de la capital de España el 14 de julio; la segunda, con el padre y sus dos hermanos mayores, tenía previsto hacerlo ocho días después, pero ya le resultó imposible.

La familia, así, quedó rota. En San Sebastián conocían a Manuel Halcón, que lo presentó al Secretario Nacional de Prensa y Propaganda y este le impulsó a colaborar en Fotos, haciéndolo a continuación en otras revistas como San Sebastián, Flecha y Unidad. Atraído por la poesía política escribió encendidos versos firmados como «El Condestable Azul», que aparecerían en Flechas y Pelayos, semanario infantil donde llegó a subdirector a la edad de quince años. Con el fin de que se independizara económicamente los suyos lo emplearon en el Banco de España, pero allí aguantó únicamente cien días.

Fue a parar a La Ametralladora, donde Miguel Mihura lo nombró redactor jefe con dieciséis años, y aquello cambió su vida, convirtiéndole drásticamente al humor. Colaboró también en Domingo y hasta escribió una primera obra teatral que estrenó Isabelita Garcés en 1938.

Cerrada La Ametralladora, y de regreso en Madrid, Víctor de la Serna lo acogió en Informaciones, aunque muy pronto su carácter inquieto, comenzada la II Guerra Mundial, le hizo embarcarse en el «Magallanes», rumbo a La Habana, donde le aguardaba Pepín Rivero, director del Diario de la Marina, que había recibido una carta recomendándole, de Manuel Aznar, abuelo del ex presidente del Gobierno español.

Allí realizaba una columna diaria, a diez pesos semanales. Insatisfecho por el trabajo volvió a Madrid, donde Mihura le ofreció el puesto de redactor jefe de La Codorniz, apoyada por su antiguo benefactor Manuel Halcón, que iba a ser la continuadora de La Ametralladora. Aceptó encantado, aunque su desasosiego le llevó pronto a plantar a Mihura, enrolándose en la División Azul.

De vuelta a nuestro país, en 1943, recuperó su puesto de redactor jefe en La Codorniz. Y un año más tarde accedió a su dirección tras el abandono de Mihura. Ahí comienza su carrera más brillante, convirtiéndose en el director de medio de comunicación español que más años se mantendrá en el cargo —treinta y tres— hasta ser defenestrado tras una turbia maniobra empresarial.

Durante más de tres décadas Álvaro de Laiglesia capitaneó La Codorniz y la transformó en una leyenda de la prensa nacional. Al mismo tiempo se convirtió en autor de más de cuarenta libros que alcanzaban reediciones continuadas, pronunció conferencias por toda España que provocaban asistencias multitudinarias, intervino en televisión con series sonadas, y fue un personaje tan admirado por el gran público como envidiado por sus colegas.

Tras su destitución de La Codorniz ayudó a su sobrino Juan Carlos de Laiglesia (periodista de la movida madrileña, director de La Luna de Madrid) a establecerse, y planeó presentar batalla a la declinante Codorniz con otro semanario titulado La Nariz, cuya cabecera tenía registrada.

Un repentino infarto sufrido en Manchester, el 1 de agosto, dio al traste con sus proyectos y su vida.

Fuente: Equipo de Documentación de EPL.